

*De sirvienta
a
tu Dueña*



A. R. CID

*De sirvienta
a
tu Dueña*

A. R. CID

Título: De sirvienta a tu dueña
© 2019 por A. R. Cid
Diseño de cubierta: A. R. Cid
Editor: José Antonio Lamas Iglesias
Todos los derechos reservados.

Si quieres leer mis libros están a buen precio y escribirlos ha llevado trabajo,
valóralo... NO a la piratería.

Agradecimientos

Este libro va dedicado a todas las soñadoras que dejan volar sus problemas entre las páginas de mis libros. Gracias por estar ahí.

También quería agradecerle a Sonia Martínez Gimeno su apoyo y ayuda incondicional. En ella encontré a una amiga de verdad.

Haré mención especial a las siguientes personitas, pero no creáis que no hay muchísimas más a las que me encantaría nombrar. No tendría páginas suficientes para hacerlos, pero no me olvido de vosotras. ¡Gracias!

Y ellas son... Lydia Moreno, Encar Tessa, María Esther Pérez Martín, Ana María Manzanera, Rocío del mar Cuenca Ortega, Ingrid Mason, Isabel Gómez, Mariángeles Caballero Medina, Chari Martines, Clara Lecuona Varela, Lily Zarzosa, Liliana Freitas, Carolina Pedrero, María Del Mar González Obregón, Carmen L. Scott, Liliana Aguilar, Lili Brand, Mary Rz Ga, María Li Chen, Amelia J-f, Olga LB, Natalia Zgza, María Esther Pérez Martín, Ana María López Pérez, María Camús, Ana De La Cruz Peña, Cristina Pérez Martínez, Paula Incera Gavira, Tontería Las Justas y María Jesús Palma Villalobos.

Índice

AGRADECIMIENTOS

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41(DOS MESES DESPUÉS)

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

MUCHAS GRACIAS

Capítulo 1

Unas veces la locura nace con nosotros, otras, es necesaria para poder sobrevivir.

El doctor William Withey Gull estaba muerto y eso había puesto en marcha el mecanismo. Era una máquina viva que había atrapado entre sus engranajes a un hombre que había perdido lo único que lo definía.

Desde que tenía uso de razón había sido su mayordomo, la persona que cumplía todos sus caprichos, por muy aterradores que fueran, y nunca pensó en la posibilidad de que algún día William no volviera a casa. Para aquel joven de 23 años el doctor era lo más parecido a un dios que existía, en sus manos se concentraba el poder de la vida y la muerte, jamás creyó que todo acabaría de aquella manera.

Dos hombres golpeaban la puerta con fuerza y, como siempre había hecho, abrió aquel enorme portón sin mirarlos a los ojos. No comprendía qué hacían allí, la casa estaba vacía, sin embargo, no dijo nada.

—Buenas tardes, ¿es usted el señor Toller? —preguntó el de la derecha mientras se sacaba el sombrero y comenzaba a moverlo entre los dedos. Sus ojos miraban a aquel mayordomo buscando algún tipo de reconocimiento.

—Yo... el señor no se encuentra en casa ahora mismo —contestó aquel pobre hombre sintiendo miedo.

—Sabemos que su señor ha muerto, pero le buscábamos a usted —repuso el otro hombre con una sonrisa escondida bajo aquel inmenso bigote negro. Aquella mata de pelo se movía con vida propia, llamaba demasiado la atención.

—Él volverá —contradijo el mayordomo. Sus manos comenzaron a empujar la puerta, deseaba que se fueran, pero no se atrevía a decirlo en voz alta. Aquello no era correcto, jamás con un invitado.

—¡Oh! Pensamos que lo sabía. Se ha encontrado su cuerpo hace unos días...—comentó el de la derecha con la pena dibujada en el rostro — Estamos aquí para explicarle lo que ocurrirá a continuación. ¿Nos permite

entrar?

¿Cómo podía tomar la decisión sin el doctor? Miró el interior de aquella enorme mansión, repasó las mesas de caoba y los cuadros de las paredes. Asintió sin fuerzas y se alejó permitiéndoles acceso a su hogar.

Se sintió diminuto al lado de aquellos caballeros. No le gustó que tocasen las cosas de su amo, tampoco ver como entraban en dirección al saloncito y se sentaban en el sofá sin que su señor les diera permiso. Aquello no estaba bien, pensó el mayordomo.

—Perdone nuestra mala educación. Mi nombre es Carold Becker y él es mi compañero Edward —se presentó Carold al tiempo que estiraba su mano. El mayordomo retrocedió un par de pasos aterrado.

—Perdone que lo molestemos, pero nuestras órdenes fueron muy claras —dijo Edward estirándose la camisa nervioso. Lo que ninguno de los dos comentó era que su despacho de abogados recibiría una cantidad ingente de dinero por aquel sencillo trámite, ambos estaban eufóricos y, solo por eso, disimulaban el asco que aquel individuo les provocaba.

—Sabemos que usted es el señor Toller. El doctor William dejó claro en su testamento que quería legarle a usted todos sus bienes. También quería que le diéramos personalmente esta misiva y que permaneciéramos a su lado mientras la leía.

¡Las palabras de su señor! Prácticamente se lanzó a por aquel trozo de papel. Lo desplegó sintiendo el sudor impregnando su piel, le faltaba el aire en los pulmones. ¡Al fin sabría qué era lo que debía hacer!

“Es hora de que tomes las riendas, ya estás listo. Es el momento perfecto para que pongas en práctica todo lo que has aprendido. Encuentra a aquel que ha acabado con mi vida y hazlo sufrir. No permitas que mi nombre se olvide.

Vuelve a mí viejo amigo.”

Aquella misiva terminaba con una frase extraña, un conjunto de palabras con un poder mucho mayor del que creían.

El rostro del mayordomo mutó en unos segundos. Ya no le temblaban las manos, ya no sentía el corazón galopando con fuerza en su pecho. Los miró y sonrió con seguridad, ni él mismo se conocía porque él era el verdadero señor Toller, no el hombre que había abierto la puerta ni el que permitía que torturasen su cuerpo día tras día. El señor Toller era un amigo del doctor William, un hombre capaz de sesgar vidas sin que le temblase el pulso.

—Buenas tardes caballeros, perdonen que no les haya atendido como

debían. Entiendo que ahora soy el dueño de este lugar, ¿me equivoco? — Carold y Edward lo miraron confundidos. No parecía la misma persona, su voz transmitía fuerza y poder, algo que claramente no casaba con las cicatrices que cubrían su piel y sus ropas raídas.

—No se equivoca. Todos los bienes del doctor, menos una suma que va destinada a nuestros honorarios, pasarán a estar a su nombre.

—Supongo que también esperan algo de mí —continuó Toller mientras caminaba hacia ellos. Se quedó en pie demasiado cerca, empezaba a ponerlos nerviosos, una sensación adictiva.

No es sencillo reducir a dos hombres adultos, sin embargo, eso lo hacía mucho más divertido.

Había siete botellas en la mesa del fondo. Todas ellas contenían líquidos ambarinos que valían un dineral, pero nunca debía olvidar el orden concreto en el que estaban colocadas.

—¿Quieren tomar algo? Creo que deberíamos brindar en nombre de los muertos, una última despedida —sugirió tras rellenar tres copas, aparentemente iguales. Se las tendió y sonrió a la espera. Disfrutó mientras veía como llevaban aquel líquido hasta sus labios.

No tardó mucho tiempo en hacer efecto. El veneno corrió desde sus bocas y los paralizó en pocos minutos. Toller no había llegado a probar su copa, no tenía sentido y tampoco le gustaba el sabor.

Recogió un pequeño maletín de cuero negro, lo abrió con cuidado y fue dejando los instrumentos ante los ojos aterrados de aquellos dos pobres hombres. Eran seres sin importancia, al menos lo eran desde aquel mismo instante.

—Han sido elegidos. Deberían dar gracias y tratar de disfrutar del espectáculo —comentó con tranquilidad mientras colocaba sus cuerpos en el suelo, justo al lado del espejo más grande de toda la casa. Quería que pudieran ver todo lo que iba a hacerles, a pesar de estar completamente inmovilizados podían sentirlo todo—. Ahora les daré su regalo. No saben lo que les agradezco su visita.

El señor Toller era un hombre de gustos sencillos, de hablar pausado y de gran inteligencia. Era algo complicado de ver a simple vista, pero sus conocimientos de anatomía eran exquisitos y él prefería a los hombres antes que a las mujeres. Poco importaban los motivos, él era el fuerte, se dijo al tiempo que sacaba un diminuto escalpelo del interior de un paño de seda negro.

—Les voy a ir contando lo que les haré paso por paso. Quizás no comprendan todas mis palabras, sé que son conocimientos bastante avanzados, pero espero que comprendan la urgencia de mi actuación y sepan perdonarme. —Casi parecía realmente apenado, nadie podría asegurar con certeza lo que lo había llevado por primera vez a matar, tal vez mera supervivencia, sin embargo, eso le había salvado la vida cuando el doctor Gull lo encontró.

Empezó con el señor Edward, cortes pequeños en los brazos y piernas. Solo quería probar que sus manos seguían funcionando a la perfección, llevaba demasiado tiempo inactivo y echaba en falta un par de dedos desde la última vez.

Toller odiaba a aquel individuo que tomaba el relevo de su piel, era alguien débil. Wallace debería haber desaparecido hace mucho tiempo.

—Puedo oler el miedo —confesó al inclinarse sobre el rostro de Edward. Sus labios rozaron los de su víctima y tentado estuvo a saborearlos, el deseo siempre había estado ahí, sin embargo, supo reprimirlo.

Había mamado el miedo desde la teta. Nadie sabía mejor que él lo que era sentir la muerte, acariciar su pelo incluso antes de comenzar a andar. Para él era algo palpable, excitante, perfecto. Cuando era pequeño los demás se aprovecharon, lo tomaban todo de él pues no tenía a nadie que lo protegiera, ahora él era el lobo. Hundía los dientes sin piedad en sus víctimas y jadeaba de placer al verlos respirar por última vez.

Los cortes se fueron haciendo más profundos a medida que desprendía al pobre señor Edwards de sus costosos ropajes. Su cuerpo era repugnante, demasiada grasa para su gusto y por eso se dedicó a arrancársela buscando la belleza que todos escondemos en nuestro interior. Solo tenía que buscarla bajo las capas de excesos que aquel abogado había disfrutado a lo largo de su vida.

Seguían rodeados por el más absoluto silencio, la sangre había formado un pequeño charco bajo Edwards, salía caliente y se deslizaba por su piel sin control alguno. Era una auténtica carnicería, pero había perdido la práctica y estaba disfrutando demasiado. Se dejó llevar.

Aún seguía con vida cuando el señor Toller introdujo la mano en su entrepierna y comenzó a acariciarse fruto de la necesidad. No sabía si había sido aquella lágrima perezosa deslizándose por la mejilla de Edward la causante, pero estaba a mil.

Al tiempo que se acariciaba se colocó a horcajadas sobre aquel hombre. Su ropa se volvió carmesí y sintió la humedad ascendiendo, pero nada le importaba. El placer le dificultaba respirar y perdió el control.

—Te regalo la paz —gruñó, presa de la euforia, mientras descargaba una puñalada tras otra sobre el corazón abierto del pobre Edward. Se inclinó sobre él sin comprender cuándo había dejado de respirar, habían sido solo unos segundos, se dijo con la culpa de haber cedido a la tentación. Volvió a colocarse el pantalón en su sitio y miró a Carol compungido.

—Tú tendrás que valer para dar el mensaje.

Capítulo 2

Una sola mirada es suficiente para que dos almas se necesiten eternamente.

Susanne se removió nerviosa en su lecho consciente de que estaba sumida en una pesadilla, nada de aquello era real, sin embargo, su corazón no entraba en razón.

Seguía atada en aquella mesa negra, se debatía con fiereza, pero aquel monstruo de rostro sombrío se acercaba y no necesitaba verle la cara para saber quién era y lo que le haría. El duque de Somerset iba a destrozarla y arrebatarle la vida, le esperaba un dolor atroz y ella no soportaría algo parecido. Estaba agotada...

—Despiértate. Por favor, despiértate...—se dijo a si misma llorando presa de la ansiedad. Estaba a dos pasos, el tiempo se terminaba —¡No! ¡Aléjese de mí!

Cerró los ojos, incapaz de enfrentarse a la realidad, y se sorprendió al sentir el peso de alguien sobre su cuerpo. El calor que desprendía aquel hombre contra su piel era abrasador, abrió los ojos confundida y lo que encontró la hizo jadear.

—Tú...—susurró mucho más feliz.

—No sabía que estaba tan necesitada. —Aquella voz grave era capaz de provocarle escalofríos. Se quedó sin aliento mientras veía su boca descender sobre ella.

El beso era diferente a todo lo que estaba acostumbrada. Ella había sido tomada por hombres poderosos que creían tener poder sobre su cuerpo por ser quiénes eran, conocía todos los pasos a la perfección, no obstante, nada se comparaba con aquello.

Sus labios la torturaban de manera exquisita y su lengua le arrebató el poco aire que le quedaba, mientras sentía su piel arder. Abrió las piernas sin pensar y lo sintió completamente desnudo, restregándose contra ella.

Se despertó sudorosa, algo iba realmente mal. Lady Cristinne llevaba varios días fuera y le había pedido que tomara su lugar de nuevo, por eso lo

más lógico era que durmiera en su cama. Algo que era para ella un sueño, tan solo unas semanas antes, ahora la tenía de los nervios.

No era la primera vez en los últimos días que atentaban contra su vida, no exactamente contra su vida, sin embargo, era ella la que por poco había muerto apuñalada en el parque.

Un escalofrío ascendió con rapidez por su columna vertebral, un aviso mudo que había aprendido a obedecer. No estaba sola, había alguien más allí. Se levantó sin tratar de cubrirse y se acercó hasta la mesa en busca de su arma, no estaba.

—¿Busca algo? —Su voz. No lo había vuelto a ver desde aquella horrible fiesta, pero había soñado con aquel desconocido, con los ojos más hermosos que había visto nunca, cada una de las noches posteriores—. Quizás pueda ayudarla...

—¿Qué hace aquí? No debería entrar en el dormitorio de una...—Su subconsciente la traicionó, tentada estuvo a decir dama, pero ambos sabían que eso no era cierto.

—¿Y bien? ¿De quién? ¿Gusta que la llamen dama? Podría hacerlo si tanto lo desea...—añadió acercándose al cuerpo de la joven —Aunque he de confesar que estoy aquí por negocios—. Los ojos azules del caballero brillaron en medio de la oscuridad mientras la recorrían con descaro. Una dama de verdad se habría preocupado de taparse, se habría sentido ofendida y puesto el grito en el cielo, pero ella no era una dama, pensó con tristeza.

Susanne se acercó hasta la mesa y agarró su precioso puñal. Era lo único que poseía, a lo único que siempre se había aferrado. Podía sentir el frío del ambiente atravesando su fino camisón de suave seda.

—¿Negocios? —preguntó con cautela mientras tomaba asiento a los pies de la cama.

—Si lo desea, antes podemos conocernos mejor —sugirió aquel hombre dejando claras sus intenciones. Se levantó y se aproximó a ella, dejando entre ambos el espacio justo y necesario para que pudiera respirar—. ¿Y bien?

—Creo que está acostumbrado a otro tipo de mujeres.

—¿De verdad? ¿No era una mera sirvienta? Debería cumplir todos los deseos de su señor —señaló él, agarrándole el mentón con suavidad y dejando un beso suave sobre sus labios. Ella se estremeció, sin comprender aquella sensación cálida que atravesó su pecho.

No era virgen, no era una doncella que desconociera las relaciones maritales, aunque se sintió como la más novata cuando él, con delicadeza,

comenzó a empujarla sobre el colchón para quedar sobre su cuerpo.

Debería haberle dicho que se retirara al momento. Ahora era mucho más que una sirvienta, era una espía. Esa palabra sonaba tan bien en sus labios... quizás se debiera a que mientras fuera una espía podría fingir que su pasado no existía, tal vez si lo intentaba lo suficiente dejaría todo lo que le había hecho daño atrás.

Se dejó llevar unos minutos, pero unos minutos increíbles, mientras él empezaba a deslizar las manos por sus pechos, pellizcándolos, provocando que sus pezones se erizasen con rapidez. Cuando él se retiró a respirar, Susanne lo observó con ansias. Devoró aquellos rasgos con avidez al tiempo que un suspiro escapaba entre sus labios.

—Eres hermoso —comentó, más para sí misma que para él. No lo pensó, tampoco se dio cuenta de que él la había escuchado perfectamente. Los dedos de la joven se detuvieron en aquel mentón cuadrado y firme, arañando su barba—. Una pena que no sea nada más que un vulgar asesino. —Terminó, haciendo que los ojos de ambos se conectasen—. He de reconocer que me dejó impactada cuando me descubrió en la fiesta, pero solo un mentiroso descubre a otro, ¿no es cierto? —No hizo amago alguno por obligarlo a incorporarse. Él se removió, provocando escalofríos en ambos, que respiraban entrecortados.

—Debería cortarle la lengua por descarada.

—Y yo que creía que eso le gustaba...—Mordió su labio inferior con descaro—. ¿Va a negarme lo evidente? ¿Qué tipo de negocios podrían llevarle de otra manera a mi cama?

—¿A su cama? —La voz de aquel hombre era grave, mucho más que cuando habían iniciado aquella conversación. La miraba con una intensidad que provocaba que, cada pedacito diminuto de su piel, se erizara anhelando un contacto todavía mayor.

—¿No sabe dónde nos encontramos?

—No sabía que su señora la trataba tan bien —comentó apretándole el pecho derecho con algo de fuerza—. Espero que no demasiado bien...

—Quizás debería levantarse para que pudiéramos...

—Me encuentro muy cómodo ahora mismo —rechazó él. Sus manos volaron bajo aquella tela, para poder delimitar la forma de aquellos pezones que lo estaban volviendo loco—. Si me dejas probar uno contestaré a una de tus preguntas, supongo que tienes muchas.

Cierto, demasiadas. Había tratado de sonsacarle a su señora, al menos se

merecía saber dónde se estaba metiendo, pero lady Cristinne no había sido de la misma opinión mientras mandaba que preparasen dos baúles y llamar al cochero.

Desde siempre había notado que la duquesa de Somerset le ocultaba algo, en ocasiones incluso la descubría mirándola con algo parecido a la pena, pero cuando trataba de hablar con ella siempre se retiraba.

—Es mejor para ti no saber nada —contestó un día acariciando su mejilla—. Mereces algo mucho mejor, pero la vida nunca ha sido justa con nadie y no permitiré que vuelvas a sufrir.

Lo cierto era que Susanne no creía en la duquesa, era consciente de que tenía grandes secretos, sin embargo, confiaba en ella. Parecía una contradicción, saber que le mentía y arriesgar ciegamente la vida cumpliendo cada uno de sus deseos. Aunque nadie mejor que aquella joven doncella sabía lo que la duquesa había sufrido por protegerla a ella y a su hija de las negras fantasías del que, hasta hace poco tiempo, había sido su marido.

Durante semanas, en las que se había ocultado tras la sombrilla y había salido a pasear por el parque, había tratado de comprender por qué aquella farsa. Los que conocían a lady Cristinne se darían cuenta al instante de que no eran la misma persona, sin embargo, contra todo pronóstico, en aquellas largas semanas nadie se había presentado para visitarla.

Con el paso de los días el miedo se había instalado en su pecho, en un lugar profundo, con el resto de sus monstruos. Al final se había acabado acostumbrando a aquellos caros vestidos, que apretaban su cintura y que no la hacían mucho más feliz de lo que lo era antes.

—¿Cualquier cosa? —inquirió Susanne con esperanza. Cansada de jugar con su vida por el capricho de personas que no sabían lo que era el sacrificio y, mucho menos, la pérdida. Aquel hombre tenía algo especial, no solo se trataba de lo que despertaba en ella, ni de aquel aire sombrío que lo rodeaba, por primera vez un varón no la hacía estremecerse de pavor al acercarse a ella, quizás por eso, y solo por eso, confiaba en él mucho más de lo que debería.

—Te diré lo que deseas saber. Espero que seas lo suficientemente lista para no ponernos a ambos en peligro —comentó gruñendo algo más ansioso.

—¿Se da cuenta de que lo que me pide podría tomarlo sin que nadie le hiciera nada? —preguntó Susanne en un susurro con tristeza —No tengo a nadie que pueda, o quiera, defender mi honor. Además, ya ha sido mancillado varias veces por lo que...

No pudo seguir escuchándola, lo intentó. No comprendía por qué sentía aquella necesidad, por qué desde que la había conocido no podía pensar en otra cosa que en tenerla bajo su cuerpo y saciar su sed, pero verla así... Sus palabras eran como dagas, encerraban un dolor que lo traspasó.

La besó con hambre, queriendo mucho más que aquel sencillo contacto. Sintió como ella perdía el aliento, recuperándolo con rapidez para unir sus lenguas en un baile eterno, una guerra que encendió sus cuerpos hasta temperaturas insospechadas.

—¿Y bien? Necesito que diga que sí. —Ella había olvidado el puñal y lo lanzó lejos. Él se sorprendió al verlo volar, pero sonrió sabiéndose ganador. Aquella sonrisa de medio lado, mezclada con sus ojos azules, la hicieron desear mucho más que un beso o unas caricias.

—Supongo que podrá hacerlo solo —repuso con tristeza. Giró la cabeza hacia la derecha, pensando, sabiendo, que una vez sus manos la tocasen, una vez su polla se hinchase, volvería a ser montada como un animal hasta que el dolor hiciese que sus ojos no pudieran contener las lágrimas. No era la primera vez que un gran caballero la tomaba con ternura para terminar golpeándola con dureza al ver su cara de pesar. Todos creían que ella debería sentirse honrada, olvidando que, lo que a ellos parecía volverlos locos de placer, para la joven no era más que otra tortura a la que la exponían —¿Y bien? —preguntó al ver que no se movía.

—He cambiado de opinión —repuso él con orgullo levantándose y alejándose, al tiempo que se recolocaba la camisa y la chaqueta—. ¿Prefiere tomar asiento o quizás desee vestirse antes de...?

—¿Ha cambiado de opinión?! —La furia de Susanne era palpable. También sentía, aunque jamás habría de reconocerlo, decepción. Con la boca seca y las manos temblando saltó de la cama—. ¿Ha cambiado de opinión?! —volvió a inquirir mientras deshacía los lazos rosados de aquel camisón y lo dejaba caer— Cierto, no es divertido. ¿Cómo podría serlo si no soy una dama que se avergüence de su desnudez? ¿Cómo podría serlo cuando he tenido a tantos otros entre mis piernas que podría comparar su proceder? ¿Cómo...?

La agarró con fuerza, con tanta fuerza que ella pegó un pequeño grito antes de que la acallase con otro beso. La arrastró, pegando la espalda de la joven contra la pared e introduciendo su lengua en aquella dulce cavidad.

Tardó varios minutos en percatarse de que los dedos de su mano derecha se cernían en torno a la garganta de Susanne, pero cuando lo hizo no los retiró, la mantuvo ahí mientras disfrutaba de aquel contacto. La mantuvo ahí mientras

sus labios abandonaban aquellos labios para descender por su cuello, solo los mantuvo ahí.

Fue dejando un reguero de besos hasta llegar a su pezón. Estaba furioso, aunque aquella emoción no empañaba en absoluto la excitación que sentía. Deseaba liberar su hombría y enterrarla en ella, pero que lo comparase con los que habían estado antes le molestaba mucho más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Atrapó aquel pequeño monte y lo mordisqueó, lo saboreó hasta que lo sintió endurecerse, después lo golpeó con la punta de la lengua, una y otra y otra vez. Lo hizo hasta que el tiempo perdió el sentido, hasta que por su cabeza rondó la idea para cambiar de pezón y volver a empezar.

Ella jadeaba, sentía que las piernas le fallaban con algo tan nimio... Muchas veces había sido tocada, palpada, saboreada y golpeada... jamás su cuerpo había reaccionado de aquella manera.

—¿Sería indecoroso decirle que sabe a fresa? —soltó de bocajarro contra su oído. Ella contuvo el aliento, incapaz de hablar, anhelando que pudiera oír lo que se negaba a pronunciar, pero él se separó de su cuerpo dejándola confusa y débil.

—¿Acaso le importa? —contestó al fin mientras recogía la bata, sabiendo que aquella necesidad, que no conseguía apagar en su interior, no sería sofocada.

—No, pero espero que no sea esa su pregunta. —Ella abrió los ojos temerosa—. Esta vez le daré otra oportunidad, espero no haberme confundido con usted.

Tenía tantas dudas, incluso de la propia organización, no obstante, al mirarlo lo único que deseaba saber era sobre él. ¿Cómo podía haberse obsesionado de aquella manera con alguien del que no conocía ni el nombre?

Respiró varias veces y volvió a sentarse. Su mundo se tambaleaba, preguntándose cómo era posible que pudiera sentirse tan bien al estar en sus manos. Se miró los dedos. Por su mente pasaron las tres ocasiones en las que otros hombres, ricos todos ellos, habían decidido que ella no podía negarles su intimidad. Él había demostrado mucha más delicadeza, aunque no iba a dejarse engañar, nunca más.

—¿Quién eres? —Antes de que él pudiera decir nada ella se levantó y se aproximó. Se miraron, se midieron, y ella sonrió con arrogancia—. Tendré que confiar en tu palabra, pero quiero mucho más que un nombre —añadió agarrando aquellos mechones negros que caían entorno a la cara del caballero

—. ¿Y bien?

A otra mujer le habría mandado cortar la mano. Todos los que lo conocían sabían que debían temblar en su presencia, solo eran rumores los que corrían en torno a su persona, pero lo suficientemente peligrosos para tenerlos en cuenta. Debía enseñarle su lugar, tenía que hacerlo, pero no se vio capaz. Aquel tirón, que se volvió doloroso cuando ella apretó para hacerlo hablar, era algo que en él solo conseguía que su entrepierna se tensase todavía más.

—¿Ha olvidado cuál es su lugar?

—¿En medio de una organización criminal? Creo que se me han olvidado las formas. Habrá de perdonarme, no siempre entiendo la hipocresía con la que revisten sus actos. ¿Y bien? Creo que ya ha tenido el placer de saborear mis fresas —comentó ella con retintín, remarcando sus palabras y sin dejarse amedrentar.

—Dudo mucho que sepa de mí, pero el nombre que busca es Pardo. —La mano derecha de él agarró con fuerza el brazo de la joven apretándola contra su pecho—. El Marqués de Ailsa. —Ella contuvo el aliento. Era un hombre poderoso que rara vez se dejaba ver. Decían que prefería las amantes a las señoras de buena reputación, aunque su masculinidad había sido tema de muchos debates—. Supongo que lo que más le ha llamado la atención es mi apodo. ¿Me equivoco? —Susanne negó con rapidez, demasiado, y dos mechones castaños escaparon de aquellas dos trenzas que enmarcaban su rostro.

—Dicen que mató a su hermano —comentó ella sin voz.

—¿Solo a él? Muy indulgentes son conmigo. —La sonrisa del marqués se ensanchó peligrosamente. Ella jadeó, echando en falta el puñal entre sus dedos. Podía ver el filo brillando a pocos metros, pero sabía que jamás podría alcanzarlo a tiempo y decidió pensar con la cabeza—. ¿Tiene miedo? —El dedo índice del marqués tocó su pezón a través de la tela, pero ella no tuvo fuerzas para quejarse—. Se está volviendo aburrida.

—¿Qué es lo que busca? —Susanne dio dos pasos atrás.

—A ti. —Lo miró sin comprenderlo, pero asintió—. Necesito que coja un par de vestidos y me acompañe.

—¿Yo? Mi señora dijo que debía seguir sus horarios, como lo haría si hubiese sido ella —explicó la joven.

—Y ponerse cada día en peligro mientras tratan de acabar con ella. Eso se ha terminado. —Por sus palabras ambos supieron que lady Cristinne no estaba enterada de aquella decisión, aunque las cosas no siempre eran lo que

parecían.

Él esperaba que ella se opusiera. Estaba más que preparado para amordazarla, para sacarla de allí fuera como fuese. Ella se giró y sacó un baúl de considerable tamaño de detrás de las cortinas.

—¿Me he perdido algo? —preguntó molesto.

—Una dama siempre ha de estar preparada.

—Usted no es...

—Ya, ya, ya. —Las manos de Susanne volaron a sus caderas haciendo que su bata se abriera y mostrase demasiada piel para la salud del marqués—. Lo sé. Puede estar tranquilo, no tengo pensado pedirle que cumpla conmigo después del atrevimiento que acaba de tener —dijo sin más—. Aunque...—Se giró con descaro mientras se quitaba la bata y comenzaba a sacar ropa del armario—. Debería recordar que ya no soy solamente una criada y he decidido que de ahora en adelante exigiré que me traten como creo merecer.

—¿Y cómo es eso? —preguntó él sintiendo la boca seca mientras sus ojos descendían sobre la espalda desnuda de la joven. ¡Qué ganas sentía de quitarle aquellos diminutos pololos semitransparentes! Cuanto más hablaban más confundido se sentía.

—Sé que no soy como usted y jamás lo he pretendido, pero he visto morir a muchos para no apreciar mi propia existencia y no estoy dispuesta a penar los días que me queden. —Se giró mientras sacaba la cabeza de la camisa. Vestirse como ahora se esperaba de ella era complicado, sobre todo sin ayuda, pensó con una sonrisa diabólica en su dulce rostro. —¿Me echa una mano? —preguntó con voz dulce. Él la miró como si quemase. Ella cogió el corsé y se agarró al dosel de la cama, separando ligeramente las piernas y arqueándose para aguantar que apretase aquel instrumento de tortura, arrebatándole el aire.

—Está loca —gruñó él sin mover ni un dedo.

—¿No tiene la fuerza necesaria? —Él dio dos pasos y cogió entre sus dedos los hilos de los que debía tirar, deseando hacer algo completamente diferente. Le había costado menos arrebatarse una vida que cubrir la piel de aquella mujer de cabellos castaños, un castaño tan claro que cuando el sol los tocaba parecían volverse dorados. Su forma de moverse, aquellos hoyuelos que flanqueaban su sonrisa...

—Podemos tomarnos unos minutos —gruñó molesto, pero ella negó con cabezonería.

—¿De verdad no le importaría que le descubrieran en mi habitación? —Ella aguantó el aire y él tiró con fuerza—. ¡Mas fuerte! —Él tembló como un

niño ante esa orden, quería hundir los dientes en su hombro y aprovechar la abertura de sus pololos para hacerla gritar su nombre. Ella se removió al ver que ya tenía el corsé anudado y sonrió con arrogancia—. Pensé que conseguiríais dejarme más esbelta.

—Por muy hermoso que crea que es ese disfraz no cambia en dónde ha nacido. ¿Cree que no se darán cuenta de que no es una dama cuando la miren dos veces? —Ella levantó el mentón desafiándolo.

—Cierto, hay ciertas mujeres que solo sirven para hacer y calentar una cama. ¿Entonces por qué me necesita? ¿A que ha venido? —Él retrocedió y se apoyó en el marco de la puerta indeciso. No sabía si sería capaz de llevar a cabo la misión, que se había autoencomendado, con aquella mujer a su lado, pero no podía largarse de Londres dejándola atrás, la sola idea de que le ocurriera algo malo...

Hacía menos de un par de días habían intentado dispararle cuando caminaba por el parque, pero ella no daba muestras de que eso hubiera ocurrido. Él, por el contrario, desde aquel encuentro en la fiesta se había visto obligado a ponerle un guardaespaldas, un fantasma que la protegía desde las sombras, sin comprender por qué la muerte de aquella joven deslenguada habría de importarle.

—Obligación, dicen que podría sernos útil y yo nunca desaprovecho una oportunidad. —Agarró un mechón de su pelo mientras ella terminaba de abotonar un precioso vestido azul con bordados dorados, que elevaba de manera bastante indecorosa sus pechos—. Además, eres bastante bonita.

—¿Bonita?

—Eso he dicho.

—Supongo que para su trabajo es un requisito indispensable —comentó ella sin darle importancia—. No queremos que el último recuerdo de nuestras víctimas sea el de un hombre poco agraciado... Ahora que lo pienso es usted muy considerado.

—¿Poco agraciado? —preguntó él incrédulo mientras la veía tomarse unas libertades indecorosas.

—Puede estar tranquilo, parece que tiene otras virtudes, sino siempre puede comprarlas —comentó mordaz Susanne recogiendo el pelo en un moño alto, pero ella no era tan eficiente como su doncella. Aquel pensamiento la hizo sentir estúpida. ¿Cuándo había necesitado que alguien la ayudara? Se había acostumbrado con demasiada rapidez a la buena vida.

—Todo está en venta, preciosa.

—No, eso no es cierto, pero lo que no se vende no les interesa. —Él la retuvo cuando Susanne trató de pasar por su lado clavándole los dedos en el brazo. Ella no trató de moverse, se quedó mirando al frente abstraída.

—¿Qué ha querido decir?

—¿Yo? Si solo soy una sirvienta... mi vida no tiene precio porque no vale nada —aseguró girándose y atravesándolo con unos ojos dorados que lo hicieron temblar.

Él sacó una cinta de seda negra y se acercó a su cuerpo. El olor de aquel marqués provocaba que su estómago diese un vuelco y el mundo temblase bajo sus botas. Quería detenerlo, sabía que confiar en un desconocido era lo último de debía hacer, pero, contrariamente a todo lo que había aprendido a lo largo de los años, no hizo nada por evitar que cubriera sus ojos y la llevase rumbo a lo desconocido, dejando que simplemente los sonidos y aquellas dos inmensas manos que se habían pegado a su cintura la guiasen con rumbo incierto.

Capítulo 3

Era solo un niño, pero necesitó convertirse en hombre y ni siquiera entonces estuvo a salvo.

En aquel mundo oscuro, al que había descendido su mente, era muy sencillo perderse. Wallace había desaparecido por completo, no quedaba en su persona rasgo alguno de debilidad, temor o compasión. En aquellos ojos solo había una oscuridad profunda y prometía muerte. Cualquiera persona que se fijase en aquellos ojos castaños vería al mismísimo demonio.

Si alguien hubiese conocido al mayordomo, si se hubiese tomado tiempo en mirarlo realmente, jamás hubiera creído posible que fueran la misma persona. No solo sus gestos habían cambiado, sino que también parecía mucho más alto y fuerte.

El señor Toller se movió por la estancia con decisión, sabía que debía esperar la llegada de la noche y dónde debía buscar información. En los bajos fondos de Londres, ahí donde siempre se creía que no había ley era donde todo estaba más ordenado. Las prostitutas, los rateros, los timadores... todos sabían a quién podían desvalijar y quién era intocable. Ahí un cadáver podía desaparecer en cuestión de segundos y los problemas se resolvían con un intercambio de monedas. Ahí estaba la solución.

Se puso de rodillas para revisar el cuerpo de Carold Becker, temía haberlo golpeado con demasiada fuerza, pero sus intentos de escapar le habían resultado tan molestos que no había visto otra salida que dejarlo inconsciente. Todos ellos tenían algo especial, una vez habían sido elegidos no podía dejarlos marchar. Era como si sus espíritus le perteneciesen y eso lo hizo sonreír con cierta tristeza al pensar que no podría mirar a aquel hombre a los ojos para poder despedirse.

Lo arrastró por el lugar y se removió inquieto. Apretó el escalpelo y gruñó con placer, ya podía saborearlo... Cuando hundió aquella fina cuchilla en su párpado un breve temblor recorrió a su víctima. Estaba recuperando la conciencia y eso hizo que sus cortes se volvieran perezosos, quería prolongar

aquel encuentro lo máximo posible.

Le arrancó la mordaza y lo escuchó gritar con auténtico deleite. Había hecho bien en llevárselo al sótano, nadie podría escuchar sus súplicas y a él siempre le había gustado hablar. Todos merecían saber lo que ocurría, pensó con una sonrisa sádica en el rostro.

—Nunca debió haber cruzado el umbral de mi hogar. Muchos dirían que está maldito, pocos salen con vida. Debería darme las gracias —comentó tratando de agarrar el ojo de aquel pobre hombre.

—Tengo dinero... por favor... déjeme marchar...—suplicó el abogado, llorando por su ojo bueno, mientras se revolvía contra las cadenas que le había colocado.

Toller no lo escuchaba, su mente estaba inmersa en uno de sus tantos recuerdos. Por un momento, odió a aquel individuo sin motivo alguno. Acababa de situarse al frente de la cadena alimenticia, feliz por no ser él el que estuviera sangrando y arrastrándose por vivir un día más. Meneó la cabeza, él no era Wallace, él era Toller y Toller siempre vencía.

—Y podrá gastarlo cuando me haga un recado. —Siguió tratando de arrancarle el ojo, pero éste no terminaba de escurrirse entre sus dedos hasta que se detuvo frustrado, apartándose el pelo que había caído ante sus ojos—. Debe recordar que si no lo hace volveré a buscarlo. —Aquel aviso hizo que el señor Becker temblase y se orinase encima—. Supongo que lo ha entendido —añadió Toller con un suspiro.

—Deténgase. Haré todo lo que desee. Jamás le diré a nadie que usted...

—Cierto...—Toller se detuvo—. Y eso es mucho más sencillo. Si no puede ver aún podría hablar y escribir.

Dejó el escalpelo a un lado y se estiró algo cansado. Miró las paredes de piedra que había ante él y comprendió que ahora todo aquello le pertenecía. Revisó la zona preguntándose a cuantos caballeros podría colgar de aquel lugar para disfrutar de sus cuerpos. Ahora nadie juzgaría sus gustos ni se opondría a sus deseos, aunque lo primero era lo primero.

—¡No! ¡Por favor! —gritó debatiéndose mientras aquel ser diabólico trataba de coger su lengua.

—Si sigues así te mataré y no es mi deseo —comentó agotado—. Si me haces buscar a otro que lleve mi mensaje iré a por todos aquellos por los que alguna vez has sentido algo y les haré lo mismo.

Aquel hombre se detuvo, su vida no tenía valor en comparación con la de sus dos niñas y su mujer. A diferencia de muchos otros él amaba a su familia

con locura y apretó los puños con resolución abriendo la boca. Sabía que sería un dolor atroz, pero rogaba por volver a verlas, por poder abrazarlas y decirles que todo saldría bien.

Fue un corte limpio, tanto que por un segundo el señor Becker no sabía si su lengua seguía en su sitio. Quiso gritar, pero la sangre corría por su garganta y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por no atragantarse con ella. No quería morir, no después de haber soportado todo aquello. Tenía que ser por algo, debía merecer la pena.

—Tendría que cortarle las manos...—susurró para sí mismo aquel monstruo mirándose los dedos. Él sabía escribir y eso era muy peligroso. —No quiero darle la oportunidad de que traiga a las autoridades ante mí, aunque supongo que sabrá guardarme el secreto...—Se detuvo a pensarlo y negó con tristeza. Parecía desolado, como si el hecho de hacerle daño pesase sobre su conciencia. —Habría de entender que no puedo dejarlo al azar. Me han encomendado una tarea de suma importancia y no puedo permitirme acabar muerto por haberme cohibido.

Y durante tres interminables horas fue cortando un dedo tras otro para después cauterizarlos. Llegó un instante en que Carold ya no podía mantener la consciencia. Su cabeza iba y venía sin saber qué era real y qué no. Ya le dolía tanto todo que no podía precisar. Sentía que su mente se había fragmentado de maneras inimaginables y deseó no volver a ver a nadie conocido, no se sentía el mismo hombre.

Fue varias horas después cuando, tras recorrer media ciudad y dejar una carta anudada a su cuello, lo arrojó dentro de un baúl frente a uno de los clubs más famosos de todo Londres. Sabía que no solo lo encontrarían en pocos minutos, sino que la noticia correría como la pólvora entre aquellas calles llenas de desechos de Londres.

Capítulo 4

Y dijo tenerlo todo mientras lloraba en la oscuridad. ¡Qué difícil reconocer que los abrazos comprados no aportan calor!

La vida en un hogar noble está llena de eventos, invitaciones y visitas. Las mujeres son lucidas y muchas gozan de buenas amistades para lograr aquello que ansían. Son las amantes otra parte importante de aquella gran sociedad. Esas mujeres que se esconden en las sombras, que se abren de piernas ante el que tiene más monedas y que tratan de pasar por la vida sin hacer ruido, son las que de verdad podían hacer caer al más poderoso.

Todos los que vieran a aquella joven dama pensarían que debería estar contenta. En su cuello, orejas, muñecas y dedos lucía joyas dignas de una reina. Su cuerpo iba envuelto en las telas más lujosas y su pequeño hogar estaba decorado con muebles finos y papeles de gran valor, pero ella seguía mirando la ventana con añoranza.

—Ha empezado un juego muy peligroso, señora —dijo su nana. La mujer que la había acompañado toda la vida, supliendo a una madre que desapareció mucho tiempo atrás.

—No me gusta que controlen mi vida —contestó la dama reprendiéndola por su actitud.

—Ha de comprender que he estado siempre a su lado. La he visto crecer y usted no es así. Siempre ha sido una mujer dulce y cariñosa, no debería dejarse de esta manera —comentó aquella mujer regordeta de sesenta años mientras se tocaba el pelo plateado con nerviosismo. Sus palabras atravesaron a la joven dañándola, pero su semblante no mostró señal alguna.

—Es lo único que tengo para poder negociar y lo aprovecharé mientras la juventud me lo permita.

—¿Y luego?

—Luego tendré toda una fortuna para poder retirarme con dignidad.

—Pero está haciendo daño a mucha gente, niña —comentó su nana estirando los dedos, anhelando acariciar su rostro como cuando era niña.

Quería consolarla porque sabía que bajo aquellas capas de hielo sufría, que seguía haciéndolo a pesar de mostrarse imperturbable, pero volvió a retirar sus dedos sin llegar a rozarla.

—Nadie hizo nada por protegerme a mí, ¿por qué habría de importarme una panda de nobles con ínfulas? Se consideran inteligentes, solo han de aprender a jugar mejor sus cartas.

—Aún puede conseguir que un buen hombre pida su mano. Si aceptara tendría una vida feliz a su lado, usted tiene un apellido que podría...

—¿Y luego qué? —gritó de repente con los ojos completamente abiertos. La cara de aquella hermosa dama estaba deformada en una mueca que rozaba la locura, pero se serenó con rapidez para volver a fijar sus ojos en el cristal.

—Luego haré lo que me han enseñado, matar. —Su nana tembló al oír el frío tono de su voz, tembló al no reconocer en ella a la joven de mejillas sonrojadas y ojos verdes que le pedía besos con la cara llena de crema.

—La encerrarán. No lo haga mi niña, déjelo estar.

—Los mataré nana y tú deberías marcharte. Además, —Se giró con gestos tranquilos, con la mirada perdida y la sonrisa colgada de los labios. Su mente estaba lejos, llevaba demasiado tiempo esperando y la paciencia se agotaba con rapidez—. controlo una organización de asesinos y espías. ¿Qué será un par de nombres más?

—Si se enteran...

—No podrán hacerlo. Yo los contralaré a todos, les enseñaré que la misma niña a la que robaron, a la que le arrebataron lo que le pertenecía por derecho propio les ha llevado hasta sus tumbas. Les enseñare a no venderme a un viejo, a...

—No podrá cambiar nada. Solo se hará más daño.

—Es posible. —Dio dos pasos y se acarició el abdomen, que por el momento seguía siendo completamente plano, pero que con el paso de los meses se iría redondeando para placer de la joven—. La gente subestima a los bastardos, son ingenuos. —Se encogió de hombros.

Aquella mujer saltó hacia la que consideraba una hija. Quería enterrarla contra su pecho, dejar que llorase hasta sacar fuera el dolor, el sufrimiento que seguía pesando como una losa sobre ella, pero cuando la tocó fue lanzada contra la pared.

—¡¡No te atrevas a tocarme!! ¡¡Tú!! ¿Ahora quieres protegerme? —La joven comenzó a reírse a carcajadas, el sonido resonaba con fuerza en las paredes, pero ningún criado se atrevió a acercarse a aquella sala—. ¿Qué es

lo que tanto te preocupa? —preguntó alzando las capas de tela que tapaban sus piernas y moviendo ligeramente uno de los ligeros para dejar al descubierto numerosas cicatrices.

—Mi niña...—lloró desconsolada la nana presa de la culpabilidad.

—Ya no. Era necesario, ¿no cree? Todos tenemos un precio y las mujeres nunca hemos sido dueñas de nuestra vida —comentó como si no fuera con ella—. Todos tenemos un precio...

Capítulo 5

El placer es traidor, puede encender tu alma incluso cuando el que te mira no lo merezca.

El traqueteo de aquel carruaje la estaba volviendo loca y comenzó a bufar fruto de la impaciencia. Se removió varias veces y se mordió la lengua para no decirle cuatro cosas al marqués de pacotilla. ¿Era necesario que la tratase de aquella manera? Decidida se arrancó el pedazo de tela de los ojos y parpadeó varias veces para tratar de acostumbrarse a la luz.

Había amanecido y el sol acariciaba la hierba que los rodeaba. Inmensos árboles se erguían majestuosos a su paso, dejando apenas el espacio justo para que su carruaje avanzase. En un lugar dominado por la naturaleza podían esperarse todo tipo de sorpresas, estaban demasiado lejos de cualquier parte.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella, sonriente, al ver la belleza que los rodeaba. Le gustaba el campo, la tranquilidad y sobre todo el olor. Sonrió soñadora, imaginando a sus propios hijos recorriendo lugares como aquellos, riendo sin miedo y sorprendiéndose ante cualquier animal, tratando de apresarlos una y otra vez. Cuando eres un niño todo parece posible, pensó, aunque la realidad suele golpear demasiado pronto. Era un sueño estúpido.

—Si quisiera que lo descubrieras no te habría tapado los ojos.

—¿Y por qué habrías de venir a un lugar como este? ¿Quién puede ser tan importante y vivir en...? —Y se quedó buscando el nombre adecuado—. En ninguna parte.

—¿Y qué me darás a cambio de la información? —Los párpados de Susanne se abrieron y sintió mucho calor. Miró los ojos de aquel hombre y se lamió los labios inconscientemente. Su mirada lo recorrió, deteniéndose en aquellos brazos que, al tensarse, dejaban entrever músculos fuertes bajo la camisa.

—¿Qué es lo que deseas? —preguntó ella sin voz. A punto estuvo de tartamudear al verlo sonreír arrogante.

—Ahora no me interesa montarte —comentó como si estuviese hablando de

una yegua cualquiera. Susanne miró por la ventana tratando de aplacar aquel sentimiento agrio que acompañó sus palabras, quería claudicar a la peligrosa idea de arrancarle los cabellos uno por uno, ¿sería muy malo dejar calvo a un marqués? ¿Cuál sería la pena máxima que le impondrían?

—Me alegro. —Se encogió de hombros—. Aunque no comprendo qué más podría darle.

—Necesito que conozca a una anciana y la convenza de volver a la vida.

—¿A la vida?

—Dicen que está muerta, pero yo no me creo las malas lenguas —dijo él sin importancia.

—¿Está loco?

—Eso también lo dicen. ¿Se lo puede creer? —comentó haciéndose el indignado.

—¿Adónde los dirigimos? —inquirió Susanne con cierto temor.

—A una iglesia. En algún lugar habremos de empezar.

—¿Perdón?

—No se haga ilusiones, solo busco a la muerta. —Sus palabras no tenían sentido alguno. Ella lo miró para fruncir los labios a continuación.

—¿Me está tomando el pelo?

—¿Le he dado esa impresión en algún momento?

—Es que me cuesta comprender la idea de ir a por una muerta y...—Él sonrió y ella quiso lanzarle una bota a la cabeza. ¡Se estaba burlando de ella! Tenía que ser eso—. ¿Nos iremos con su cadáver de paseo?

—Supongo que al menos tendremos que abrir la tumba. Espero que tenga razón, aunque no creo que sea agradable descubrir un cuerpo después de dos meses —comentó él como si no la hubiera escuchado—. ¿Le gusta cavar?

—¿Perdón?

—Yo no estoy acostumbrado a los trabajos manuales. —Ella le miró las manos, pero se sorprendió al percatarse de que no eran las manos delicadas de un señoritingo. Él sí sabía lo que era el trabajo duro, podía verlo en las callosidades que las cubrían, incluso demasiado, para la posición que aquel hombre ostentaba. También se dio cuenta de otro detalle, entre sus dedos llevaba una pistola.

—¿Va a matarme?

—¿Esto? —preguntó levantando el arma —Es para defendernos. Tengo, tenemos —añadió con rapidez—, enemigos y ya tardan en aparecer.

Susanne asintió sin comprender en qué estaba metida realmente. Cuando el

cochero empezó a frenar ella se sorprendió, sobre todo cuando el cuerpo del marqués se echó sobre el suyo y varias balas volaron sobre sus cabezas.

—¿Cómo lo sabías?

—Es lo que yo haría —comentó con indiferencia—. No quiero que te maten. ¿Serás buena y me esperarás aquí? —Ella siempre había querido pensar que era una luchadora, pero tampoco tenía forma de defenderse y asintió resignada.

—Se me da mal coser.

—¿Cómo?

—Marqués, si deja que lo coman a balazos no creo que lo pueda dejar muy allá.

—Derian, preciosa, llámeme Derian. —La besó con rapidez antes de escurrirse fuera. Ella todavía podía sentir la presión de aquel contacto sobre sus labios cuando escuchó más disparos.

Entre los árboles había varios hombres, pero Derian lo había previsto. Hizo que concentraran el fuego en su persona, mientras devolvía todo el plomo que podía con gestos rápidos y una puntería diabólica. ¿Pensaba él solo terminar con todos? No, pero tampoco estaba lo que se dice solo.

Varias sombras se acercaban, pasaban al lado de los tiradores y ellos caían sin vida. Derian los conocía, no sabía los nombres que les habían dado sus madres, sin embargo, él les había dado un lugar y una meta en la vida.

Aquellos niños, porque eso es lo que eran, corrían sin hacer ruido sesgando las vidas de quiénes se les ordenase. Nadie temía de aquellos pequeños, que apenas levantaban un palmo del suelo, pero nadie tenía tiempo de arrepentirse.

Hubo una época en la que Derian sintió tristeza por aquellos pillastres, pero comprendió que el hambre, el frío y las palizas que recibían en las calles eran mucho peores, y que cada cual debía hacer lo que fuera necesario para sobrevivir.

—¿Ya ha acabado? —La voz de Susanne lo hizo girarse sobresaltado y por poco no le vuela la cabeza en el proceso. Gimió por lo bajo al mirarla, al sentir como en su interior se despertaban sentimientos que creía muertos, pero sobre todo al darse cuenta de que no iba a traerle más que problemas.

—¿No podías esperar dentro?

—No creía que pudieras con todos y pensé en huir —confesó la joven. Su mano se posó en el hombro del marqués para apretar con suavidad—, pero me alegro de que estés bien.

—Debería azotarte por no cumplir las órdenes.

—No eres mi dueño —repuso ella, arrogante, colocando las manos en las caderas.

—¿En serio?

—Ya no le pertenezco a nadie.

—Tienes una lengua muy afilada. —Dorian se levantó de un salto y la agarró por el mentón.

—Hazlo —dijo ella de pronto retándolo como nadie lo había hecho antes

—. Azótame. ¿No es eso lo que deberías hacer?

—¿Es lo que deseas?

—¿Importa?

—Cierto preciosa, nunca ha importado. Deberás esperar a que lleguemos a una taberna. Te necesito bien para que me ayudes a bañarme y después podré castigarte como te mereces. Espero que sepas comprender que lo hago por obligación.

—Veremos...

—¿Qué has dicho? —inquirió el marqués con una sonrisa. Había escuchado a la mujer a la perfección, sabía que deseaba guerra y por lo que más quería que iba a dársela.

Se sintió vivo al sentarse y coger las riendas de aquellos caballos para poner el carruaje de nuevo en camino. Podía notar las piernas de aquella hechicera rozándolo, por testarudez había querido sentarse con él cuando habría ido mucho más cómoda atrás. Sin embargo, no había podido negarse a su petición.

Sus ojos volvían a ella y deseaba espolearlos hasta llevarlos al límite para llegar lo antes posible. Quería enseñarle que con un hombre como él no se jugaba, que no estaba bien meterse en su cabeza para ponerlo todo patas arriba.

—¿Le ocurre algo? —Oyó la voz de Susanne y se giró mientras miraba a lo lejos buscando cualquier muestra de que quedaba poco. Le servía hasta un pequeño claro apartado, pensó desesperado.

—Nada.

—Tiene mala cara.

—Estoy bien.

—¿Fiebre? —La mano de la joven se posó sobre su frente durante unos segundos mientras fruncía los labios. —Parece que le ha subido la temperatura.

Capítulo 6

Aunque veas mis arrugas no me subestimes, he visto demasiado para que puedas sorprenderme.

Dicen que el pasado siempre vuelve para golpearnos con más fuerza que al principio. Olvidar puede parecer sencillo, el consejo que le das a una amiga cuando la ves deshacerse de dolor, pero Linnete ya era demasiado vieja para eso.

Dejó el libro, cuyas páginas seguía pasando sin llegar a ojearlas, y se levantó cansada. En aquella hermosa casa de campo de dos pisos, donde todo era lujo y ostentación era donde debía terminar sus días.

Había buenos y malos momentos, situaciones de las que creyó que jamás llegaría a recuperarse, pero ahí estaba.

—He vencido —comentó con indiferencia posando las manos sobre la ventana y observando el jardín.

—Lo ha hecho, señora —concordó el mayordomo acercándose a ella y colocándose a su lado.

—Pero no he ganado nada —reconoció la anciana, dejando que sus ojos azules volasen hasta el establo, hacía tanto tiempo que no se permitía a sí misma placeres tan sencillos como montar a su preciosa yegua gris...—Siento que cada día en este lugar me arrebatara la vida.

—Siempre puede volver.

—Estoy muerta. —Le recordó Linnete con indiferencia. Recordaba las veces que, tras las brutales palizas que había llegado a recibir, se había rendido. La muerte no había acudido a su llamada, ni siquiera sabía de dónde había sacado las fuerzas para mantenerse en pie, pero los rumores la tenían intranquila—. Han matado a una de mis niñas.

—Dicen que atacó a la niña Henrietta. —Por sus palabras cualquiera pensaría que aquel mayordomo conocía a la joven dama de la que hablaban, cuando solo la había visto desde lejos, pero por algún motivo su señora la apreciaba y eso era suficiente para él. Desde lejos, como siempre había hecho,

miró a aquella gran mujer y apretó las manos tras su espalda—. Si lo desea yo...

Linnete tembló consciente de la insinuación. La felicidad, un propósito hermoso, no era algo que ella fuera a disfrutar.

—Lo sé —dijo mientras se giraba y posaba una mano en un hombro de su hombre. Se alejó de él y se dirigió a la puerta mientras sus botas resonaban contra el frío mármol del suelo.

En aquel momento unos pasos corrían hacia la puerta y ésta se abrió con fuerza, golpeando la pared y resonando por toda la estancia. El mayordomo reaccionó con rapidez, en sus dedos había una pistola, pero Linnete ya había saltado hacia el cuello de aquel joven y presionaba su piel con el filo de su daga.

—¿Quién se cree que es para entrar en mi hogar sin ser debidamente presentado? —preguntó ella en un tono bajo, peligroso. El muchacho palideció, como si se hubiera percatado en aquel instante del error que había cometido. Nadie osaba a faltarle a la duquesa, aunque no era su título lo que le confería el poder, títulos tenía muchos otros.

—Es urgente. Demasiado —susurró el joven estirando una mano, en la que llevaba un trozo de papel lacrado—. He cabalgado durante días para encontrarla. Solo ella sabe que sigue con vida...—comentó el joven.

—¿Y cómo es que TÚ lo sabes?

—Lady Cristinne me lo dijo, está muy preocupada.

Linnete lo soltó, caminó sin darle la espalda hacia el interior de su hogar, y suspiró cansada.

—¿Me traes más problemas, muchacho? Entrégame ese papel y vete antes de que te mande azotar por tu insolencia —añadió, demasiado cansada para pensarse realmente en hacerlo.

No fue ella la que recogió el papel, su mayordomo lo hizo tendiéndoselo a su vez. Al joven le sorprendió ver a lady Linnete doblarse sobre sí misma y pensó que era demasiado anciana, no comprendía el miedo que infundía aquella pobre mujer, pero cuando los ojos azules de la dama volvieron a alzarse y lo atravesaron se lo pensó mejor. Salió de allí corriendo como alma que lleva el diablo.

—¿No quiere que nos deshagamos de él?

—¿Ahora? A estas alturas y gracias a esa...—Se calló mientras se encaminaba hacia el saloncito, donde cada día tomaba un pequeño refrigerio, y se dejó caer sobre el sofá—. Ya lo sabe todo Londres. Pronto me buscarán

para deshacerse de mí por tratar de escapar de la organización.

—¿Y qué va a hacer? —La preocupación del rostro de su mayordomo, un hombre que la había acompañado durante tantos años y que conocía todos sus secretos, la hizo sonreír. No había otra persona en el mundo en la que confiase más.

—Primero saber si era tan importante como para descubrir mi situación —comentó desganada. Rompió el sello y a medida que leía sus ojos se fueron abriendo como platos.

Querida Linnete,

Lamento mucho haberme puesto en contacto, sé que es lo último que deseaba y jamás esperó volver a tener noticias mías, pero está en peligro. Hace dos días apareció ante un burdel un hombre gravemente malherido. Sus heridas han hecho que perdiera la vida menos de veinte horas después, pero su mensaje no podía ser más claro.

Espero que comprenda la urgencia y sepa perdonarme, después de su ayuda mi gratitud es infinita y haré lo que esté en mi mano por devolverle el favor.

A continuación, le dejo las palabras que contenía la misiva que llevaba aquel pobre hombre clavada sobre el pecho.

“Dicen que ha muerto un doctor, ahora le llaman asesino. A nadie le preocupa aquel que sesgó su vida, pero aquel gran hombre no estaba solo y entre las sombras encontraremos a quién esté detrás.

Somos uno y somos muchos. No sabrán de dónde saldremos, pero la sangre correrá por estas calles hasta que demos con el culpable, e incluso después será inevitable...

Si creen que están a salvo, no sean ingenuos. La ciudad es oscura y las ratas conocen todos sus secretos.”

Espero que esté bien, no creo que el que haya mandado el mensaje sepa que usted... pero ha de estar alerta. Además, ya corren rumores y debería plantearse cambiar de residencia.

Mucha suerte y espero que nos veamos pronto.

Cerró aquel papel, plegándolo en tres trozos, y lo apretó con fuerza entre los dedos. Al final solo había tenido seis meses de descanso, pensó con cierta alegría y emoción en el interior de su pecho. ¡Cualquiera diría que el riesgo de la parca la llenaba de energía! Se sintió rejuvenecer antes de mirar a su mayordomo.

—Creo que quieren matarme —comentó sin darle gran importancia.

—Eso ya lo sabíamos. —El mayordomo se sentó a su lado, rompiendo con aquel simple gesto todas las normas protocolarias.

—Esta vez es un amigo del doctor. —Al ver la duda en los ojos marrones de Danton se concentró, tratando de buscar en su maltrecha mente el nombre. Es increíble como con el paso de los años el cerebro puede fallarnos en los detalles más nimios—. El de la fiesta, al que le cortaron el cuello. A mi favor diré que se lo merecía.

—¿El doctor Gull? —preguntó el mayordomo tratando de ayudar a su señora. Sabía que le molestaba que lo hiciera, quizás porque ambos se daban cuenta de que algo empezaba a fallar en su cabeza y sus ideas era lo que aquella vieja mujer más apreciaba en el mundo. Su inteligencia había sido su arma más afilada, si no se tenía en cuenta su lengua.

—¡Ese! Era un cerdo y un asesino, pero de los de verdad —comentó con rapidez—. Ahora eso no importa. Creo que nos vamos de viaje, si nos buscan no podemos ponerles las cosas fáciles.

—Claro señora.

Capítulo 7

Con los dedos recorrió su piel, pero llegó hasta su alma. El cielo quedó opacado ante aquel grito de placer que los recorrió a ambos.

A l final encontraron una taberna, pequeña, cuando el sol ya trataba de ocultarse en el horizonte.

Aquella casa de dos pisos, desgastada, con la puerta entreabierta y llena hasta los topes fue asaltada por Derian, que tras de sí arrastraba a una joven muchacha.

El tabernero no dijo nada, estaba demasiado acostumbrado a mirar hacia otro lado, sobre todo cuando se trataba de nobles. Sonrió, observando con culpa a la mujer, y les dejó ante la puerta de la mejor habitación que tenía.

Ninguno de los dos jóvenes fue consciente de la fiesta que tenía lugar bajo ellos, en aquel instante celebraban la boda del herrero del pueblo con la hija de la panadera, pero Derian solo tenía ojos para ella.

Cuando Susanne vio desaparecer a aquel hombre escaleras abajo se sintió arder.

—Sabes lo que piensa, ¿verdad? —preguntó con un hilo de voz, arrepintiéndose con cada fibra de su ser de haberlo seguido hasta allí. Una persona más inteligente habría huido de él, jamás lo habría acompañado, pero ella tampoco tenía mucho que perder y demasiada curiosidad. No podía sacarse de la cabeza lo que había sentido cuando el marqués había atrapado sus labios y los había devorado.

—Que vamos a follar. —Ella jadeó ante sus palabras y se tocó el pecho—. ¿Te escandalizas? No me vendrás ahora con el cuento de que eres pura.

—¿Te echarías atrás si así fuera?

—No tengo que respetarte, aunque tampoco violo mujeres. —Se acercó a ella y la acorraló contra la pared. Podía sentir el fuerte pecho de Derian pegándose a ella y la sensación confundió su mente—. ¿No me deseas?

—¿Deseo? ¿Acaso crees que he disfrutado con los anteriores? Dudo mucho que contigo vaya a ser diferente —comentó Susanne con tristeza—. Un

señorito que trata de conseguir todo lo que ve, como si fuera una chuchería más.

—Cierto. —Los fuertes dedos de Derian se posaron en su cintura para acercarla a él—. Voy a tomarte, castigar y usarte, pero tú estarás dispuesta en todo momento. Jamás haré nada que no desees, incluso suplicarás, puedes estar segura.

—¡Yo jamás haré eso!

—Nadie te ha enseñado lo que es el auténtico placer...—Los ojos azules del marqués se oscurecieron arrebatándole el aire. Se quedó mirándolo con adoración, con aquellas emociones que la confundían, deseando lanzarse en sus brazos y salir corriendo lo más lejos posible—. ¿Quieres que te enseñe lo bien que nos lo podemos pasar juntos? Haré que tu cuerpo se abra a mí y jadearás entre mis brazos. Tu cuerpo me pertenece desde el mismo instante en el que te vi en aquella fiesta.

—¿Importa lo que yo diga? —preguntó cruzándose de brazos y provocando que él se alejara unos centímetros.

—No pienso tocarte si no dices que sí, al menos, no para hacerte disfrutar.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Dolor o placer, preciosa?

—¡No te atreverás! ¡Si lo intentas te rajo la garganta! ¡Nadie volverá a hacerme daño!

—Te dije que te castigaría —comentó mientras la empujaba hacia el interior del dormitorio con suavidad y cerraba la puerta a su espalda.

—Puedes intentarlo, pero morirás.

—¿No sabes quién soy? ¡Un marqués nada menos!

—Un hombre que sangra como el resto —lo cortó ella—, aunque voy a aceptar tus atenciones maritales —añadió haciéndolo reír—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—¿Atenciones maritales?

—¿No se dice así?

—Oh, dios... me vuelves loco. —La besó sin poder contenerse y con dedos ágiles empezó a quitarle la ropa. Deshacía los nudos sin mirar, concentrado en aquel baile sensual en el que se habían enredado sus lenguas. Él no podía dejar de tocarla, mientras la ropa caía a los pies de Susanne, Derian seguía explorándola todo lo que podía. Aquella ansia por devorarla lo hizo detenerse para, con una intensidad arrolladora, preguntarle de nuevo—. ¿Lo desees?

—Sí.

¿Qué podía hacer ante esa palabra tan hermosa? No llegó a quitarle el pololo ni la camiseta. Él, a toda prisa, lanzó lejos sus pantalones y se sintió libre.

Ninguna otra mujer podía verse tan hermosa como ella, mientras la tumbaba sobre la cama y le habría las piernas. Quería tocarla, acariciarla, enseñarle muchas cosas, pero la necesidad no lo dejaba pensar con claridad.

Susanne estaba perdida, solo lo veía y sentía a él. Ni siquiera sabía cómo era la habitación, solo podía ver aquellos ojos azules y su ansia por entrar en su interior, una sensación que nunca antes había experimentado.

—Lo lamento, preciosa. Ahora mismo necesito estar en ti, prometo tomarme más tiempo la próxima vez.

—¿La próxima? —inquirió ella confusa.

—Claro, cuando prometo que hay placer y que tengo pensado enseñártelo lo cumplo. Vas a gritar mi nombre. —Ella lo recorrió con los ojos antes de perder el aliento, mientras él la penetraba de golpe.

Ella estaba empapada y lo miró avergonzada. Prácticamente había resbalado a su interior, aunque la pena por aquella situación quedó opacada por las olas de placer que la recorrían cada vez que entraba con contundencia en su interior.

Necesitó besarlo y lo buscó desesperada. Los dedos de la joven aferraron los hombros del marqués que, en aquel instante, perdido entre cada empujón, le daría la luna si se lo pedía.

Bebieron el uno de la boca del otro. Sus alientos jadeantes se mezclaron mientras las uñas de ella se clavaban en la piel de Dorian, buscando anclarse a algo al tiempo que aquella sensación crecía de tal manera que se vio incapaz de contenerla en su interior.

Los movimientos se volvieron duros, implacables, ella le aceptaba rogando, suplicando porque aquella tensión se deshiciera, anhelando la culminación. Él se lo dio mordiendo con fuerza el cuello de la joven, marcando su fina piel y gruñendo contra ella. Se derramó en su interior sintiéndose extraño, deseando permanecer en el interior de aquella sirvienta con ínfulas. Ella se removió inquieta.

—No ha estado mal —comentó de pronto.

—¿Mal? —Dorian no podía creerse su descaro. Susanne lo miraba con orgullo, pero sus mejillas rosadas y su pelo alborotado hicieron que su polla se tensase de nuevo—. ¿No ha estado mal?

—¿Está sordo marqués? —preguntó Susanne volviendo a mostrarse respetuosa, aunque olvidando la cautela.

—¿Vuelvo a ser marqués?

—¿No tiene ya lo que deseaba de mí?

—¿Crees que te he traído por tu precioso coño? —Ella jadeó ante sus palabras mientras los dedos de Dorian comenzaban a acariciar sus labios más íntimos—. Hermosos, eso sí. Deberías respetarme, pero te necesito —comentó con indiferencia—. ¿Por qué no habríamos de divertirnos juntos? Puedo enseñarte mucho antes de que pases al próximo. Si eres lista creo que incluso podrías cazar a un pobre hombre que te dé una buena vida. Te enseñaré a ser la mejor en lo tuyo, ¿es eso lo que buscas? La organización te tratará bien, pero no sé durante cuánto tiempo...

Pegar a un marqués. Su mano voló antes de que la idea se posase en sus neuronas y fuese capaz de procesar lo que estaba haciendo. Eso podría traer consecuencias nefastas, era un delito muy grave. Si él lo deseaban podían apresarla, pero al oírlo decir aquellas horribles cosas mientras todavía permanecía en su interior, de nuevo duro, con sus dedos recorriéndola y torturándola, fue demasiado para ella.

Se sintió más sucia que nunca antes. Le habían hecho muchas cosas humillantes, había deseado hundirse en las frías aguas del río durante horas para borrar las marcas en su piel que habían dejado auténticos monstruos, pero él con sus palabras había conseguido atravesarle el alma.

—¡No soy una puta! ¡Ni tuya ni de nadie! —gritó fuera de sí mientras lo empujaba lejos. Miró a aquel hombre, con su polla apuntándola directamente y la sorpresa en el rostro.

En la mejilla de Derian podían verse los cinco dedos de Susanne. Los había marcado en su piel, pues le había dado con todas sus fuerzas y él tardó en reaccionar.

—Me has pegado.

—Eso he hecho.

—¡Me has pegado! ¡Tú! —La última palabra salió de los labios del noble como el peor de los insultos. La miró como si no fuera nada más que basura, aunque hasta hacía unos minutos no parecía que le importase mientras entraba en ella. Que ella se hubiese atrevido a golpearlo laceraba su ego—. ¡Debería cortarte las manos!

Susanne tembló. Había convivido mucho tiempo con el marido de la duquesa de Somerset para saber que aquellas amenazas no eran palabras

vacías que lanzaban fruto de la ira. Había hombres que cumplían sus amenazas, sobre todo cuando creían que su honor lo exigía.

—No, no, lo siento... yo...—Susanne reptó por aquel colchón alejándose. Lo miraba temblando, esperando el primer golpe, pensando a toda velocidad cómo podría defenderse si él le daba una paliza, no quería morir allí.

El deseo, el placer, aquel pedazo de paraíso que habían compartido se diluyó con rapidez al ver a la joven que había tenido bajo él temblar de puro terror. No era miedo, era pavor el que demostró ante su amenaza.

—Tranquila, solo estoy molesto. No voy a hacerte daño, yo jamás...

—Dijiste que me castigarías y te he golpeado. He golpeado a un marqués... —repitió para terminar de procesarlo.

—En este dormitorio somos un hombre y una mujer. Solo estamos nosotros y nadie tiene por qué enterarse —comentó. Se acercó, odiándose por haber llegado a aquella situación. Ni siquiera sabía por qué había dicho aquellas cosas horribles, aunque la idea de que ella hubiera estado con otros hombres lo molestaba demasiado. Se sentó a su lado, sin tratar de cubrirse, y le acarició la pierna.

Era increíble que, con que solo la rozase, su piel ardiera. A su lado el tiempo no importaba, los días se acortaban con rapidez mientras deseaba una palabra hermosa, una mirada cómplice de un completo extraño que jamás podría ver en ella a una igual.

—Dijiste que querías castigarme.

—Sí y va a dolerte mucho. —Ella tembló de nuevo y él bufó molesto—. ¿Puedes dejar de comportarte como una niña pequeña?

—Dijiste que vas a golpearme.

—No, dije que iba a dolerte —la contradijo acercando su rostro y dejando sus labios sobre los de Susanne. Solo tenía que sacar la lengua para saborearlo y que la matasen si no era lo que más deseaba a pesar del peligro. ¿Era posible que eso todavía la excitase más?

—No lo comprendo —susurró ella.

—Voy a enseñarte a matar. Te convertiré en mi arma favorita...—gruñó él mordiendo el pezón derecho de Susanne sobre la camiseta. Rasgó aquella fina tela con ansiedad para poder verlos bien—. No seré tierno, ni dejaré que protestes. Seré duro —mientras lo decía apretó su pezón con fuerza haciéndola gemir—, implacable, exigiré todo lo que puedas darme. —La miró a los ojos, ella contuvo el aliento y las ganas que tenía de alejarse—. El placer y el dolor pueden estar íntimamente conectados.

El marqués la soltó y se levantó. La miró con tranquilidad mientras recogía sus pantalones y volvía a vestirse. Ella lo imitó con vergüenza deshaciéndose de su camiseta.

—Gracias.

—¿Por qué? —Ella no llegó a contestar, cuando giró el rostro Derian vio miedo, tristeza. Algo le había hecho mucho daño y él decidió que averiguaría lo que había pasado y mataría a quien fuera necesario para poder verla sonreír sin preocupaciones. Se mordió el labio confundido.

Capítulo 8

Su belleza escondía oscuridad, pero nadie se acercaba lo suficiente.

En otro tiempo acudir a una fiesta de un Marqués habría sido un sueño hecho realidad. Vestirse con telas suaves y dejar que dos gotitas de perfume se deslizasen por su escote la habría hecho sentir hermosa, única, pero ya no era la misma.

El tiempo había transformado a la dulce muchacha que una vez fue en alguien despiadado y sumamente peligroso. Detrás de aquella belleza de veinte años había demasiada oscuridad, aunque nadie parecía percatarse cuando escondía sus pensamientos tras una sonrisa o un aleteo de pestañas. Había aprendido a usar su belleza como un arma y no tenía ningún reparo en abrirse de piernas si así lo pedía la situación.

El carruaje se detuvo y ella bajó majestuosa. Sus movimientos eran calculados y ascendió por la escalinata rumbo al salón de baile sin esperar a ser anunciada. Muchos ojos se volvieron hacia ella, pero no tenía ganas de hablar.

Caminó directa hacia la baronesa viuda y se sentó a su lado, casi dejándose caer. Estaba demasiado cansada, aunque por su rostro nadie lo adivinaría. Al momento el resto de señoras se alejaron regalándoles cierto grado de intimidación.

—Buenas noches baronesa, espero que se encuentre mucho más recuperada desde la última vez que nos vimos —dijo la joven inclinándose ligeramente y mirando a la anciana a los ojos.

—Más repuesta, sin duda alguna. Hace mucho tiempo que tenía achaques, pero me alegra saber que al fin han sabido atajar el problema. Me encuentro mucho mejor —comentó la anciana abriendo el abanico y dándose aire. Varias mujeres cuchicheaban al fondo, muchos desearían saber el motivo que había llevado a dos damas tan dispares a conversar, aunque probablemente nadie comprendiera lo que en verdad decían, lo que se escondía bajo la superficie de cada palabra.

—Ahora habrá de ayudarme. Sabe que hace tiempo que busco a un amigo y ha llegado a mis oídos que usted tiene la información que necesito. —La joven sonrió con descaro a un par de muchachos que la observaban fascinados, la desnudaban con los ojos mientras bebían para tratar de ganar algo de valor para acercársele. Ya era un secreto a voces que, tras la muerte de su marido, se había convertido en la amante de muchos afortunados, pero ellos no tendrían la suerte, pensó con cierto pesar la joven de ojos verdes antes de mirar con determinación a la baronesa.

—Cierto y he de agradecerle su ayuda. Dicen que hay que tener amigos hasta en el infierno —añadió la anciana descarada. Su sonrisa se ensanchó dejando ver que le faltaban algunas piezas dentales, aunque nadie se fijaría en eso, sino en el enorme collar de diamantes que colgaba de su cuello. Aquella pieza debía pesar mucho más que la propia baronesa. La mujer dejó caer el abanico, en un gesto bastante burdo, y la joven lo recogió. —Lady Sutton...— La joven la atravesó con los ojos y la baronesa se encogió sobre sí misma—. perdón, condesa de Rothes.

—Debería recordar que lady Sutton está muerta, no queremos que haya ningún tipo de malentendido que pueda llevar a daños mayores, ¿no cree? — Los ojos verdes de la condesa de Rothes brillaron con intensidad mientras examinaba a la anciana a la que ya no necesitaba. Tentada estuvo a deshacerse de ella, nadie se sorprendería que a su edad muriese, aunque era demasiado trabajo en aquel momento y, tras mirar a su alrededor y comprobar que nadie las había oído, prefirió dejarlo correr.

—Solo quería preguntarle si nuestro amigo se encontrará bien —susurró la baronesa viuda titubeante.

—Recuerde que esta noche tiene el gran honor de ser mi anfitriona y ambas disfrutaremos de una amena conversación hasta bien entrada la madrugada — comentó la joven condesa incorporándose y haciendo una ligera inclinación con la cabeza a modo de despedida—. Le aconsejaría que leyera los periódicos y que guarde las palabras con cuidado. No queremos que haya malentendidos.

La condesa de Rothes, la misma mujer que se había quedado viuda dos años antes y que ahora se rumoreaba era la amante de varios nobles, se dirigió a la puerta dando por concluida la velada.

Muchos habrían deseado sacarla a bailar, quizás pegándola a sus cuerpos más de lo que era moralmente aceptable y disfrutando de su mordaz conversación, pero aquella noche tenía una tarea mucho más importante.

La condesa sonrió al ver al cochero en el mismo sitio que lo había dejado con el carruaje preparado. Se subió de un salto y, una vez en movimiento, recogió una daga que tenía anudada a su muslo con cuidado, temerosa de cortarse a sí misma en el proceso.

—Señora, ¿a dónde nos dirigimos? —preguntó el cochero por encima del sonido de las ruedas contra los adoquines. Ella dio dos golpes en el techo del carruaje y, cuando el hombre de no más de cuarenta años introdujo la cabeza por la portezuela, ella le tendió un papel.

—Espero llegar con rapidez. Sabe que no debe detenerse demasiado cerca.

—¿No quiere que me encargue yo? —inquirió el cochero mirándola detenidamente. Le costaba creer que aquella dama, tan diminuta y hermosa, pudiera matar por sí sola a un hombre de más de ciento diez kilos de peso.

—Si no sabe cumplir mis órdenes con rapidez y eficacia siempre puedo rajarle la garganta como a un pez y ocuparme yo misma de los caballos —siseó ella con furia. Odiaba que la llamasen débil, lo había sido, pero aquello ya había quedado en el pasado. Inconscientemente se tocó la muñeca, recordó cuando su piel estaba tan marcada que moverse era doloroso, cuando se escondía por las esquinas por no ver al que era su marido. Quizás por eso odiaba recordar.

Le encantaba viajar, dejó que un suspiro escapase entre sus labios bajando la guardia por unos segundos. Si miraba por la ventanilla podía ver las calles de Londres mucho más silenciosas. Solamente iluminadas con los farolillos de gas que daban a aquellas casas de piedra un aire mágico, romántico.

Desde su posición, guarecida en la oscuridad del carruaje, podía soñar con cómo serían las vidas de los que se ocultaban en aquellas mansiones, siempre rodeados de amor, un vivieron felices para siempre que, ella mejor que nadie, sabía que no existía.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando se detuvieron y tampoco tenía pensado preguntarlo. Descendió despacio, sus pies no hicieron ruido sobre la calle y se cubrió la cabeza con un pañuelo negro para pasar lo más desapercibida posible.

—Es la casa de la esquina. La de la derecha —susurró el hombre que la había llevado hasta allí.

—Espéreme. Si en media hora no he salido venga a buscarme —contestó ella con el mismo tono pausado y bajo—. Sabe que yo no admito errores. Media hora, ni un minuto menos ni uno más. —Él asintió como respuesta y ella avanzó guarecida entre las sombras.

La noche no era fría para aquella época del año, aunque podría nevar que ella no habría sentido nada. Por sus venas corría fuego líquido al sentir la proximidad de su venganza. Entre sus dedos ya podía sentir la sangre de aquel hombre, quería mirarlo a los ojos cuando viera que al final era ella, una mujer, la que lo había vencido.

Los grandes señores estaban convencidos de que eran especiales. Se separaban del resto de mortales como si incluso entrar por la misma puerta pudiera ponerlos a su nivel. Ella aprovechó la puerta de servicio, que apenas se encontraba atrancada, para entrar y sonrió subiendo hasta el segundo piso. Ahora solo tenía que buscar la alcoba más grande, la opulencia en estado puro.

Incluso a oscuras el lugar era hermoso. Lleno de muebles de caoba y hermosos cuadros diseminados por las paredes... ¡Todo aquello le pertenecía y se lo habían arrebatado! Gritaba la joven por dentro. Aquello se lo había legado su madre, una fortuna digna de una reina, pero el hombre que debía protegerla era demasiado avaricioso para pensar en ella. Ahora ya no le interesaba, ya nada lo hacía.

Se detuvo ante la tercera puerta al ver que la luz se filtraba al pasillo. Escondió el puñal entre los pliegues de su vestido y bajó el rostro para que no pudiera reconocerla al tiempo que abría la puerta.

—Milord...—susurró entrando en el dormitorio. Sus gestos eran suaves, parecía temerosa mientras se aproximaba a su presa.

—Muchacha, no he mandado llamar a nadie. —Aquella voz no la olvidaría ni en el mismísimo infierno. Podría olvidar su propio nombre, su rostro, pero jamás la voz de su padre. Lady Sutton, porque en realidad ese sí era su verdadero nombre, apretó los labios con fuerza para contener los exabruptos que pugnaban por salir por su boca.

—Creí que le agradaría mi compañía —susurró dejando que su voz sonase más aguda de lo normal—. Necesitaría hablar con vos. —Su padre parecía estar pensándoselo, de reojo puedo observar como la recorría con deseo y las náuseas la hicieron tomar aire con calma.

—Claro. Acércate, pequeña —gruñó el hombre con perversas intenciones.

Ella caminó contando los pasos como había hecho en el pasado. Volvió a ser una niña que temblaba sabiendo la paliza que le esperaba, volvió a esa casa inmensa en medio del campo, que ella había llamado hogar, donde solos los criados mostraban algo de afecto por su persona, en un vano intento de protegerla de lo inevitable.

Se colocó al lado de la cama, donde el hombre yacía desnudo, y se sentó sobre el colchón.

—Llevo deseándolo durante tanto tiempo —confesó mientras, a gran velocidad, la daga rasgaba el aire y se colocaba sobre el cuello de aquel hombre—. Buenas noches, padre —añadió la joven alzando el rostro y viendo como los ojos de su padre se abrían, negándose a creer lo que tenía ante él.

—¿Qué haces? —preguntó con miedo, tartamudeando y provocando que la papada vibrase con vida propia. Nadie podría creer que aquella hermosura tuviera a una gran bola de sebo como progenitor, aunque tampoco podrían demostrar que no lo fuera.

—¿No lo ve? Le prometí que lo mataría.

—Deja el cuchillo antes de que te mate de una paliza, zorra —la amenazó con furia su padre, recomponiendo su rostro y alzando la voz. Ella tembló, por unos segundos volvió a sentir aquel miedo fangoso que le impedía respirar, volvía a sentir las manos sudorosas mientras cerraba los ojos, pero con la misma rapidez que aquellas emociones la golpearon se retiraron.

—No debería enfadarme, muchos han muerto por menos.

—Entonces es cierto lo que dicen. No eres más que una ramera y una asesina.

—Padre, no debería hablar de ese modo de su única hija —contestó ella con dulzura. La hoja de la daga acarició la piel de su cuello provocando un ronroneo de placer en la joven.

—¡Estás loca! ¿Y qué esperabas? Si fueras un hombre... pero...

—¿Pero qué?! ¡Me vendiste como un perro! ¡No te llegó con golpearme desde que tengo uso de razón, sino que me diste a un viejo que siguió golpeándome porque no podía tomarme como hombre! —le recriminó ella con odio. Lo miró como el insecto que era—. ¿Has vivido bien gracias al dinero que obtuviste por venderme? ¿Y con el dinero de madre? —preguntó con sarcasmo mientras echaba un ojo a su alrededor —Mientras, yo me revolví en mi lecho, presa de las fiebres e incapaz de defenderme de su brutalidad.

—Era tu esposo, tenía derechos sobre ti.

—Cierto, por nacer mujer nunca he tenido ninguna oportunidad. —Chasqueó la lengua y comprendió que jamás obtendría de él una disculpa, no había arrepentimiento alguno en sus acciones y lo único que obtendría sería venganza. Un sabor agrisado con el que tendría que conformarse—. Vas a morir —comentó con indiferencia.

—Soy tu padre, me debes respeto. —Pero las palabras de su padre

salieron con mucha menos convicción, quizás se debía a aquel brillo oscuro que se ocultaba tras las pupilas de la joven. Sus ojos verdes parecían los de un animal herido y no había criaturas más peligrosas sobre la faz de la tierra.

—Soy tu hija y debiste protegerme.

—Ahora eres la condesa de Rothes. Tienes todo lo que cualquier mujer ha podido desear y eres viuda. ¿Por qué ahora? —Ella lo miró abriendo la boca por la sorpresa. ¿De qué le servía el título y el dinero cuando ya habían acabado con toda la vida que albergaba su ser? Todo había llegado demasiado tarde. Lo miró con los ojos empañados, cansada de retener aquellas emociones que la destruían cada día, mientras que por las noches le impedían conciliar el sueño.

—Tú mataste a Mary Sutton y él a la condesa de Rothes. ¿Sabes lo que ha quedado? —Su padre negó con la cabeza perdiendo el poco color que le quedaba en la piel—. Nada. No ha quedado nada. Me habéis arrastrado al mismísimo infierno y he descubierto que me gusta. Adoro acabar con la vida de insectos como tú, me encanta disfrutar de las atenciones de otros hombres sin preocuparme por las consecuencias, porque ya no le pertenezco a nadie. Soy una sombra de quien una vez fui. —La joven se detuvo de golpe al sentir que la tristeza le robaba las palabras. Era cierto que disfrutaba, que era feliz en la oscuridad y que aquellos momentos de “justicia” lo hacían todo mucho más llevadero, pero eso no borraba que ella también había tenido sueños. Tener niños a su alrededor o un marido que la mirase con amor, cosas que podían parecer insignificantes, pero que para ella valían más que toda su fortuna.

—Debí haberte matado el día que murió tu madre. Eres igual que ella.

—Debiste hacerlo —concordó la condesa—. Es triste que vayamos a despedirnos así, padre. Espero que comprenda que ahora todo su dinero es mío como única heredera y el título jamás me ha interesado. ¿No es gracioso? —preguntó ante la cara atónita de su padre, que trataba de gritar al tiempo que la hoja del cuchillo le rajaba el cuello. La sangre la salpicó y ella disfrutó de aquel espeso líquido corriendo por su piel. Si tuviera tiempo aún se habría bañado en él, como tantas noches soñó mientras temblaba bajo su colcha y lloraba fruto de la pena.

Se levantó para evitar que la encontraran allí, pero no quería marcharse. Se alejó de aquella casa sintiéndose cansada, dolorida y vacía.

Al salir miró la luna y sonrió melancólica. Tres años antes, tan solo tres años, había estado bajo aquella misma luna con un cuchillo en la mano a punto

de quitarse la vida. Había decidido que el dolor era demasiado fuerte y que jamás podría superarlo. Sentía que su interior había sido carcomido por el odio y la pena. Aquella noche salió al jardín y se colocó el frío acero sobre el cuello, incluso apretó haciéndose un finísimo corte. Se echó a llorar al pensar que nadie la quería, nadie la extrañaría ni la recordaría.

En aquel punto de no retorno se sintió sin posibilidades y al verse sin nada, comprendió que la persona que había sido hasta entonces había muerto. Como una estúpida ella misma se había conformado con soportar palizas constantes por miedo a perder su estatus, su dinero, su hogar. No obstante, fue bajo aquella luz plateada, con la muerte mirándola de frente cuando comprendió que nada valía la pena, nada de lo que la rodeaba lo llevaría a la otra vida y, quitándose el vestido y colocándose ropas más humildes, echó a caminar calle abajo. En aquel instante no sabía qué era lo que estaba buscando, sentía, con cada fibra de su ser, que era lo correcto y no se detuvo.

—Lo he conseguido. Al fin soy libre. —Recordó el rostro de Simeon. Sus ojos grises y su sonrisa amenazante cuando se encontró a una señora como ella frente a una casa de mala reputación. Le sostuvo el mentón con indiferencia, pero algo debió encontrar en su mirada pues manteniéndose en silencio la llevó ante Linnete Lee, casi le daba pena haberla echado de su propia organización.

Capítulo 9

Cuando un alma se fragmenta jamás volverá a ser la misma, por mucho que trates de unir los pedazos.

El señor Toller se dejó caer cansado sobre la butaca de piel mientras miraba el cuadro de la esquina. Desde allí el doctor Gull le observaba impasible, como si no hiciera más que juzgar cada una de sus decisiones.

—¡Estoy haciendo lo que me pediste! ¡Deja de mirarme! —gritó presa de la furia mientras le lanzaba la copa que seguía intacta entre sus dedos.

Por su mente pasaron las tres últimas noches, en las que había salido a pasear. Sus pasos siempre confluían en los barrios más peligrosos de Londres. Allí donde rateros, putas y traficantes hacían negocios era donde él más cómodo se sentía.

Cada noche elegía a uno, puede que a dos si se sentía animado. Siempre iba con la idea en mente de conseguir información, pero la furia, la pasión y el deseo por ver el miedo en las pupilas de aquellos hombres, por observarlos mientras las vidas huían de sus cuerpos, lo llevaron a acelerar demasiado la tortura. ¿Conclusión? No había conseguido nada.

—El señor hizo lo correcto, salió a buscar a su prometida...—Era la voz de Wallace, la postura sumisa del mayordomo, al menos lo fue durante unos minutos. Con rapidez su rostro mutaba dependiendo de la personalidad que emergiera en ese momento. La mente de aquel individuo se había fragmentado en demasiados trozos.

—Quizás deberíais dejarlo estar. Ahora podemos vivir bien y quizás...—suplicó una tercera voz. Parecía de mujer, era aguda y les puso de los nervios. Aquella personalidad siempre se había mantenido oculta del doctor, al menos cuando emergía no emitía palabra alguna. Ella era la que limpiaba la sangre y se mantenía sorda ante los ruegos de las pobres mujeres que, entre aquellas paredes, morían tras horas de inagotable sufrimiento.

—Si pudiera acabar también con vosotros...—rugió el señor Toller, recogiendo su chaqueta de cuello vuelto y su maletín, para salir por la puerta

dando un gran portazo a su espalda.

Los que se cruzaban en su camino no podían evitar mirarlo, entre dientes rumiaba, conversaba consigo mismo sin que hiciera intento alguno de esconderlo. Era una representación extraña donde él mismo se contradecía y se amenazaba, en ocasiones levantando demasiado la voz.

—Podríamos ser felices —comentó la voz de mujer. Su sonrisa soñadora observó los puestos de sombreros, de pañuelos y abanicos. Eran hermosos, demasiado para poder permitírselos.

—¿Y qué haríamos? Necesito continuar la tarea que el doctor me encomendó. —El señor Toller no quería renegar de todo lo que había aprendido a lo largo de los años, mientras que para Wallace era un alivio saber que jamás volvería a ser atado y torturado, para el señor Toller era una pérdida que lo hacía actuar descontrolado. Del doctor había aprendido, con él había salido de caza y, aunque las mujeres no eran sus presas favoritas, tenía grandes recuerdos de aquellas noches.

Se detuvo ante una de las casas más grandes y se apoyó en la pared del fondo de la calle. Moviendo el ala de su sombrero para que ocultara sus rasgos decidió que era el momento de hacer las cosas bien. Se quedó mirando la puerta de aquella hermosa construcción de dos plantas. Repasó las inmensas ventanas y el enorme jardín lleno de rosales. Dejó que sus ojos lo estudiaran todo con cuidado, sabiendo que pasaría mucho tiempo en aquel mismo lugar. Era el momento de acechar a la gran duquesa de Somerset. En su retorcida mente, o en todas las que compartían aquel cuerpo destrozado, ir a por una duquesa era demasiado arriesgado, no obstante, estaba agotado de dar palos de ciego.

El señor Toller se impuso a todas sus demás personalidades y sonrió mientras se quedaba en silencio. Suspiró ante el gran dolor que podía sentir martilleándole la cabeza y recordó la primera vez que el doctor le había enseñado a distinguir entre una persona viva y una muerta. Por extraño que parezca era algo que preocupaba mucho a su mentor, temía dejar tras de sí a alguien que pudiera recuperarse y descubrirle.

Así dejó que las horas corrieran, se concentró en los recuerdos y sonrió con nostalgia. Una hora, dos, tres, cuatro... la paciencia nunca había sido su fuerte. Las grandes campanas de la iglesia St. Martin resonaban con fuerza y, con cada una de ellas, él se retorció con más impaciencia. Podía escuchar como el escarpelo lo llamaba, le suplicaba que lo recogiera y se pusiera a trabajar, pero por más que la tarde pasó y llegó la noche nadie asomó la

cabeza.

Tensó los músculos de su cuerpo y se mordió el labio con tanta fuerza que la sangre le llenó la boca. Sus pasos resonaban con demasiada intensidad, pero él no pensaba, ya no. En su mente solo había una oscuridad profunda, un vacío que lo hizo jadear al observar como un muchacho salía por la puerta de servicio para dejar un par de botellas encima de los escalones.

Aquel joven de pelo castaño y ojos negros se movía con rapidez. Sus ojos se removieron despacio, como si pudiera ver entre las sombras, buscando un peligro que su cerebro aún no había descubierto que existía.

Dos manos emergieron y sostuvieron al muchacho por los cabellos. Él se revolvió, a pesar de ser joven y delgado, demostró gran agilidad y destreza. Se removía con tanta fuerza que el señor Toller tuvo que hundir la hoja en su costado, al menos esa fue su reacción.

—Detente o te rajo de arriba abajo.

—Por favor...—lloriqueó el muchacho.

—Solo deseo información, no voy a hacerte daño. —Toller casi jadeaba sobre la oreja del muchacho, al que había pegado contra su torso, al tiempo que dejaba que la hoja del escalpelo quedase sobre su yugular—. ¿Lo comprendes, muchacho?

—Sí, señor.

—Así me gusta. —Con la mano que tenía libre acarició los mechones del joven, que caían rebeldes ante sus ojos—. ¿Trabajas en la casa?

—Sí, señor. —Toller sonrió con ansia y lo empujó hacia el callejón, donde podría hacer todo lo que desease con él. Poco sabía aquel joven al que, hasta aquel instante solo le había preocupado seducir a la hija del lechero, que al permitirle llevarlo a la oscuridad estaba firmando su sentencia de muerte.

—Ahora vas a contarme dónde está tu señora y cómo encontrarla. —El joven apretó los labios, pero Toller no fue consciente de ello. Por la mente de aquel muchacho pasaron las advertencias de lady Cristinne, no debía decirle a nadie que Susanne usurpaba su lugar y si lo hacía sería su madre la que pagaría la traición. El filo de aquel pequeño escalpelo cortó su piel, pero él no sintió dolor alguno. En su mente el temor era más poderoso que cualquier otra cosa, la muerte llegaba demasiado pronto y dejaba tantos planes inacabados...

—Ha desaparecido durante la noche —susurró el muchacho.

—¿Nadie sabe a dónde ha ido?

—No, señor. —Toller estaba molesto, de pronto volvía a verse sin ningún

hilo del que tirar.

—¿Esa es tu última palabra muchacho? Tu vida depende de que seas capaz de darme información y por lo visto no eres muy útil...—amenazó Toller ansioso por empezar.

—¿Si le doy algo me dejará marchar? —Aquella pregunta fue formulada con esperanza, el brillo de sus ojos en medio de la noche era como una estrella que estaba a punto de extinguirse.

—Te he dado mi palabra, muchacho —contestó Toller, sin conseguir reprimir una carcajada que reverberó con fuerza. No podía bajar la guardia de aquella manera, aunque en aquel instante no pudo evitarlo. Era tan apetecible... sentía como los dedos le hormigueaban sobre el frío acero—. ¿Y bien?

—Han mandado una carta la noche anterior y sé a dónde se dirigía el emisario. Puedo darle la dirección si lo desea...—El frágil cuerpo de aquel joven de cabellos castaños tembló de nuevo, aún no estaba desarrollado del todo y, a pesar de eso, podía intuirse que sería gallardo.

Toller lo giró y se miraron durante unos segundos. Su presa había perdido la batalla, lo había perdido todo. En aquel momento gotas finas de lluvia comenzaron a caer con fuerza, nubes negras corrían sobre sus cabezas amenazando con una gran tormenta.

—¿Me va a matar? —Aquel monstruo sonrió sin llegar a emitir sonido alguno mientras veía como la vida desaparecía del rostro de aquel muchacho, mucho antes de acabar con él realmente.

—¿Vas a decirme lo que deseo saber? —Debió ver algo que le infundió mayor temor aún que la muerte, pues tras mirar aquel diminuto cuchillo asintió sin voz—. Así me gusta pequeño, así me gusta...

Capítulo 10

En el pasado podía ser feliz, saborear momentos que jamás volverían. Daría cualquier cosa por volver a escuchar su risa.

Entre aquella ingente cantidad de nobles, el conde Beberly se sentía fuera de lugar. Jamás habría asistido, pero la reina lo había dejado claro, debía encontrar al que había estado detrás de su intento frustrado de asesinato y llevarlo ante ella.

Llevaba meses tras sus pasos y sentía que no avanzaba, deseaba poder terminar de una vez y volver a retirarse a su hogar. En su encierro era feliz, rodeado de cuadros en los que veía a su mujer, hija y nieta. Rostros llenos de vida y que lo hacían sonreír antes de coger una botella y sentarse a beber hasta perder el sentido.

Nadie comprendía por qué no había vuelto a casarse, muchas jóvenes habrían estado encantadas de ser las madres de su heredero, pero él no habría soportado tocarlas sabiendo que no lo deseaban realmente. Unir su vida a la de una interesada no era algo que entrase en sus planes, quizás porque él sí que sabía lo que era casarse por amor, un amor que le enseñó que puedes tener sexo, pero si has de entregarle tu vida a alguien deberá ser a aquella persona que te haga volar.

¿Quién querría desposarse cuando para calentarse la cama tenía monedas suficientes? Ojalá hubiera algún remedio que le ayudase a olvidar, tal vez así tendría alguna oportunidad. Levantó la copa y la terminó antes de girarse.

—¿No se está divirtiendo? Sabe que estaría encantada de amenizar sus noches. Lleva mucho tiempo solo. —La duquesa Barrow, con su generoso escote amenazando con romper aquel maravilloso vestido, creación de la mejor modista de Londres se relamió la boca con descaro.

El conde agradeció haber tragado, pues se habría ahogado al momento. La idea de aquel redondeado cuerpo sobre el suyo le provocó un escalofrío. Tenía dinero suficiente para conseguir a una amante mucho mejor que aquella

inmensa mujer, si al menos tuviera un buen corazón...

—Ya no estoy acostumbrado a tanta fiesta. Solo necesito habituarme — explicó sin contestar a su pregunta directamente.

—Permítame ayudarlo...—La duquesa pasó las uñas por su antebrazo y le guiñó un ojo.

El duque aprovechó que una debutante se acercaba para escapar. Salió con pasos rápidos al jardín y respiró con fuerza, llenando sus pulmones varias veces hasta que su corazón se relajó.

Aquel lugar le traía recuerdos, hermosos, no por ello menos dolorosos. Era el hogar de los condes de Osborne, un lugar hermoso y con una historia llena de sangre. Aquellas paredes encerraban secretos, se los susurraban a todos aquellos que quisieran escucharlos. Acarició la barandilla con dedos perezosos, recordando la última vez que había estado en aquel mismo lugar.

Aquel día ella se veía hermosa, sus ojos refulgían con furia y lo miraba desafiante. Cintia siempre supo lo que quería y lo quería a él. ¡A un americano! Ella se merecía un título, un hogar en su país y él tampoco quería perderla.

—*¡No podrás separarnos! ¡Lo amo y soy su mujer!*

—*¡Lo disolveré! ¡Hablaré con quien haga falta para detener esta locura! No permitiré que te arranque de tu hogar —explicó tratando de tocarla. Quería abrazarla como cuando era niña, hacerle comprender que, si se iba, si lo dejaba atrás, él perdería la ilusión por seguir adelante. Ella lo era todo, sobre todo desde la muerte de su mujer. ¿Cómo podía pedirle que la dejara marchar?*

—*Él me ama. En ocasiones me recuerda a ti. Es testarudo, pesado y cree saber lo que es mejor para mí. —Lady Cintia se mordió el labio y suspiró embelesada al pensar en su hombre. Ese hombre tan diferente a todo lo que había conocido, que jamás hacía distinción entre las personas y que le había mostrado un mundo salvaje, unas tierras donde ella podría ser feliz—. Yo jamás he sido una dulce señorita, jamás encajaría aquí.*

—*¡Eres mi hija!*

—*Y no dejaré de serlo. Padre, acéptame, no me alejes de tu lado. Ahora él es mi familia. —El conde vio cómo su hija se acariciaba el vientre con una mirada soñadora y la piel brillante. En aquel instante lo supo.*

—¡Estás embarazada!

—Sí, padre. —Alzó el mentón orgullosa—. Esperaba que, al menos, te alegrases por mí.

—Lo hago... yo...—Se mesó el cabello cansado. La miró como si la viera por primera vez. Era una mujer, no la niña de ojos dorados que, con sus sonrisas y ruegos, conseguía siempre lo que quería de él—. Enhorabuena.

—¡Gracias padre! —Y se tiró en sus brazos besándolo con ganas. Él no podía seguir enfadado, no con ella. La quería demasiado para hacerla llorar, y menos por su culpa. Pensó que ya castigaría a Emerick de alguna manera, encontraría la forma de hacerlo sin que ella lo descubriera, al menos lo haría sufrir un poco.

—¿De cuánto? —preguntó sin ver más que una ligera redondez, había que fijarse mucho para percatarse.

—Un par de meses, creo. —Se encogió de hombros y giró los ojos sintiéndose culpable.

—¿Meses?! —El conde tuvo que agarrarse a la barandilla.

—Padre, ¿está bien?

—Pero niña...—Le acarició el rostro—. ¿Cuándo? Lleváis casados un mes como mucho.

—Le amé desde el primer día en que puse los ojos en él. Era un cabezota, al principio me rechazó —explicó como si nada encogiéndose de hombros.

—¿¿Cómo?! —El conde empezaba a ponerse realmente malo. Lady Cintia comenzó a abanicarlo al ver como su rostro cambiaba de color.

—No te preocupes, está enamorado de mí. —Él asintió sin llegar a creerla del todo—. Además, ¿cómo iba a dejarme escapar?

—Claro, cielo —contestó con voz dulce su padre, aunque mirándola con cara de que se había vuelto loca. Ella sonrió inocente.

—Tenía que obligarle. —Al ver que él volvía a llevarse la mano al pecho ella chasqueó la lengua—. No seas teatrero. No va a pasarte nada, nunca nos hemos ocultado la verdad, pero si quieres puedo callar.

—No, no, sigue...—Se alejó unos pasos y se sentó sobre los escalones. Algo que sería duramente criticado si alguien los veía. Ella lo siguió sin

pensar y se colocó a su lado.

—Tenía que obligarlo a reconocer que me amaba. A veces el pobre parecía tonto. —Él pasó un brazo por los hombros de su mayor tesoro y ella apoyó la cabeza sobre su hombro, demostrando una confianza única, un lazo que los uniría siempre—. Tuve que ponerlo entre la espada y la pared. ¿Te cuento un secreto?

—Miedo me das. —Ella comenzó a reírse.

—Le dije que estaba embarazada a los dos días y me creyó. —Se tapó los labios como si relatase un secreto—. No podía evitar meterse en mi cama, decía que era adictiva y no podía permitirme vivir en pecado.

—Dios...

—Tranquilo, no soy tonta. Le amarré y ahora nadie tocará lo que es mío.

—Así me gusta, cielo. Comprenderás que al menos tendré que darle un buen puñetazo.

—Vale, pero no le rompas la nariz. Es demasiado hermoso para que me lo dejes deforme.

—No prometo nada, cielo. —Aunque haría lo que fuera por ella.

El destino es demasiado cruel. Ahora lo único que le quedaba era su yerno, lo único que convertía en algo real la existencia de su hija. Al pensar en el rostro de su nieta sus ojos se humedecieron y giró la cabeza tratando de alejarla.

Emerick apareció de pronto con una fría sonrisa. Aquel gesto duro era ya una constante en él. Se acercó en tres grandes zancadas y se detuvo a su lado. Se quedó en silencio, mirando el fondo de aquel hermoso jardín.

—La tenemos. Ya se la han llevado.

—La reina tendrá que encargarse de sacarle toda la información. —susurró el conde con su sentido de deber cumplido.

—Querrá que lo hagas tú. Teme atacar a una noble sin motivos, por el momento no tenemos pruebas.

—Entiendo. —El conde se giró dispuesto a largarse. Aquel no era su lugar, los despreciaba a todos y cada uno de ellos. A las pocas semanas de la mayor pérdida de su vida parecían haber olvidado a Cintia.

—Haces lo correcto. —dijo Emerick. No sabía por qué seguía en Londres, por qué había seguido a su suegro hasta su ciudad natal. Suspiró enfadado y, cuando su suegro levantó su ceja derecha sonrió conformándose. Seguiría siempre a su lado por Cintia, porque era la única familia que le quedaba.

Capítulo 11

Los rayos desgarraban el cielo, pero ellos estaban perdidos mucho más lejos.

Tuvieron que pasar aquella noche resguardados. Una tormenta de grandes proporciones zarandeaba los árboles en el exterior, y a todos aquellos insensatos que se atrevían a enfrentarse a ella.

Nadie en su sano juicio se pondría en camino y Demian no era la excepción. Miró a Susanne y bufó molesto.

—¿Has terminado? Al menos me gustaría bajar a comer algo —gruñó él antes de coger una capa y ponérsela sobre los hombros. Las temperaturas habían bajado con rapidez y, a pesar de que una muchacha había encendido la chimenea, la habitación estaba helada.

—Puedes bajar sin mí —contestó Susanne sin ganas de moverse de la cama. De pronto se sentía avergonzada, cada vez que sus ojos se posaban en aquel caballero sentía algo extraño en su interior. Deseaba volver a sentir sus labios, que aquellos ojos azules que la hacían vibrar la miraran con el mismo deseo que horas antes, pero él había cambiado y eso le dolía. No dejaba de mirarla como a un estorbo, algo con lo que debes cargar por obligación y temía que con la llegada del sol lo perdería. ¿Cómo podía temer perder algo que no había tenido nunca?

—¡Arréglate y vámonos! No voy a dejar que me manipules...—El marqués se acercó hasta ella e, inclinándose ligeramente, la tomó por el mentón—. Me dan igual tus pucheros, has de alimentarte y lo harás.

—¿Qué es lo que tengo que hacer para que me mantengas a tu lado? —Él retrocedió un par de pasos sin llegar a comprender lo que quería decir—. ¿Debo ser sumisa y complacerte o buscas usarme para algún otro menester? Si tu intención es compartirme...

—¡Yo jamás haría eso!

—¿No? ¿Entonces para quién se suponía que estabas entrenándome? Dicen que las putas deben saber cómo conseguir que cualquier varón responda a sus

caricias —respondió Susanne furiosa—. Los ojos de Derian volaron a la ventana y se sintió atrapado. Le habría gustado poder ponerse en movimiento, tener la excusa perfecta para cortar aquella conversación de raíz.

—¿Vas a fingir que no has jugado conmigo? ¿Querías que te follara desde el mismo instante que pusiste tus ojos en mí y no puedes negarlo! ¿Acaso crees que no me percaté de cómo me comías con la mirada en la fiesta? —Susanne jadeó negándolo con la cabeza. ¿Eso hacía? Ciertamente le gustaba, pero de ahí a mostrarse como una ramera cualquiera... Ella era consciente de que entre ambos había un abismo demasiado grande, jamás creyó siquiera que llegaría a besar sus labios.

—¡No! —Algo tiró de su cuerpo y se levantó presa de los mil demonios—. Eres un cobarde —añadió presionando su pecho con el dedo. La boca de Derian se abrió para contestarle y ella lo miró, inconscientemente se pasó la lengua por los labios deseando besarlo y se detestó aún más a sí misma por no ser capaz de contener aquellos pensamientos.

—Eres una sirvienta y tu deber es complacer mis deseos. Todos los hombres tenemos necesidades y eso no te hace más especial que el resto. Cualquier hombre querría disfrutar de tu belleza, pero hace falta mucho más para...

—¿Mucho más? —inquirió ella con los ojos entreabiertos, señal de peligro.

—Hace falta ser una dama, no solo aparentarlo. —Ella abrió la boca sintiendo como sus palabras la atravesaban—. ¿Qué esperaba que ocurriera cuando, desde que se habían conocido, no había dejado de mirarla con esos ojos de deseo?

—¡Eres tú el que me ha raptado de mi dormitorio!

—¿Raptado? —Derian se rio con fuerza—. Solo te necesitaba, creo que se te ha olvidado quién eres realmente. —La miró y se preguntó por qué se veía incapaz de controlar su lengua con ella, por qué la seguía hiriendo una y otra vez. Le tocó la mejilla y se la acarició, ambos se quedaron en silencio.

Se sorprendió al ver que ella giraba el rostro, apoyándolo sobre su mano y cerraba los ojos. La acarició quedándose sin aliento, recreándose al sentir aquella piel suave contra las yemas de sus dedos.

Comprendió que lo que tanto le molestaba era que le habría gustado que ella fuera una igual, aunque fuera de una familia arruinada, porque por algún motivo temía que llegara el momento en el que no pudiera retenerla a su lado. No quería devolvérsela a Cristinne, ni verla marchar, deseaba atarla a su cama

y besarla durante horas cada día. Ella se merecía mucho más.

—No me fuerces. Yo no cedo —amenazó él en tono grave mientras aproximaba los labios a su boca. Ella abrió los ojos y se quedó mirándolo sin aliento.

—Prefieres forzarme a mí. —Él se alejó molesto.

—¿Forzarte? ¡Dijiste que sí! —Ella, con los ojos llorosos, asintió y se mordió la lengua para no decirle tres verdades—. No hagas eso...

—¿El qué? —Se pasó la manga por la nariz y se alzó como la señora que fingía ser—. Me has seducido, te has aprovechado de mi inocencia. No voy a negar que deseaba que me tomaras, pero como a una mujer no como a un objeto. —Los ojos de Susanne atravesaron el mar azulado de los de Derian. Él la miraba sin comprenderla realmente—. Crees que no valgo nada, me tratas como basura y estoy acostumbrada. No sé por qué pensé que tú podrías ser diferente. —Escupió antes de bajarse de la cama, coger el abrigo y salir de allí como alma que llevaba el diablo.

Al final, tras apenas probar bocado en un salón atestado de gente festejando, no le quedó otro remedio que pedir otra habitación pues él no salió a buscarla y ella no tenía pensado arrastrarse. Cierto es que, durante unos minutos, esperó en el pasillo creyendo que quizás... pero aquella puerta no volvió a abrirse y tuvo que resignarse ante lo evidente. Había conseguido lo que deseaba y ya no le interesaba.

No quería llorar, no quería disgustarse, no iba a dejarse vencer. Quizás en el pasado lo habría hecho, sin embargo, había sobrevivido a cosas mucho peores que un libertino y no iba a dejar que sus palabras le hicieran daño, pensó con tristeza mientras entraba en otro dormitorio idéntico al que, durante un breve lapsus de tiempo, había compartido con el marqués. ¡Qué bien le sentaba aquella palabra! Pues no habría en Londres hombre más altivo, distante y frío que él.

Ella meneó la cabeza al pensar que cuando se habían besado, cuando sus manos la habían torturado y le había dado placer, creyó ver algo más, no obstante, de sobra era conocido que los varones nunca cambian y ella no era una estúpida que fuese a permitirse llorar por algo que nunca había sido suyo.

Capítulo 12

Era anestésico. Podía sentir como su mente se adormecía y su cuerpo despertaba, tomando el control para felicidad de ambos.

La noche había refrescado, la lluvia calaba hasta los huesos y la duquesa Cristinne de Somerset se bajó del carruaje para entrar a toda prisa en un pequeño local mal iluminado.

Apenas fueron unos segundos, pero cuando atravesó el umbral de aquel local de opio ya estaba empapada y sus botas no sirvieron de mucho.

Nadie esperaba ver a una mujer de su categoría en un local como ese, aunque a su cara ya estaban acostumbrados.

Cuando acudía a aquel lugar no llevaba vestidos llamativos y nunca joyas de gran valor. Varios hombres custodiaban sus espaldas y una mujer, escondida ya entre aquellos caballeros, había revisado la zona. ¿Paranoica?

Cristinne suspiró al sentir su corazón desbocado mientras el humo de aquel lugar entraba con fuerza en sus pulmones.

—Buenas noches, duquesa. No esperábamos su visita tan pronto. —La voz de Euen Brown la sobresaltó y se giró nerviosa.

—No pude posponerla más. No he venido por placer.

—Me ha roto el corazón... ¿Seguro que no quiere que disfrutemos juntos un rato? —preguntó con un gruñido comiéndosela con los ojos. Cristinne agradeció que allí apenas hubiese iluminación, pues sus mejillas se volvieron de un rojo intenso.

—¿Sabe dónde está o tendré que buscarlo yo? —preguntó ella girando la cabeza y tratando de descubrir, entre las sombras, el rostro de zorro de lord Melbourne.

—¿Nunca va a preguntar por mí? Algún día tendrá que reconocer que se muere por tenerme entre sus piernas —comentó con descaro Euen. Cristinne se acercó a él peligrosamente, sus ojos echaban chispas.

—¿Perdón?

—Te perdono todo lo que desees, pero antes deberíamos pecar un poco. —

La mano de Cistine abofeteó su rostro, haciéndole girar la cara.

—¿Decías?

—Que te perdono lo que tú quieras —repitió él volviendo sus ojos hacia ella y acariciándose la mejilla mientras le sonreía de medio lado—. Debes estar muy insatisfecha, pensé que tenías más aguante, gatita...

—Puedo hacer que te eliminen ahora mismo —lo amenazó la duquesa, sin percatarse de que sus ojos habían quedado fijos en los finos labios de Euen.

—Puedes intentarlo —repuso él encogiéndose de hombros—, aunque deberías saber que en esta ciudad no ocurre nada que yo no desee —recalcó la última palabra mientras repasaba el escote de Cistine—. Quizás puedas dar órdenes, pero soy yo quién las autoriza.

—Mientes.

—Puedes creer lo que quieras, gatita. Solo hay algo de lo que estoy completamente seguro, algún día acudirás a mí para pedirme ayuda y si eso ocurre no me conformaré con pedir como pago tu cuerpo.

—No sé de qué me hablas.

—¿En serio? —Él dio el último paso y quedó pegado a ella. Levantó la mano y despegó un mechón rebelde que, húmedo, se había pegado al rostro de la duquesa—. Te desnudaré, te someteré a todos mis deseos y haré que supliques por más. —Ella negó con los ojos como platos. Negar que su corazón se revolucionaba ante su proximidad, que no deseaba aferrarse a sus hombros y suplicarle que la poseyera era mentir como una bellaca, pero ella mejor que nadie sabía lo que era estar en manos de un hombre y no se había librado de un monstruo para meterse de lleno en la cama de otro. Al fin era libre y no iba a dejar que nadie volviera a tomar decisiones por ella.

—Eres escoria.

—Duquesita, tendré que lavarte la boca con jabón. —Ella se mordió el labio cuando sintió los fuertes dedos de Euen tomarla por la cintura y apretarla contra él. Los labios de aquel rufián descendieron sobre ella para robarle un apasionado beso, que la dejó completamente descompuesta. Cuando Euen se retiró ella necesitó tomar aire para tratar de serenarse, sin llegar a conseguirlo.

—¡Te mataré si vuelves a intentarlo!

—Jamás lo harías. No podrías vivir sin mí, gatita. ¿Jadeas por las noches mientras te tocas pensando en mí?

No podía seguir soportándolo. Él la provocaba para sacar todo ese carácter que, durante años, había tratado de controlar. Lo que más le

molestaba de todo aquello era que mientras atravesaba aquel antro, con lores y demás personajes tumbados en posturas indecentes al tiempo que fumaban opio y follaban como animales, sus piernas apenas la sostenían y sentía un impulso irrefrenable por volver sobre sus pasos y lanzarse sobre él.

—¡Al fin lo encuentro! —gritó Cristinne sobre aquel bullicio sentándose a su lado. Lord Melbourne levantó los ojos con semblante adormecido, necesitando concentrarse para reconocerla, y sonrió sin fuerzas.

—Pensaba que no la vería hasta mañana —contestó él mientras daba otra calada y dejaba que su cabeza reposase sobre un montón de cojines. Cerró los ojos durante unos instantes para, no sin un serio esfuerzo, volver a incorporarse y mirarla—. ¿Ocurre algo? —preguntó mirando a su alrededor.

—Me sentía en la obligación de avisarle. Han acabado con uno de mis lacayos y temo que no será el último ataque. ¿Han descubierto algo sobre la misiva?

Las noticias habían corrido por Londres. En cuestión de horas la aparición de un cuerpo mutilado, aunque todavía con vida, era el tema más debatido. Muchas damas se abanicaron amenazando con perder la consciencia, para después comentarlo durante horas. Todos querían detalles escabrosos, el tipo de información que no te permite dormir, pero que hace que tu cuerpo se estremezca.

Los periódicos no solo sacaron un reportaje, durante los dos días siguientes se dedicaron a especular. ¿Era posible que el doctor William Withey Gull no hubiera trabajado solo? ¿Estaban a salvo? Incluso las prostitutas se habían alejado de callejones oscuros.

—¿La misiva? —La voz pastosa del lord enfadó a Cristinne, que le arrebató la pipa y lo zarandeó con la otra mano.

—Sí, la misiva. Lord Melbourne, ¿acaso debo recordarle cuál es su deber?

—No, aunque con el paso de los años se arrepentirá de haberse unido a nosotros. A nuestro lado no encontrará más que dolor, si no muere prematuramente. —Las palabras de aquel hombre la sobresaltaron, quizás porque sonaban mucho más despierto de lo que aparentaba.

—Veo que me estaba engañando.

—No lo hago. El mundo se mueve a su ritmo y ya he puesto a mis hombres a investigar, pronto darán con el causante.

—¿Y por qué me da la impresión de que ya conoce su nombre? —Fue un movimiento en sus ojos, casi imperceptible, pero la duquesa sonrió arrogante—. ¿Y bien?

—Tengo mis sospechas, aunque ya no dan con él.

—¿Y no va a decirme su nombre?

—¿Habría de hacerlo? ¿Por qué no me dice por qué la persiguen?

—¿A mí? Yo no estoy en peligro...—negó ella con vehemencia, quizás demasiada.

—¿No fue el mismo día de la muerte de Linnete? —preguntó el lord con ironía. La forma en la que dijo el nombre de la anciana le hizo pensar que quizás se conocían mejor de lo que ella creía.

—No lo sé, puede.

—¿Puede? Querida, tendrá que aprender a mentir mejor. ¿No va a contarme lo que hacían aquel día? Antes o después acabaré enterándome.

—La quería muerta, ¿no es cierto? —El hombre esquivó sus ojos y le arrebató la pipa de entre los dedos. Dio otra calada profunda y soltó el humo con una sonrisa triste en los labios. Los ojos castaños y agudos de aquel lord se abrieron para mostrar una pena que no había visto nunca antes.

—No como usted cree. Quizás la odie, pero...—Se quedó meditando, parecía haber olvidado que Cristinne se encontraba a su lado. Ella carraspeó y él la miró pestañeando con rapidez.

—¿Y bien?

—Antes o después me enteraré. Querida, ¿no quiere acompañarme? —Aquello no era una invitación y, cuando lord Melbourne le tendió la pipa, se la llevó a los labios.

¿Cómo conseguían aquellos hombres introducir el humo en su interior sin quemarse por dentro en el proceso? La tos fue inevitable y sintió que le lloraban los ojos, sin embargo, ante la mirada divertida de aquel hombre dio dos caladas más.

Un ligero cosquilleo se fue extendiendo por su piel, los ojos le pesaban y una sonrisa perezosa se estiró en sus gruesos labios.

—Ya veo que ha decidido probarlo. —Era Eruan, Cristinne giró la cabeza para encontrarlo a solo unos centímetros de su cara—. ¿Se puede saber qué haces?

—Más respeto cuando te dirijas a mí.

—Cierto, me olvidaba que eres toda una señora. ¿Y bien? ¿Te vas a unir a la fiesta? —preguntó Eruan molesto mientras señalaba a una mujer que estaba en plena cabalgada.

—Yo...—Lo miró y su sonrisa socarrona le molestó demasiado para echarse atrás. ¡Solo habían sido tres caladas! Aún era dueña de sus actos y

decisiones. ¡Cómo se atrevía a insinuar tal cosa!

Vale, era probable que las ideas no llegasen a ella con la misma rapidez con la que acostumbraban, pero eso no significaba nada.

—Señor Brown, es todo un placer verlo por aquí —soltó lord Merlbourne sorprendiéndolos a todos—. ¿Desea acompañarnos?

—¿Han terminado su aburrida conversación? —Lord Melbourne, con su astuta cara de zorro ladeada, oteó un par de veces a Euen antes de asentir.

—Me alegro —dijo Euen.

Cristinne no podía creérselo cuando, con todo el descaro del mundo, la cogió en brazos y comenzó a subir las escaleras mientras ella, en vano, trataba de soltarse.

—¿Qué estás haciendo? ¡¡Bájame ahora mismo!! —gritó al tiempo que golpeaba su hombro y trataba de morderlo.

—Tranquila, gatita —replicó él contra su oído—. ¿No querías divertirte? No puedo permitirte estar en estas condiciones entre tantos hombres.

—¿Temes que me acueste con ellos? Lamento informarte que soy libre de hacer lo que me venga en gana.

—No, no lo eres.

—¿Perdona?

—Que no lo eres. Ahora eres mía. —Posesivo, Euen besó sus labios y aprovechando que ella tenía los labios entreabiertos asaltó su boca, recorriéndola con hambre y saboreándola hasta que ella perdió el aliento—. Ahora pórtate bien hasta que encuentre una habitación libre en la que podamos descansar.

—No voy a permitir...

—¿De verdad? —La boca de Euen mordisqueó su oreja, mientras se detenía en el descansillo—. Tú sí que eres adictiva. Tranquila, a mi lado podrás fumar todo lo que desees. ¿Sabías que el opio también nos vuelve más sensibles?

—No estoy llorando.

—No, gatita. No me refería a eso.

Los ojos de Cristinne se abrieron sorprendidos cuando la mano que Euen tenía sobre su culo apretó con fuerza y un escalofrío la recorrió.

—No lo hagas —suplicó ella sin voz.

—¿No lo deseas? Jamás habrás sentido algo parecido.

—Todos sois unos monstruos. —La duquesa cerró los ojos con fuerza, reteniendo las lágrimas que de pronto querían salir—. Aunque eres guapo... —

Las uñas de Cristinne acariciaron su barba, soltando un gemido al sentirla áspera bajo sus dedos.

—¿Guapo? —Ella se sentía en una nube y la sensación de irrealidad la engulló por completo.

Nunca antes en su vida había sentido necesidad por otro hombre. Solo dos caballeros se habían atrevido a robarle algún que otro beso, pero con la llegada de su difunto esposo...

Cristinne tembló al recordar, cerró los ojos y sonrió a continuación. Su mente se negaba a reaccionar, las ideas se escurrían entre sus dedos para dejarla a solas con aquellas sensaciones que la recorrían mientras Euen la dejaba sobre la cama.

—Te ves hermosa cuando sonríes.

—Sonreír es una debilidad —respondió ella recordando las duras palabras que su esposo le repetía, antes de reírse de ella y abofetearla. Aquel hombre había sabido arrancarle cada diminuto pedazo de luz y solo la llegada de su niña la había salvado.

—¿De verdad? —Euen no quería dejar de tocarla, aunque tampoco podía evitarlo. Sus dedos se deslizaron por su escote y apretó los pechos de Cristinne con ansiedad. Sentía la boca seca y temblaba incapaz de contenerse —. Quítate la ropa —pidió con voz ronca separándose de la cama.

—¿Perdón?

—No me hagas suplicar, gatita. Necesito tomarte ahora mismo. Quítate la ropa para mí. —Negarse habría sido lo correcto, ella no se fijaba en aquel tipo de individuos, de pronto se encogió de hombros y, con movimientos perezosos, comenzó a quitarse el sombrero y las horquillas del pelo.

—¿De verdad vas a empezar por ahí?

—El vestido se abotona por detrás —contestó ella totalmente concentrada en su tarea. No recordaba el motivo, pero necesitaba soltar su pelo y era lo único importante.

Oyó un gruñido a su espalda, Euen se había acercado y, con unos dedos demasiado ágiles, abrió aquel hermoso vestido azul lavanda y lo dejó caer. Se quedó mirando la camiseta interior y sonrió como un lobo hambriento.

—¿Ahora podrás hacerlo sola? Quiero que te desvistas para mí —rogó gruñendo al tiempo que le tendía la mano y la ayudaba a salir de aquella preciosa creación, un vestido confeccionado por la mejor modista de Londres.

—Estoy algo cansada...—Cristinne se pasó la mano por la frente.

—¿No lo deseas? —Euen la besó y ella jadeó al notar como su piel

comenzaba a arder. Ansiosa, dejó que su lengua saliera de su prisión para entrar en la boca de aquel rufián. Era una pelea y, cuando él se retiró, ella jadeaba con la cara sonrojada y los labios hinchados—. ¿Y bien?

—¿La ropa? —preguntó mirándose el pecho y echando en falta el vestido. Después miró aquel montón de tela a su lado y asintió despacio—. Me gustas, aunque no debo desearte.

—¿Por qué no, gatita?

—Ya me han hecho daño y tampoco estás a mi altura.

—¿Y eso es malo? Tienes todo lo que puedas necesitar y yo solo deseo suplir el resto de tus carencias. —Ella se tocó el labio pensándolo—. Solo úsame a tu antojo. Lo estoy deseando.

—¿Cómo yo quiera?

—Claro, gatita. Dejaré que claves tus uñas en mi espalda y te haré ronronear toda la noche.

Se alegró de no haber usado corsé, nunca lo hacía cuando iba a una misión, eso le restaba demasiada libertad de movimiento y un solo segundo podría salvarle la vida. También comprendió que en aquel estado no habría conseguido deshacer la lazada.

Sus manos agarraron la fina tela de la camiseta y se la sacó por la cabeza con rapidez. Euen estaba acostumbrado a movimientos ondulantes y posturas sugerentes cuando se lo pedía a alguna de sus múltiples amantes, sin embargo, ninguna le había parecido tan sensual como aquella duquesa que lo traspasaba con ojos brillantes.

El deseo era algo que cualquiera que los viera podría sentir. A pesar de no tocarse estaban conectados y en cada movimiento de Cristinne él se sentía partícipe, sus ojos la devoraban mientras se contenía para recordarlo todo.

Jamás se había comportado de aquella manera antes, era como volver a ser un chiquillo inexperto, quizás eso era lo que hacía que su corazón se revolucionase al verla bajarse los calzones y lanzarlos lejos con el pie.

Sin vergüenza dio la vuelta sobre sí misma dejando que sus pezones erectos lo señalasen y su sexo expuesto concentrase toda la atención de Euen.

—Eres perfecta.

—¿Eso crees? —En el fondo a Cristinne le costaba creerlo. Demasiado tiempo escuchando insultos y siendo sometida a vejaciones por quién, ante dios, había prometido amarla, cuidarla y respetarla habían mermado su autoestima con rapidez.

—¿Acaso no es verdad?

Él no tardó tanto. Su ropa voló dejando al descubierto un cuerpo bien moldeado, creado a base de trabajo duro y esfuerzo. Todo lo que había en él estaba bien colocado, y sus músculos se tensaban a cada uno de sus movimientos. Fueron detalles que Cristinne, a pesar de su evidente estado, no había pasado por algo.

La duquesa podía sentir como se humedecía, como sentía la ansiedad por tocarle y dio el primer paso.

Euen la miró sorprendido, pero la dejó hacer. Las manos de aquella mujer, bastante dubitativas al principio, lo estaban enloqueciendo. Sentía que si no entraba en ella iba a explotar antes de tiempo, pero al ver aquella sonrisa tonta mientras, con las uñas, descendía demasiado al sur para atraparlo entre sus manos, no pudo decirle que no.

Él le habría dado todo lo que le pidiera, todo menos alejarse, y era justamente eso lo que ella reclamaba a voces cada vez que se acercaban. ¿Acaso estaba tan ciega para no ver cómo se necesitaban? Ella tenía que sentirlo, pero les estaba negando la felicidad por miedo y él ya no soportaba más aquella situación.

—Si tuviera un nombre...—murmuró él entre dientes.

—¿Cómo?

Pero no hubo aclaraciones. Él volvió a besarla y ella echó los brazos en su cuello. Las fuertes manos de Euen atraparon sus nalgas, apretando con fuerza, y la levantaron a pulso. Ella enlazó las piernas en torno a su cintura sintiéndose débil y viva al mismo tiempo.

Gruñían como animales, sentían como bestias y se devoraban como auténticos amantes. Él la penetró despacio, prologando aquel divino regalo. Tantas noches deseándolo, imaginándose cómo sería... ¿acaso no podía durar eternamente? Detenerse con aquel placer recorriéndolo, con ella besándolo y su pálida piel rozando su pecho.

Ella lo acogió con un grito y él se vio incapaz de ser dulce. Acometió contra ella una y otra vez, azuzado por los gemidos que la dama soltaba en cada una de las embestidas, mientras se aferraba todo lo que podía al masculino cuerpo de su amante, sintiendo que en cualquier momento caería desvanecida ante aquellas emociones tan intensas.

Nunca antes con su marido había sentido que podría tocar las nubes, que si estiraba los dedos podría alcanzarlas y él jamás sintió tanta emoción en su interior por ver los ojos de la mujer que penetraba mientras la tomaba. No quería que dejase de mirarlo y ella, en aquel instante, le habría concedido todo

lo que le pidiera.

—Así, gatita. Tómallo todo de mí.

—Por favor...—lloriqueó ella al límite.

—Solo un poco más. Déjate ir, hazlo por mí.

Ella asintió mordiéndose el labio, con los ojos vidriosos y apretando sus caderas con una fuerza increíble. Su cabeza cayó hacia atrás y gritó enfebrecida.

—Así me gusta...—terminó él, mordiéndola su hombro y marcándola como suya.

Capítulo 13

*Y le arrebataron el alma, salió en forma de suspiro mientras él la poseía.
Jamás quiso devolvérsela.*

Con la salida del sol todo parecía más alegre. Las gotas, que habían quedado pegadas a las hojas de los árboles, brillaban cuando los rayos del astro rey atravesaban su interior, desplegando una gran belleza ante todos aquellos que se detuvieran a mirar.

Los pájaros sacaban las cabezas de sus escondites, para entonar melodías únicas, y los caballos relinchaban en los establos ansiosos por echarse al camino.

Sin embargo, aquel hermoso paisaje no casaba nada con la tristeza que Susanne sentía en su interior. Por primera vez en su vida se había sentido sola en su lecho, le habría gustado que los brazos de un hombre la hubieran envuelto, guareciéndola contra su firme pecho en la fría noche, bueno de un hombre no, de Derian. Después de toda la noche en vela ya no podía negar lo evidente, ¡aquel marqués estúpido la había embrujado! ¿Qué otra explicación podía haber sino?

Una joven de quince años y aniñado rostro golpeó su puerta con fuerza, en sus manos portaba una palangana para que ella se aseara y Susanne gimió de placer. Después de tantas horas de viaje se sentía sucia, aunque lo peor era haber tenido que dormir a medio vestir.

—¿Desea algo más? —preguntó la joven de ojos castaños inclinándose ligeramente a modo de respeto. Susanne le sonrió con ternura.

—¿Podrías ayudarme a vestirme? —Los ojos de la chiquilla se entrecerraron unos segundos, aunque no dijo nada, se limitó a asentir y esperar pacientemente a que Susanne se adecentara un poco.

—Hoy han hecho gachas, espero que le guste —comentó la muchacha tratando de darle conversación. A su edad le costaba mucho mantener silencio, veía el mundo como un lugar inmenso y ansiaba recorrerlo algún día. Con la sonrisa en los labios y ansiosa por terminar su mandado para poder desayunar

se acercó a la espalda de Susanne.

—Está bien.

—¿Seguro? Si lo desea podemos hacer algo que sea más de su gusto.

—¿A su gusto? Deja de mimarla o no saldremos de aquí nunca. ¿Acaso no eres capaz de taparte? —La voz de Derian la molestó. ¿De dónde había salido? Mientras ella tenía un aspecto horrible con el cabello enredado y grandes ojeras bajo los ojos, él sonreía con orgullo dentro de aquella preciosa chaqueta negra y unos pantalones que se ajustaban demasiado bien a sus pantorrillas.

La muchacha no supo que responder, no quería molestar a la señora y bajó la cabeza en silencio esperando la siguiente orden.

—Ayúdame a ajustarme el corsé —susurró Susanne consciente de la presencia del marqués a su espalda en todo momento. Podía sentir sus ojos recorriéndola, ¿acaso no podía respetarla? El hecho de que hubieran tenido relaciones no le daba derecho a tratarla como estaba haciendo.

—Eso, y si lo logra que se le salgan los pechos por el vestido.

—¿Perdón? —Susanne se giró furiosa.

—¿No es eso lo que tratabas? Ayer te funcionó muy bien. ¿Quieres repetir? —gruñó lamiéndose los labios con deseo. La mirada azulada de Derian la hizo estremecer.

—No tienes honor. ¡Deja de tratarme como si fuera un perro! —La joven corrió fuera de la habitación, consciente de que era el peor sitio en el que podía estar en aquel momento. Susanne gimió consciente de que había perdido a la única persona que podría arreglarle el pelo—. ¡¿Estás contento?!

—¿Por qué no volviste anoche? —inquirió el marqués cambiando de tema.

—¿Después de lo que me dijiste? Suerte tienes de que no regresara para rematarte —amenazó ella clavando su índice en el duro pecho del marqués.

—No sé por qué te muestras tan ofendida cuando es obvio que no soy el primero.

—Ni el último, de eso puedes estar seguro. Aunque creí que al menos serías suficiente hombre para tratarme como me merezco. —Su tono fue descendiendo hasta que quedó en un susurro triste.

Susanne se giró dándole la espalda, incapaz de mirarlo, y él tomó los lazos de su corsé. Apretó con tanta fuerza que a ella se le cortó el aliento, aunque no dijo nada. Siguieron vistiéndola en silencio con aquel vestido, ya bastante manchado por el viaje. Cuando terminaron las manos de Derian se posaron en sus hombros con suavidad.

—Debemos continuar.

—Cierto, ¿hoy no vas a castigarme?

—Debes aprender. Te has dejado engañar y has entrado en la boca del diablo. Jamás debiste dejar que lady Cristinne te convenciera para participar en nuestras actividades —explicó él acariciando su piel con ternura. Fue ascendiendo hasta que se detuvo en el precioso arco de su cuello—. Debes sufrir para seguir con vida.

—Entonces supongo que me haré anciana. —Derian besó su nuca y suspiró cansado contra su pelo. Lo oyó marcharse y se secó los ojos, tratando de serenarse antes de bajar al salón.

Después de comer en silencio se montaron en el carruaje. El camino era serpenteante y estaba lleno de baches, provocando que al poco rato Susanne ya tuviera que respirar con calma para no echar todo lo que sus tripas albergaban, aunque se alegraba, de esa manera evitaba fijarse en él, al menos la mayor parte del tiempo.

Siguieron el camino un par de horas, ella estaba convencida de que no pararían hasta llegar a la siguiente posada, pero no podía estar más equivocada. De pronto, los caballos comenzaron a detenerse con suavidad.

—¿Asaltantes de camino? —La preocupación hizo que frunciera el rostro, sus cejas hacían un arco adorable sobre sus ojos dorados y Derian tardó un par de segundos en contestar.

—¿Qué harías si así fuera?

—Defenderme, por supuesto —contestó ella con orgullo.

—Morir —concluyó él cogiéndola por el rostro con fuerza—. Te voy a dar una lección que no olvidarás, al menos eso espero. —Ella tembló al ver hielo en aquellos ojos azules que con tanto deseo la habían mirado el día anterior.

La puerta del carruaje se abrió mientras una diminuta cabeza dorada emergía y los oteaba en silencio. El marqués asintió y tiró de ella al exterior.

—¿Qué estás haciendo? —Sentía que algo iba mal, pero al ver a aquel muchacho de no más de seis años, aunque la precisión en su edad era complicada al no estar muy bien alimentado, se negó a creer que pudiera estar en peligro. Él jamás podría tocarla y Derian no haría algo parecido, al menos eso quería creer.

—¿No lo ves? Te atacan.

Y fue la señal que aquel niño necesitaba. Se movía con rapidez, por algún motivo sintió que tenía que detenerlo y trató de atraparlo, pero sus brazos siempre llegaban tarde, abrazando el aire que aquel niño dejaba tras de él. La

risa del marqués no hacía más que exasperarla.

—¿Y bien?

—¡Qué tiene que ver esto con que sepa defenderme! —aulló ella estirándose y dando un par de pasos hacia atrás.

—Enséñaselo. —Aquello fue una orden fría y el rostro del niño perdió toda muestra de humanidad. Era como ver a un muñequito de madera, del que salían los hilos que todo titiritero necesitaba. Al mirar su diminuta mano se dio cuenta de que llevaba un cuchillo, pero lo que más le dolió a la joven fue percatarse de lo que significaba. Derian usaba sin ningún tipo de remordimientos a aquellos niños inocentes para los trabajos más sucios. El dolor por aquel pequeño la dejó sin aliento—. ¿No vas a moverte? —Las palabras de Derian golpearon su cerebro en el último instante, evitando que el niño le cortase el brazo. Se notaba que no iba a matar, pero si se lo permitía las heridas serían dolorosas.

—Detenlo, por favor —suplicó Susanne apenada.

—Eres el doble que él, deberías lograrlo tú solita. ¿Acaso ya no te ves tan fuerte?

—¡Detenlo!

Él no le hizo caso y ella vio correr a aquella cabeza dorada hacia ella con el cuchillo por delante. Podía golpearlo, es más, levantó la mano y se dispuso a ello, pero en ese punto recordó. Ella también había pasado miedo, también había portado un cuchillo para tratar de defenderse, también sabía lo que era sufrir. La supervivencia los había llevado por caminos que jamás debieron recorrer y no iba a ser ella la que lo dañase más.

—¿Qué haces? —Derian sonaba preocupado—. ¡Tienes que defenderte!

—No —gimió ella abriendo los brazos para aceptar su ataque. Se movió lo justo para que el cuchillo solo le cortase el antebrazo y sintió una lágrima deslizarse por la mejilla, al tiempo que encerraba al pequeño en un cálido abrazo.

Aquel chiquillo trató de apuñalarla, como si al sentirla contra él el pánico lo invadiera. Olvidó sus órdenes, que eran las de no dañar a aquella señora, solo pensó en que debía escapar. Se sentía atado, apresado, y la libertad era lo único que le quedaba en su corta vida.

—¡Suéltalo! ¡Te va a matar! —Con una mano golpeó el cuchillo y, una vez desarmado, volvió a apretarlo contra ella, en un intento de calmarlo y aplacar, a su vez, el remolino de emociones que se había desatado en el interior de la joven.

—Shhh...—Se tiró al suelo, con él en su regazo, y le besó el pelo mientras él se revolvía. Podía ver el sufrimiento en su rostro, como si un beso de aquella mujer fuera peor que una patada en el rostro y ella lo comprendió a la perfección. Si no sientes nada no puedes sufrir, si encierras tu alma en un lugar profundo nadie podrá golpearla, vejarla, llegar hasta tu verdadero ser. Pero eran las muestras de afecto las que hacían aflorar la debilidad, al menos así lo veía aquel pequeño—. Tranquilo... todo irá bien.

Con su cabeza dorada la golpeó en la nariz, ella sintió como la sangre caía y cerró los ojos a causa del dolor. El marqués ya se acercaba furioso, pero ella elevó sus ojos en una mirada amenazante y él, confuso, se detuvo.

—Suéltame. —Ni siquiera podía estar segura de haberlo escuchado bien. A pesar de sus movimientos, de que se revolvía como una culebra entre sus brazos, aquella palabra llegó como una débil súplica, como si temiera las consecuencias por el solo hecho de abrir los labios.

—Duele, ¿verdad? Duele mucho más que si te estuviese golpeando con saña —susurró ella contra su oído—. Te sientes confundido y sucio, porque no quieres que mi consuelo te haga sentir bien. —Él dejó de moverse y elevó unos preciosos ojos marrones. Parecían dudar, era como ver a un cervatillo, aunque uno que podía ser muy peligroso—. ¿Tienes nombre? —preguntó suavizando el agarre y acariciando su cabello con la mano izquierda. Con ternura separó un mechón de sus ojos y sonrió contenta. Era un niño hermoso, su cara era demasiado angelical y deseaba que eso no le hubiera causado demasiados problemas.

El pequeño miró al marqués y negó, sin embargo, cuando ella chasqueó la lengua molesta y la miró cedió sin darse cuenta.

—Aki.

—Es un nombre hermoso, dice mucho de la persona que lo porta. —Él pareció crecer entre sus brazos y ella sonrió, pasando por alto el dolor de la herida—. Muy pocos sabrían estar a la altura.

En un primer momento Derian se había quedado asombrado, era como ver a una encantadora de serpientes, lo había domesticado con una caricia y él, mejor que nadie, sabía lo bien que sentaban las atenciones de aquella mujer. Parecía tener algo magnético que te retenía a su lado, como si desprendiese amor, seguridad, confianza.

Sin embargo, a medida que pasaban los minutos la herida abierta de su brazo seguía sangrando y su vestido se estaba tiñendo de un preocupante color carmesí. Se retenía por no arrebatarse al niño y gritarle, para a continuación

curarla, aunque sabía que ella no se lo pondría fácil y decidió ir por las buenas.

—Susanne, necesitas que te miren el corte. Parece bastante profundo.

—Es culpa tuya —contraatacó ella sin llegar a mirarle. Estaba absorta acunando a aquel pequeño, que jamás se había sentido tan bien en toda su vida. Él no recordaba los brazos de una madre, pues lo habían dejado abandonado demasiado pronto. Tampoco nadie había podido contarle su historia, pues nadie conocía su pasado. Era un fantasma, al final él mismo se había puesto nombre, aunque la vergüenza lo perseguía. —¿Estás mejor?

—Sí, señora.

—¿Vas a intentar hacerme daño?

—No, señora.

—Sé que tienes órdenes, pero también puedes elegir. —Él la miró como si estuviera viendo una auténtica aberración y ella soltó una risita que encogió los pechos de los dos varones, mirándola embelesados—. Nos han educado para creer que ellos tienen el poder, que nuestras vidas no valen nada, sin embargo, es lo único que realmente tenemos de valor. Has de luchar por la tuya y estar orgulloso de las decisiones que tomes, pues es lo único que al final te acompañará cuando mueras.

—Yo no moriré. Soy un fantasma —negó el pequeño con orgullo.

—Todos lo hacemos, aunque todavía queda mucho. Supongo que formas parte de toda esta locura.

—Susanne, él no sabe nada. Solo realiza trabajos por los que es recompensado.

—No lo suficiente por lo que veo. —Derian apretó los labios, pues no podía negar que el pequeño apenas tenía carne sobre los huesos y quizás su tamaño se debía más a eso que al tiempo que llevaba en la tierra—. ¿Y bien?

—Sigue con vida.

—Si eso lo hace sentir mejor, marqués —dijo ella con furia apretándolo contra su pecho. —¿Has dado tu palabra?

—Sí, señora.

—Entonces no te han obligado. Es de hombres trabajar para comer, no como esos lores vagos que se aprovechan del esfuerzo de otros. —El marqués sonrió de medio lado. Ella era toda una deslenguada, otro le habría dado una soberana paliza por el descaró que estaba demostrando, sin embargo, Susanne había pasado demasiados años completamente aterrorizada y ya nada podía hacerla temblar. ¿Dolor? ¿Muerte? Ahora era libre y si por ser libre debía

morir antes de tiempo lo aceptaría antes de volver a vivir de aquella manera.

—Soy fuerte.

—Eso ya lo veo, me has vencido —reconoció Susanne recorriendo su mejilla con una tierna caricia. Él bajó los ojos avergonzado—. Levanta la cabeza y mírame como a una igual. Yo estoy orgullosa de ti.

—Le he hecho daño.

—Cierto, pero de todo se ha de aprender. Ahora sé que siempre te querré a mi lado. —Ella sabía que él jamás aceptaría caridad, porque en sus ojos podía reconocerse a sí misma y no iba a dársela. Derian tenía razón, ella no estaba a la altura de aquel pequeño y estaba en una organización en la que podía ser atacada en cualquier momento.

—No la entiendo. —Derian sonrió al entrever lo que Susanne se proponía. Aunque no fuera a reconocerlo, se sentía orgulloso de ella y la miraba esperando con los brazos cruzados.

—Puedes explicárselo después de que te revise un doctor.

—¡Cállate! —El niño estaba asombrado de que le hablasen de aquella manera a su señor. El marqués había demostrado ser frío cuando las circunstancias lo requerían, no obstante, cuando miraba a aquella mujer su rostro se enternecía—. Si yo te pagase, ¿trabajarías para mí? —Él no podía creérselo, sentía que a su lado las cosas serían mucho mejores, aunque no podía aceptar. Los que mandaban jamás lo aceptarían, dos muchachos, antes que él, habían tratado de dejarlo, querían trabajar honradamente, sentían que los fantasmas los acechaban entre las sombras, y días después encontraron sus cadáveres en el río. Nadie volvió a hacer el amago de dejarlo.

—Me matarán —susurró entristecido.

—¿A ti? —Ella lo miró de una manera que se sintió fuerte, poderoso. Era tan complicado explicarle que estaba aterrorizado. Bajó de nuevo la cabeza derrotado.

—También le harán daño por intentar ayudarme. —Y eso no era algo que fuera a permitir. Después de aquel día, sentía que no permitiría que nadie la tocara con negras intenciones. Al fin tenía un propósito en la vida, a pesar de su corta edad muchas veces se había preguntado, ¿por qué había nacido si nadie lo quería? No obstante, al fin lo comprendió. Ella lo necesitaba, ¿por qué entonces no podía aceptar sin más?

—No os harán daño. —Derian dijo aquellas palabras con seguridad y todos lo creyeron. Él era importante, se dijo a sí mismo Aki, sintiéndose feliz por primera vez en la vida.

—Entonces mi vida le pertenece señora. Jamás le harán daño, primero tendrán que matarme a mí. —Derian se sorprendió y a Susanne se le empañó la mirada. Asintió sin palabras.

Derian se apoyó en un árbol y recordó el día en el que había encontrado a aquel gamberro. El muy inocente había intentado robarle a él, y Derian solo le dejó una opción antes de acabar colgado. Eso no quitaba que, a pesar de no tener más de cuatro años, el niño le comentara, con palabras bastante sucias, que él no le pertenecía a nadie y que si podía huiría lejos. Al final se quedó, pero solo porque comer prevalecía sobre todo lo demás.

—Aki, no digas eso por favor.

—¿La he molestado?

—No, no es eso. Tu vida es solo tuya. Yo quiero que me defiendas, pero no que te pongas en peligro inútilmente. Desde el momento que acepté trabajar para ellos yo también sabía cuál sería mi destino. Solo espero no sufrir mucho —confesó ella.

—¡¡Estás loca!! ¿Es eso? ¿Buscas la muerte? —En dos zancadas se colocó a su lado y trató de alzarla, pero ella no ayudó en absoluto. Derian bufó molesto y cuando volvió a agarrar sus brazos el niño se escapó con rapidez.

Recogió el cuchillo y lo colocó sobre su espalda, presionando lo justo, amenazando al marqués. Ella comprendió que hacía tiempo que podía haberse deshecho de su agarre y eso la hizo sonreír.

Orgullosa como una reina se incorporó mientras los miraba.

—Déjale, solo es un poco gruñón —comentó, sin darse cuenta de que lo estaba defendiendo.

—Le ha hecho daño.

—No, el daño lo hace con la lengua. Ha nacido en cuna de oro y jamás será como nosotros. —Aquello fue como un puñetazo en el estómago del marqués, pues al mismo tiempo era una de las cosas que más le molestaba.

Ella le tendió la mano a Aki que, tras un momento de duda, la aceptó gustoso. Si no fuera por los ropajes parecerían madre e hijo y Derian se sorprendió al meditar sobre cómo serían los hijos de Susanne. La sola idea de que otro hombre pusiera las manos sobre aquella mujer lo enfadó.

¿Acaso con ella no podía salir nada como tenía planeado?

Capítulo 14

Entre las arrugas, si miras bien, podrás ver a la misma niña que una vez movió tu mundo. Ahora es anciana, pero sigue ahí dentro, encerrada.

Hay dos tipos de personas, las que nacen con un corazón oscuro y las que lo tiñen a base de golpe de martillo. Cuando Linnete nació era dulce, tierna, delicada, incluso en demasía. Pocos sabían todo lo que había tenido que sufrir para acabar en la cima, pero incluso rodeada de lujos y teniéndolo todo al alcance de la mano, aquello podía desaparecer en cuestión de segundos.

—Siempre viviré temerosa hasta el fin de mis días —comentó la anciana posando los dedos sobre el frío cristal mientras veía como sus lacayos colocaban los baúles sobre el carruaje—. Jamás podré escapar.

Danton nunca se alejaba de su lado, compartían secretos demasiado peligrosos y él se lo debía todo. Parecía una eternidad, treinta años nada menos, cuando sus caminos se habían cruzado para no volver a separarse jamás. Ella sabía que cuando se despidieran del mundo lo harían juntos.

—Ya lo ha hecho. —Danton se acercó, pero sin llegar a tocarla—. No es la misma.

—¿No lo soy? Todo lo que ve es una gran máscara, a veces me siento como si fuera una chiquilla tonta que se aferra con fuerza a los recuerdos. Temo estar perdiendo parte de mí con el paso de los días y prefiero la muerte.

—No es cierto, está como siempre. —Sin embargo, Linnete se había ido dando cuenta de que le costaba recordar nombres, hechos del pasado y ciertas palabras. Era como si la información estuviese ahí, pero no pudiera acceder a ella y eso la ponía nerviosa, incluso agresiva.

—¿Lo haría por mí? Me lo prometió, quizás fue hace mucho tiempo, pero necesito saber que si llegara el momento...

—Por supuesto. Le he dado mi palabra y no pienso romperla.

—Eso está bien...—Apoyó la frente sobre la ventana y suspiró, empañando el cristal.

Recordó cuando, doce años antes, fueron asaltados. Fue culpa suya, había bajado la guardia, y de pronto un grupo de hombres encapuchados detuvo el vehículo para encañonarlos. Ellos no querían solo el dinero y las joyas, lo sintió bajo la piel y Danton había asentido en respuesta.

Pocos tenían esa habilidad, pero ella podía reconocer a un asesino cuando lo miraba a los ojos y ellos no solo eran asaltadores de caminos. Estaban allí para deshacerse de ella, aquello no había sido una casualidad.

—Nos recompensarán por hacerla sufrir un poco. Creo que ha molestado a las personas equivocadas. Casi me da pena —comentó el jefe del grupo recorriendo su cuerpo con la mirada, aunque supuso que ya era mayor porque giró la cara desinteresado—. ¿Alguno quiere divertirse?

Danton se colocó ante su señora, tratando en vano de esconderla tras él. Los hombres se rieron mientras otro degollaba al cochero.

—¿No podemos pegarles un tiro y listo? —El de la derecha parecía nervioso y eso podía ser muy malo o muy bueno. Solo había que jugar, porque las dos opciones estaban sobre la mesa. ¿Lo perdería todo aquel día?

—Quieren que sus últimos momentos sean horribles, dijeron que nos darían una bolsa más de oro. ¿Acaso no la necesitas?

—Sí, jefe —contestó el aludido apartando el rostro y evitando los ojos de lady Linnete.

—Tal vez con cortarla un poco... La podemos mutilar y colgarla sobre un árbol. Así los que la encuentren harán correr el rumor. —Todos asintieron complacidos.

—Los atacaremos, pero has de matarme antes de que me cojan con vida —susurró Linnete acercándose a su mayordomo.

—Señora...

—¿Prefieres que me torturen hasta la muerte? —Danton asintió aceptando. Si era necesario lo haría por ella.

—Le doy mi palabra.

—Gracias viejo amigo.

Y en un descuido ella recogió el puñal que llevaba en una de sus pantorrillas y le tendió a él la pistola que llevaba en la otra. Aquella anciana era de todo menos dulce.

Fue sangriento, ella acabó con una herida bastante fea, pero lograron salvarse tras agujerear a un par de tipos y apuñalar al jefe en el vientre. Sucedió todo tan rápido que Linnete no se dio cuenta cuándo la hirieron, sin

embargo, al mismo tiempo que los cobardes corrían lejos ella perdió el conocimiento.

Aún recordaba cómo Danton la había recogido del suelo y, con delicadeza, la había sentado sobre su regazo mientras controlaba el carruaje para llegar, lo más rápido posible, a una posada.

Meneó la cabeza alejando el pasado. Sonrió y se irguió, volviendo a ser la de siempre.

—Siguen acercándose.

—El marqués está convencido de que sigue con vida. No he conseguido averiguar lo que trata de conseguir, pero una joven lo acompaña.

—¿Una joven?

—Dicen que es la que se hacía pasar por la duquesa de Somerset, si no me equivoco era la doncella de su hija —explicó Danton orgulloso.

—Creo que es el momento perfecto para hacer una fiesta. Si he de volver a la vida al menos quiero bailar toda la noche, ¿no le parece?

—Como desee. —El mayordomo se inclinó e iba a retirarse cuando ella lo retuvo.

—Deben venir todos, pero habré de hacer una lista mucho más amplia. Creo que olvido con demasiada rapidez lo poco que soporto a las niñas de los vecinos. —El hombre sonrió a su señora—. Sabe lo que deseo, ¿verdad?

—Por supuesto. Solo falta la mismísima reina, bueno y el futuro rey —añadió sin pensar.

—¡Danton! —gritó avergonzada Linnete mientras miraba a su alrededor. El hombre se encogió avergonzado.

—Sabe que yo no diría nada. —Se defendió él ante su indiscreción. Ella se rio por su cara e hizo varios aspavientos con las manos para que lo olvidara, al ver que no había nadie más por el lugar.

—¿De verdad cree que son ciertos los rumores? ¿Cree que es su amante?

—Es la única que sigue con vida —concluyó él.

Cierto, cuando meses antes apareció la carta que contenía todos los nombres de las amantes del futuro rey ellas habían aparecido muertas. En los periódicos decían que el culpable era el doctor Gull, pero los dos sabían que eso no era cierto. Solo ella seguía en pie y, no solo eso, sino que ahora estaba al mando. Bajo sus órdenes se encontraban los espías y asesinos más despiadados de todo Londres, bueno, al menos hasta que Linnete renaciera.

—Creo que esto no le va a gustar.

—Usted le salvó la vida —comentó Danton como negando lo evidente—.

Dudo que ella tratase de hacerle daño directamente.

—¿Lo hice? —preguntó la anciana misteriosamente. No le había regalado nada a aquella joven, en realidad posiblemente ella había sido una más, en la enorme lista de enemigos, que le había hecho daño sin pretenderlo. Solo quería endurecerla, aunque dudaba que eso le sirviera de excusa si algún día llegaban a enfrentarse —Pero teme que alguien averigüe que nos conocemos, incluso que descubra su verdadera procedencia. —Se estrujó el rizo con fuerza y Danton supo que le ocultaba algo. No hizo preguntas.

—Usted le hizo un favor enorme, le dio la oportunidad de vivir.

Linnete se abrazó a sí misma, sintiendo que el frío le estaba calando los huesos a pesar de que la chimenea estaba encendida y la habitación caldeada. Quizás era otro tipo de frío, pensó cansada.

—Todos tienden a olvidar las deudas, prefieren fingir que no ha pasado e incluso llegan a creérselo. —Y se mordió el labio, temerosa, por primera vez en años, de que el pasado viniera a por venganza. Ya no era la misma mujer, no estaba convencida de que fuera capaz de soportarlo.

—Ella me recordaba a usted. Era buena persona.

—¿De verdad has olvidado todo lo que he hecho yo? —inquirió Linnete antes de girarse y acercarse al mueble bar. Se sirvió una copa de coñac y la paladeó, antes de gruñir y bebérsela de un trago como el mejor de los borrachos. La rellenó y volvió a vaciarla con rapidez dos veces más antes de detenerse, necesitada del calor que le proporcionaba.

—Quizás no debió hacerla trabajar en las calles. ¿Estará resentida? —Linnete empezó a reírse a carcajadas hasta que sudorosa se acercó al sofá y se dejó caer.

—¿Odiarme por eso? ¡Si gracias a mis lecciones ha conseguido meterse en la cama del príncipe heredero! Ella no me odia, sin embargo, nadie quiere recordar cómo ha llegado hasta la cima, porque al mirar desde arriba se pueden ver los cadáveres que has dejado a tus pies. —Esperaba tener razón.

Linnete sospechaba que había sido ella la que había estado detrás de las muertes de las otras amantes, o quizás la mismísima reina, aunque no estaba convencida de que la reina hubiera sido tan descuidada. Si la reina Victoria hubiera estado detrás no habrían encontrado los cuerpos, ¿quién tendría los redaños de acusarla?

En las reuniones, lady Sutton había fingido no reconocerla y ella había seguido su ejemplo, aunque antes o después tendrían que quitarse las máscaras. Temía aquel momento.

—Volvemos al hogar —añadió la anciana con una sensación cálida en su interior. Si en algún lugar había sido feliz fue en el viejo castillo que había heredado de su esposo porque, aunque fuera de él, no lo pisó antes de ser viuda y tras eso ella era la dueña del lugar para hacer y deshacer a su antojo.

—Todos van a quedarse muy sorprendidos.

—No estés tan seguro.

Capítulo 15

No podrás ver la oscuridad sin luz por lo que... aunque estés convencido de que no hay nada, siempre queda algo de bondad atrás.

Un paso en falso y lo perdería todo. El señor Toller odiaba los caballos, odiaba caminar y odiaba aquella picazón que sentía en los dedos. ¿Cuánto tiempo había pasado? No lograba contenerse, la necesidad de sangre era demasiado apremiante y tuvo que detener el semental al borde del camino.

Descendió con cuidado y se apoyó en el árbol más próximo, tratando de calmar su agitado corazón.

—Podemos volver a casa —dijo una voz femenina salida de sus mismos labios. La mano derecha de aquel individuo se cerró en un puño y se golpeó el mentón, haciendo que la personalidad de Toller volviera con firmeza.

Era complicado mantenerse siempre a flote, siempre dueño de aquel asqueroso cuerpo. Si hubiera podido habría tomado posición de alguna de sus víctimas, se habría introducido bajo sus pieles y habría seguido su vida. Anhelaba la soledad y aquella lucha constante lo llevaba a actuar llevado por la ira.

Miró a su alrededor y no había nada. Cogió el escalpelo y lo acarició. Volvió a mirar y lo único que encontró fue aquel dichoso caballo que, tras tres horas de viaje, le estaba destrozando el trasero. Lo miró de nuevo dejando que la idea tomase forma en su enferma mente.

Se acercó despacio tratando de no asustarlo, aunque el animal comenzó a removerse inquieto. Toller sonrió con desprecio, al tiempo que apretaba las riendas con fuerza entre sus dedos para impedir que se escapase, y lo apuñaló en las patas. Aquel purasangre se encabritó enloquecido y lanzó a Toller hacia atrás, que se golpeó la cabeza contra un árbol y quedó inconsciente.

La sangre había manchado su frente, con los ojos cerrados no dejaba de murmurar en sueños, aunque siempre eran súplicas entrecortadas. Wallace luchaba por mantenerse en la luz, aunque fuera inmerso en la inconsciencia.

Pasaron las horas hasta que alguien lo encontró. Era solo un muchacho,

pero era ágil y corrió hacia el pueblo dando la voz de alarma.

—¿Ha llegado el doctor? —preguntó una mujer, varias horas después, mientras volvía a mojar una toalla y se la pasaba por el rostro.

—Dicen que no tardará, tenía que atender un parto —explicó un hombre, molesto, mientras una silla era arrastrada y soltaba un gruñido de placer al dejarse caer sobre ella. Sentía el cuerpo agarrotado después de una dura jornada labrando la tierra y lo que menos necesitaba era a un extraño en su hogar, durmiendo en su lecho, comiendo su comida. Esperaba que al menos tuviera unas buenas monedas con las que recompensar todo aquel esfuerzo sino... no dudaría en sacarlo de su casa a patadas.

Wallace trató de abrir los ojos, pero la luz le molestaba. Sentía que su cabeza amenazaba con estallarle y llevó sus manos a ella mientras lanzaba un gemido quedo.

—Ha despertado —exclamó la mujer preocupada, avisando a su esposo—. No se mueva, en seguida lo atenderán. —Wallace se encogió sobre sí mismo desorientado. No tenía ni idea de dónde se encontraba ni lo que había ocurrido, pero tenía que resolverlo cuanto antes. Quizás si lograba encadenarse a algún lugar, tal vez morir era la mejor solución. No podía cargar con más peso sobre su conciencia.

—Agua...—sentía la boca acartonada y las apalabras fueron un quejido doloroso que lo dejó sin fuerzas. No obstante, cuando aquel líquido descendió por su garganta volvió a perder la conciencia, presa de la fiebre. Había tenido suerte, tras tres días ya nadie esperaba que volviera a despertar.

—¿Cuánto tiempo vas a tenerlo en casa? Deberías dejarlo al pie del camino. Lo más lejos posible —gruñó el hombre mientras seguía comiendo aquel caldo y se llevaba un trozo de pan a la boca.

—Nosotros no hacemos esas cosas. Míralo, se nota que ha sufrido mucho. —Ella era de buen corazón, en su interior tenía demasiado amor que jamás había podido compartir, pues dios no había querido bendecirla con hijos y su marido la odiaba por ello.

El hombre dejó la cuchara con fuerza y salió dando un portazo. Cada día soportaba menos aquel lugar y prefería gastar lo poco que tenían debajo de las faldas de alguna de las mujeres que había en la taberna. Ellas siempre sonreían y estaban dispuestas, tras doce años ya no recordaba lo que había visto en Laila para hacerla suya, había pasado demasiado tiempo y el rencor había borrado todo lo hermoso que en algún momento creyeron compartir.

Wallace tosió y se llevó la mano a la cabeza. Sus pestañas vibraron hasta

que, con un esfuerzo titánico, consiguió abrirlas y trató de enfocar la mirada. A su alrededor muebles viejos, una casa de una sola estancia y una mujer hermosa, pero con la mirada triste y perdida en la ventana que había a su derecha. Sus labios se plegaban en una sonrisa, pero no era real, no llegaba a tocar sus ojos.

—¿Dónde estoy? —preguntó sintiéndose muy débil.

—Se ha caído del caballo y se ha golpeado la cabeza. —Hizo una breve pausa para continuar. Sabiendo que debía ser sincera, por algún motivo tampoco temía las consecuencias—. Cogimos el dinero de sus alforjas para pagar al doctor y sus gastos.

Wallace no sabía cuánto llevaba y tampoco le preocupaba. Ante su silencio Laila se removió inquieta y el carraspeó nervioso.

—¿Y mi caballo?

—No han logrado encontrarlo, pero podemos conseguir que lo lleven a donde desee. Solo tiene que pedirlo —sugirió ella tratando de aplacar las consecuencias que las malas acciones de su esposo podían acarrearle.

—No hace falta. Buscaré la manera —replicó Wallace apartando la manta y sentándose sobre la cama. Sus piernas temblaron y casi se cayó hacia atrás, pero tras unos minutos se sintió mucho mejor—. ¿Me daría algo de comer? —pidió avergonzado.

—Por supuesto. —Ella corrió y en dos minutos colocó un cuenco de madera a rebosar entre sus dedos—. Espero que pueda perdonarnos.

Él asintió mientras se llevaba la cuchara a los labios y disfrutaba de aquel potaje como si llevase años sin probar bocado. Aún estaba caliente y le quemaba la boca, no obstante, cuando el hambre golpea las entrañas de un hombre los remilgos pasan a un segundo plano.

—Comeré y me iré.

—No es necesario —lo contradijo ella, aunque por el intenso color rojizo que había encendido sus mejillas Wallace supo que mentía—. Debería descansar.

—Estoy cerca de mi destino, quizás sería mejor que nunca llegase.

La miró deseando confesar. Arrancarse del pecho las palabras para ensombrecer el mundo de alguien más, pero encogió los hombros y suspiró de nuevo. Ella comprendió que no iba a soltar prenda y tampoco trató de forzarlo.

—Hay dolores que jamás se superan.

—No me gustaría ponerla en peligro —contestó dando un último bocado y poniéndose en pie. Recogió la capa, que se encontraba a sus pies, y se la echó

sobre los hombros—. Espero que estemos en paz.

Ella tembló imperceptiblemente. Temía que aquel hombre, que claramente era pudiente por la riqueza que translucían sus ropajes, volviera con el alguacil.

—Claro, milord.

—No ha de preocuparse. Con el golpe en la cabeza ni siquiera recuerdo si llevaba dinero. —Ella abrió la boca sorprendida para cerrarla asintiendo con rapidez—. De gracias de que fuera yo quién abriera los ojos. No me habría gustado que otro hubiera compensado sus cuidados rebanándoles el pescuezo.

Lo dijo de tal manera, con una tranquilidad... que a ella le temblaron las piernas y agradeció estar sentada. Lo miró para ver la culpa en su rostro, y una pena que ella podía comprender muy bien.

—Es usted un buen hombre. —Él sonrió con tristeza.

—Soy muchas cosas, aunque ninguna buena. —Se envolvió en la capa como si tratase de entrar en calor y la miró deseando quedarse con ella. Parecía agradable, era la primera vez que mantenía una conversación con alguien sin tener temor, sin servirlo. Incluso creía que era la primera vez en la que alguien lo miraba realmente como a un ser humano. Qué complejo era todo y que sencillo sentirse bien.

Al mirar los ojos castaños de Laila vio belleza. Se preguntó cómo sería tener a alguien tan bueno cada noche en el lecho y besar sus labios antes de dormir. Seguramente una caricia de ella podría apartar todos los fantasmas y sus brazos abrigan un alma helada como la suya. ¿Cómo podía su esposo tratarla de aquella manera? Sonrió porque él no debía haber escuchado a escondidas.

—Es un buen hombre —repitió ella testaruda negándose a temerle. Ella sabía reconocer a las personas y no se equivocaba.

Wallace dio dos pasos y se arrodilló ante ella. Con sus manos sostuvo el rostro de Laila, deseando en todo momento que ella no se percatase de que le faltaban demasiados dedos, y se acercó a sus labios.

—Merece mucho más. —Y depositó un beso con tanta dulzura que a ella le dio un vuelco el corazón. ¡Hacía tanto tiempo que nadie la tocaba de aquella manera! Al principio fue tan delicado que apenas sintió nada, pero él profundizó lo justo para terminar recorriendo el labio inferior de ella con la lengua—. Yo solo traigo dolor. Me alegro de no haberle hecho daño.

Y antes de que ella tuviera ocasión de responder salió por la puerta.

Corrió como alma que lleva el diablo temeroso, no miraba a su alrededor,

no quería recordar aquel lugar. Cerró los ojos y se internó en el bosque, corrió a pesar de que sus fuerzas eran escasas y el dolor que traspasaba su enferma mente atroz.

—Si estuviera yo solo... ¿podría tener una vida tranquila con una buena mujer? —Habría sido feliz con tan poco... pero ya podía sentir al señor Toller luchando, exigiendo el control que le había sido negado. Sabía que podría aguantar, al menos por el momento, aquel leve beso le había dado fuerza suficiente para un par de horas, si tenía suerte el tiempo suficiente para hacer lo que debía y acabar con su vida.

Capítulo 16

¿Cuál es la edad adecuada? Con él a su lado nada más tenía importancia, pero era por él por quién no podía aceptar...

Cristinne se despertó confusa para verse envuelta en unos brazos fuertes, que la mantenían apresada contra un pecho firme y cálido.

No pudo evitar la sonrisa tonta que se quedó colgada de sus labios al mirar a Euen, ni pensar lo guapo que se veía durmiendo, a pesar de que roncaba un poquito. ¡Qué sencillo era olvidar quién era cuando nadie los miraba! Ella deseó estirar los dedos, acariciarlo, decir muchas cosas.

¿Cuál era la edad adecuada para descubrir el amor? ¿Era eso lo que sentía? Desde el mismo instante en que lo había visto sintió que algo despertaba en su interior, aunque lady Cristinne prefería pensar que su presencia simplemente la importunaba. Ciertamente lo buscaba entre la gente y lo deseaba como nunca creyó desear a varón, pero se le pasaría.

Él era todo lo que nunca fue su marido, pero como todos trataba de atarla y controlar sus movimientos. Cristinne estaba demasiado cansada y había aprendido del pasado, jamás dejaría que nadie controlara sus decisiones pues el matrimonio hacía que los disfraces no tuvieran sentido y temía demasiado descubrir lo que escondía Euen.

Era complicado mantenerse al margen cuando cada fibra del ser de la duquesa clamaba por él. Mentirle a la cara negando lo evidente, aunque en aquel caso tenía la excusa perfecta.

—Ya veo que soy irresistible. —¿Cuánto tiempo llevaba despierto? Los ojos negros de Euen brillaban divertidos mientras depositaba un beso en el arco del cuello de la dama que tenía entre sus sábanas—. ¿No vas a saludarme?

—¡Suéltame ahora mismo! —gritó ella tratando de incorporarse, para descubrir que sus piernas estaban entrelazadas de tal manera que parecían haber sido anudadas.

—Si ayer me suplicabas que te atase a mi cama. Eres toda una gatita y una

muy mala, por cierto —comentó divertido destapándola ligeramente para observar sus pechos al desnudo. Sonrió al ver que sus pezones reaccionaban a su escrutinio.

—Estaba drogada.

—¿Esa es tu excusa?

—¡Es cierto! Si estuviera lúcida jamás habría dejado que alguien como tú me tocara —susurró ella histérica, en su intento por huir no se dio cuenta del daño que había logrado causar al hombre que la dejó marchar.

—Mientes.

—¿Eso crees? —Aunque se sintió decepcionada al ver que no trataba de retenerla mientras se volvía a vestir—. Jamás estarías a mi altura.

—Cierto, prefieres que te golpeen hasta aburrirse. Si es con dinero, el cinturón gusta mucho más. ¿Es eso? —Euen se levantó desnudo y, sin vergüenza, se acercó a ella por la espalda—. ¿Te sentirías mejor si te tratase como él?

—Si me tocas...

—¿Qué? No he hecho más que cuidarte, acariciarte...

—¿Follarme? ¿Crees que no sé cómo son los de tu clase? —inquirió ella dañina —Puedes estar tranquilo, yo soy viuda y nadie espera pureza. Me gustaría poder decir que ha sido divertido, aunque tampoco recuerdo nada. —Chasqueó la lengua molesta—. ¿Hicimos algo?

—¡Hicimos todo lo que tú me pediste! Como siempre te lo di todo para...

—¿Tan malo ha sido estar entre mis piernas? —Ella puso un puchero para girarse en camiseta y en calzones.

El hombre que tenía ante ella era alto, fuerte, gallardo y decidido. ¿Por qué se había empeñado en estar con ella? ¿Acaso era un suicida? Su empeño le haría perder la vida y ella era lo último que deseaba.

—Empiezo a arrepentirme. —Él lo dijo sin pensar y ella asintió como si fuera lo que esperaba, cuando por dentro se retorcía.

—Eso está bien. —Él la atrapó contra su cuerpo y la sostuvo impidiendo que se alejase.

—No voy a dejar que juegues conmigo.

—¿Jugar?

—Me comías con los ojos. Jadeaste solo porque te rocé. Sé cuándo una mujer se muere por compartir mi cama y jamás una estuvo tan dispuesta. Eres mía —concluyó orgulloso.

—Así también pensaba mi difunto esposo —comentó con indiferencia—.

Es por eso por lo que jamás estaría contigo. Prefiero morir.

Él bajó su cabeza hacia ella y besó su boca. Cuando ella los entreabrió, presa de la necesidad por sentir su lengua, él mordió su labio inferior con malicia y se retiró con una sonrisa.

—Serás mía —espetó antes de lanzarle el vestido a la cara, agarrarla de un brazo y sacarla de la habitación.

Ella estaba furiosa y avergonzada, pero no era ni el momento ni el lugar. Prometió venganza mientras, a toda prisa, terminaba de vestirse y dejaba aquel antro, en el que jamás creyó que algún día llegase a entrar.

Capítulo 17

Ámame y seré capaz de asesinarte sin arma alguna.

Susanne y Derian eran como dos huracanes a punto de chocar. El mundo temblaba cuando se acercaban y, aunque cuando sus miradas se cruzaban salía fuego, las palabras eran más hirientes que el mismo acero.

Llevaba dos días de camino y el cansancio había empeorado el carácter de ambos. Ella se empeñaba en dormir con Aki al que, con el calor que su madre debió darle, envolvía cada noche entre sus brazos para quedarse dormida con él aferrado a su pecho.

Parecía que ella quería consolarle a él, sin embargo, lo cierto era que aquel diminuto cuerpo le daba una tranquilidad que nunca antes había sentido. Por primera vez se sentía unida a alguien, se preocupaba por él y veía que era recíproco.

Aquel pequeño se había convertido en su sombra y se tomaba su trabajo en serio. Miraba a Derian con desconfianza y se colocaba entre ambos siempre que trataba de acercarse, en varias ocasiones el marqués había querido golpear al niño por su insolencia, pero se contenía incapaz de dañar a alguien que hiciera feliz a Susanne.

Tanto tiempo sin poder tocarla, siempre demasiado cerca y al mismo tiempo lejana. Mientras veía que depositaba en aquel muerto de hambre todo lo que él anhelaba, jamás le había sido negado nada y estaba que se subía por las paredes.

—No tardaremos en llegar —comentó sin ganas. Un día antes habían estado en el cementerio y le habían pagado a un aldeano, dos buenas monedas de oro, por desenterrar una caja vacía. Ahora estaba más convencido que nunca de que aquella vieja había tratado de jugársela, pero necesitaba conocer el motivo antes de estrujar su ajado cuello entre sus dedos.

—Estás dando palos de ciego —replicó ella agotada de tanto viaje. ¿A qué estaban jugando? —¿Por qué no te das por vencido?

—¿Te sientes a salvo? Creo que tienes la lengua demasiado afilada y

siempre puedo cortártela. —La amenazó él, pero ella sonrió con descaro.

—Puedes intentarlo —replicó mientras entrelazaba los dedos con los de Aki—, pero él me vengaría, ¿verdad cariño? —Odiaba que le hablase de aquella manera. No soportaba que con aquel niño mostrase tanto afecto cuando a él no le permitía ni un beso.

—Merecería la pena si te pongo en tu lugar.

—¿Y cuál es ese, mi señor?

—¡En mi cama! Eres una deslenguada y debí enseñarte cuál es tu sitio desde el primer momento.

—Lleva muy mal no poder fornicar como un animal. Debió haber aceptado las proposiciones de la tabernera. Aunque... con aquellos pechos podía haberlo asfixiado...—Derian sonrió al notar que estaba celosa y respiró más tranquilo.

—Quizás lo haga. Algunas mujeres encuentran placenteras mis caricias. —Se detuvo y miró la ventana. Dio dos golpes sobre el techo del carruaje para pedir que se detuviera y comentó en un susurro—. Creo que nos observan. —Aki abrió la portezuela y descendió al momento a inspeccionar.

Ella se removió nerviosa, pero solo necesitó mirar la sonrisa de orgullo del marqués para ver que aquello solo era una de sus trampas más. Jugaba con ellos a su antojo como si no fueran más que los muñequitos nuevos que había adquirido.

—Me das asco —rugió ella.

—¿Decías? —Él no se dio por aludido mientras la cogía con fuerza por la cintura y la obligaba a sentarse sobre sus rodillas. Sabía que Aki aún tardaría media hora en revisar toda la zona hasta quedarse tranquilo, al fin y al cabo, había sido él quien lo había entrenado—. ¿Vas a empezar a portarte bien?

—No me toques —dijo Susanne sin aliento al sentir aquellas manos masculinas ascendiendo por su cintura hasta apretar sus pechos con fuerza. El marqués gruñó deseando mucho más que un leve toqueo sobre la ropa de la mujer.

—Vas a hacer lo que te diga. Ya he soportado demasiado tiempo los caprichos de una criada para toda una vida.

—No lo haré.

—Oh... sí lo harás. —Sus manos apretaron todavía más los pequeños pechos de Susanne hasta hacerla soltar un gritito.

—No...—Siguió negándose en un susurro, conteniendo el aliento.

—Sí lo harás porque si no mataré al niño. —Ella sintió que perdía todo el

color.

—No serías capaz...

—¿Tú crees? —Su indiferencia paralizó el corazón de Susanne. La duda se instaló en sus dorados ojos y él se odió a si mismo al ver el dolor que había provocado en la joven, pero su orgullo le impidió desdecirse.

Era duro comprender que el hombre al que deseaba fuera capaz de algo parecido, aunque no sabía por qué se sorprendía. Se sentía estúpida al pensar que, incluso en aquellas circunstancias, se sentía en una nube al sentir los brazos de aquel cobarde envolviéndola y reteniéndola contra él. Vergonzoso comprender la poca autoestima que se tenía cuando, a pesar de estar amenazando a su pequeño, al niño que ella había decidido proteger, seguía anhelando un beso.

—Es un niño.

—Y un asesino. No deberías olvidarlo. —La mano del marqués voló a los rizos castaños de la joven para cogerla con fuerza—. O empiezas a hacer todo lo que te pida o lo encontrarás destripado. ¿Es eso lo que quieres?

Ella tembló comprendiendo que con aquellas simples palabras había conseguido vencerla. ¿Lo deseaba? Con todo su ser, pero sabía que si en algún momento le ponía un dedo encima sin que ella se lo pidiera jamás podría perdonárselo, aunque... ¿Podría perdonarle aquellas crueles amenazas?

—Tú no eres así. —Derian sintió el impulso de consolarla, explicarle que su rechazo lo hería y que no dejaba de pensar en ella. No obstante, había sido educado para mirarla como a un animal, obviar sus sentimientos y el hecho de reconocer algo parecido ante ella era peor que revolcarse en el fango.

—No me pongas a prueba. —Sus palabras, frías como el hielo, la hicieron temblar. Derian era consciente de que no existía otra forma de conseguir de ella lo que tanto deseaba, pasando de un plumazo sobre lo que ella podía sentir u opinar. Estaba cansado de devanarse los sesos intentando encontrar la forma de llevarla por las buenas, ¿por qué un lord como él debía arrastrarse por conseguir algo que a todas leguas se veía que ella también deseaba?

Cuando Aki volvió diciendo que no ocurría nada ella volvía a estar sentada contra la ventana. Sus ojos dorados miraban a través del cristal al tiempo que los árboles se quedaban atrás. El marqués trató de iniciar una conversación y el niño agarró sus manos heladas preocupado, pero ella parecía ausente.

Cuando llegaron al castillo, el único hogar de lady Linnete, creyó que se sentiría mejor. Derian llevaba planeando durante más de un día cómo lo haría y lo que conseguiría. Todo había salido a la perfección, sin embargo, al

mirarla no se sentía como debería.

Ella se levantó en silencio y cogió su mano, cuando se la ofreció, para descender del carruaje. Estiró la espalda mientras dejaba que la llevase del brazo y sonrió con ternura al ver que Aki estaba a su lado. Se movía con cuidado, delicadeza y Derian extrañó aquel brillo que escondían sus ojos. Era como si la guerrera que Susanne poseía en su interior hubiera muerto.

—Deja de poner esa cara antes de que te dé un buen escarmiento —susurró contra su oreja molesto mientras el mayordomo los miraba de arriba abajo.

—Lady Linnete los atenderá enseguida. Si me siguen —dijo el hombre tras abrirles la puerta y dejarlos pasar. Los ojos de aquel estirado se posaron en Aki, pero no dijo nada al ver que también los seguía.

—Y yo que creí que debía a darle mis condolencias...—comentó Derian disgustado.

—¿A mí? —preguntó Linnete desde las escaleras con voz orgullosa y fuerte, dejándolos a todos sorprendidos. No la esperaban y menos envuelta en un vestido rojo que apenas tapaba sus pezones.

La anciana los miró uno por uno. No dijo nada, aunque sonrió como si le hiciera gracia. Descendió mientras con la mano acariciaba la barandilla, consciente de que todas las miradas se centraban en ella.

—Llevamos mucho tiempo buscándola —comentó el marqués sin darle gran importancia, dejando caer su acusación vedada.

—Eso dicen. Creí que sería mejor en su trabajo —respondió ella con una sonrisa orgullosa. Derian apretó los dientes ante el insulto y sonrió amenazante.

—No me esperaba algo así de alguien de su edad.

—Joven, ese ha sido un golpe muy bajo. —Ella llegó hasta sus invitados y sonrió a Susanne. Le tendió la mano y besó sus mejillas con cuidado. La joven bajó los ojos avergonzada, sin tener muy claro qué era lo que esperaban de ella—. Me han hablado mucho de ti. —La mano derecha de Linnete alzó el mentón de Susanne para poder inspeccionar sus rasgos mejor—. Eres hermosa.

—Gracias, señora —respondió Susanne como se esperaba de ella. No se atrevía a mirar a aquella gran dama a los ojos.

—Alza esos preciosos luceros dorados con orgullo, creí que habrías aprendido algo de tu señora y tendrías más de carácter.

—¿Cómo? —Susanne sonrió con cariño al recordar a lady Henrietta.

Derian estaba incómodo, quería respuestas. Paseó su peso de un pie al otro

con cuidado y sonrió impaciente. Agarró el antebrazo de Susanne y Aki se removió acercándose al marqués.

—Querido, se os ve cansados. ¿Por qué no me acompañáis mientras acondicionan vuestras habitaciones?

Se dirigieron al gran salón, decorado en tonos pastel y muebles tapizados por auténticos artistas en un precioso color burdeos. Las paredes estaban recubiertas de papel pintado que recreaba flores de decenas de colores, creando una enredadera que ascendía rumbo al techo. Se sentaron sobre los sofás mientras el mayordomo le daba una copa a cada uno de ellos, menos al niño.

Susanne siempre se sorprendía al ver el contraste que podía existir entre un hogar y otro. Ella había estado en ambos lados y jamás comprendería a los nobles. La primera vez que durmió en la cama de lady Cristinne creyó que estaba yaciendo sobre las nubes.

Sentada, acarició sin pensar la tapicería del sofá mientras se mordía el labio. Su madre había muerto en un lugar como aquel, al menos eso creía recordar. Su rostro acudía a ella en medio de terribles pesadillas, pero algo en su interior le decía que era real, lo había sido.

Era duro no poder asegurarlo. En su mente había un gran vacío antes de los once años y, aunque en su interior sentía que todo había sido real, jamás podría estar segura. Quizás solo se aferraba a aquella imagen por tener una.

—¿Se encuentra bien? —Susanne parpadeó al ver que Linette se dirigía a ella y asintió varias veces. Su pelo apenas era sostenido ya por las horquillas y cayó en torno a su rostro.

—El pasado —contestó enigmática.

—Comprendo. —La respuesta de la anciana la sorprendió. Quizás porque sintió que se comprendían y eso era algo que rara vez ocurría—. ¿Y bien? ¿Van a decirme por qué me buscaban?

—Siempre tan directa. —Derian vació de un trago la copa y la dejó sobre la mesita del centro. Sus ojos azules se volvieron fríos y su semblante perdió toda emoción—. ¿No estaba usted muerta?

—Ya saben. Habladurías —negó Linette.

—Cierto, aunque ahora no sé qué me gustaría más. —La anciana bufó por el insulto. Tentada estuvo a levantarse y apuñalarlo ella misma.

—¿Ha venido para morir, marqués?

—No me gusta que me manipulen, señora. —Ella se removió y Susanne se percató de que estaba inquieta—. ¿De verdad creía que no iba a enterarme?

—No sé a qué se refiere. —Él no la creyó ni por un segundo.

—Puede ser, pero sabe que no me gusta correr riesgos. ¿Por qué debería perdonar su afrenta? Creo que conoce mis métodos de eliminar problemas. — Ella se tensó imperceptiblemente mientras Susanne los miraba sin comprender nada. Aki, tan silencioso como siempre, llegó hasta su señora y le sostuvo la mano para que no hiciera ninguna tontería.

—¿Acaso no le gustó mi regalo? Ahora controla el ducado y tiene unos terrenos ricos que podrá explotar a su beneficio.

—Y ha dejado caer sobre mi nombre la sospecha de la muerte del doctor. ¿De verdad cree que soy tan estúpido para no averiguar quién había lanzado el rumor? —preguntó apretando la copa que le habían tendido segundos antes haciéndola añicos. Derian no hizo gesto alguno que demostrase que le había dolido, pero varios cristales se habían clavado en su mano haciéndolo sangrar profusamente.

—Ha de comprender que necesitábamos que el caso se cerrara de manera adecuada para todos. ¿Qué mejor que un caballero para dar caza a un asesino?

—¡Sabe que ha vuelto los ojos de todos los nobles hacia mí y eso es muy peligroso! Está jugando demasiado fuerte y puede estallarle todo en la cara. — Derian abrió las manos mientras gruñía y se arrancaba los cristales, dejándolos caer sobre la tupida alfombra que ahora poseía una gran mancha rojiza. Por la mente de Susanne pasó la estúpida idea de que ya no serían capaz de borrar el rastro de lo ocurrido y que era una pena, porque aquella hermosa creación que tenían bajo los pies era muy hermosa. La joven miró la mano del marqués y sintió tristeza por dentro, no le gustaba verlo sufrir y sabía, aunque él parecía ser un témpano de hielo, que por dentro había todo un vendaval. Tentada estuvo a tenderle la mano, a demostrar que lo apoyaba, pero entonces recordó la dura amenaza del duque. Como todos antes que él buscaba usarla, y sonrió deseando que le estallase otra copa en la mano que todavía tenía sana.

—La reina no se detendría hasta tener un nombre. No podía decirle que era yo —se excusó la anciana, mintiendo de nuevo—. Además, no ha tenido consecuencia alguna. Como mucho solo ha tenido que asistir a un par más de fiestas y seguro que ha encontrado damas que han hecho la velada más agradable.

Susanne se tensó y Derian se giró para mirarla alzando una ceja. La joven vio la pregunta en aquellos ojos azules que la volvían loca y desvió los ojos. Linette se aclaró la voz, lo suficientemente alto para que todos se volvieran a

mirarla.

—Debería matarla con mis propias manos. —Hace tan solo unas semanas lo habría hecho, no obstante, no quería que Susanne viera ese lado de él. No deseaba que aquella joven dulce y cariñosa le temiera todavía más de lo que ya lo hacía.

—Por lo que veo no lo hará y el asunto está cerrado. —Linnete se levantó de un salto. Demostrando que a pesar de los años su cuerpo seguía siendo ágil—. Deberían prepararse. Los invitados llegarán enseguida.

—¿Invitados? —preguntaron ambos a la vez. La anciana se rio con ganas.

—Esto va a ser interesante —dijo, más para sí misma que para los jóvenes, que la miraban con los ceños fruncidos—. He decidido regresar a la vida por todo lo alto. Como bien dices no hice las formas como correspondía a una dama de mi nivel. Además, no quiero que haya malentendidos.

—Demasiado tarde. —Linette hizo caso omiso del refunfuño del marqués y se giró para marcharse.

—Dejaré ropa para todos en vuestras habitaciones. —Miró a Aki y entrecerró los ojos—. Lo solucionaré a tiempo. —Cuando Derian ya creía que la bruja saldría de la habitación esta se giró sonriente—. Además, necesito que Susanne me ayude a solventar un pequeño inconveniente.

—¡Ni hablar! —gritó el marqués saltando del sofá para acercarse en dos inmensas zancadas a la anciana.

—¿No? Pensé que ahora trabajaba para nosotros.

—Para mí —concretó él, ante la cara de asombro de Susanne—. No voy a dejar que la metas en tus sucias maquinaciones.

—¿No cree que ella puede tomar sus propias decisiones?

—No.

—Derian...—amenazó Susanne en un susurro avergonzada. Derian se giró para mirarla fijamente a los ojos y después a Aki. La joven siguió su mirada para morderse la lengua y bajar la cabeza con rapidez.

—Eso pensaba —remató él con una sonrisa de orgullo. Linnete comprendió que algo ocurría y no tenía pensado dejarlo correr. En su hogar ningún varón se imponía con métodos desleales y estaba convencida de que ese había sido el caso.

—Les veré en la fiesta.

—No voy a olvidar sus artimañas y va a compensarme —dijo el marqués apretando los labios y mirándose los dedos, que empezaban a quemarle.

—Lo suponía marqués —comentó Linette indiferente mientras comenzaba a

subir los escalones, rumbo al segundo piso, con mucho menos brío y la mente trabajando a todo trapo. —Marqués, —Lo llamó desde el centro de la escalera.

—¿Sí?

—Al final siempre gano yo. No lo olvide.

Capítulo 18

Incluso en la cima no estarás seguro. Todos ansiarán lo que tienes, pocos estarán ahí por quién eres, nadie comprenderá por qué sufres.

El palacio real. Un lugar inmenso, lleno de personas que conspiraban y jugaban con el futuro de los que no tenían opción de opinar. Los hilos creaban un tapiz complejo, la mayoría de aquellos nobles tenían intereses ocultos, la amistad no era la que los unía, pero sonreían durante horas y soportaban conversar con personas que no aguantaban.

Miró la habitación que le habían otorgado y lanzó la chaqueta contra la cama. Una doncella entró con el rostro bajo, mirando en todo momento la puntera de sus zapatos. Emerick sonrió cansado y se quitó la camisa el mismo.

—¿Desea bañarse? —Emerick miró a aquella muchacha y, tomándola por el mentón, la obligó a alzar el rostro. Tenía el labio ligeramente hinchado y temblaba como una hoja.

—¿Cuántos años tienes, muchacha?

—Diecinueve. —Ante sus palabras Emerick asintió. Él tampoco tenía un título, no había nacido en una casa con recursos y muchos se aprovecharon de él mientras no tuvo la fuerza suficiente para poder defenderse. Daba igual el país, siempre había personas que trataba de imponerse ante otros y ella era demasiado joven e ingenua.

—¿Quién te ha golpeado?

—Nadie, señor. —Él sonrió ante la evidente mentira. Tenía redaños, pensó cuando elevó los ojos.

—¿Y el labio? ¿Un beso? —Ella se sonrojó y Emerick empezó a reír.

—No, yo...—Se estrujó las manos en el delantal y sus ojos lo atravesaron. En aquellas pupilas negras había fuerza, valentía y mucho orgullo. Debía ser complicado para ella tener que someterse, moriría joven.

—¿Tienes miedo? Comprendería que trataras de proteger a tu...

—No lo protejo a él, me protejo a mí. —Lo miró con los ojos centelleantes—. Huiré. —Aseguró haciéndolo reír.

—¿En serio?

—Lo haré. Mi madre me ordenó que los sirviera como si fuera el mejor de los regalos. Toda una vida educándome para soportar humillaciones y ser sumisa. —Emerick la vio cerrar las manos con fuerza.

—¿A mí no me temes?

—No. —La seguridad en su voz lo confundió.

—En unas horas nos iremos. Podemos sacarte del castillo, pero habrás de huir lejos de mí.

—¿Por qué? —El no supo contestar, pero no le gustaba la compañía de nadie, ya no. Ella era fuerte, sabría sobrevivir.

—Ahora debo cambiarme.

—¿No quiere ayuda? —preguntó ella con descaro mirando su torso desnudo. Él se quedó sin aire sorprendido.

—No —repuso tajante, cogiéndola del brazo y arrastrándola fuera de la habitación. Tocar su piel lo puso muy nervioso—. En dos horas en el pasillo norte. Si no apareces...—dejó la amenaza en el aire y cerró con fuerza.

Tras cambiarse, cuando entró en la sala del trono, miró a la reina a los ojos sin llegar a inclinarse. Él no la respetaba, la soportaba. Solo había accedido a ayudarla por su suegro, pero había dejado clara su postura en todo momento. Ninguno de los dos se soportaba.

—Buenas noches, me alegra tenerlo entre nosotros. Estábamos por comenzar. —Aquel lugar, que generalmente estaba lleno de cotillas, se encontraba desierto. La reina, sentada toda tiesa sobre el trono, lo recorrió de arriba abajo. Su mano acariciaba su vientre con ternura, protegiéndolo inconscientemente, y la envidió con rabia—. Su suegro me ha contado su malestar con la situación y he accedido a darle a usted el privilegio. —Emerick asintió al girarse y ver el rostro de aquella mujer. Sacó una pequeña daga y la colocó bajo su oreja.

—Es demasiado mayor para estos ardides. Supongo que hoy deberá decirle adiós a sus esperanzas y sueños, la han descubierto. Lo único que deberá decidir es si protegerá a los que dependen de usted o los arrastrará a todos en su caída. —Miró a aquella dama de cerca y recorrió sus rasgos. No siempre los que hacían cosas malas tenían malas intenciones o eran malas personas. Todos tenían un motivo, solo debía encontrarlo—. Tiene un hijo, ¿me equivoco?

—Jamás podréis llegar hasta él —contestó ella altiva—. Él volverá y hará que todos paguéis por vuestros pecados. —Había dolor, odio y auténtica

locura en sus palabras. Ella no les diría nada, pensó Emerick con pesar.

—¿Por qué lo hace? —preguntó a pesar de todo, mirando de reojo a la reina Victoria que no se perdía ninguna palabra. Emerick sospechó que ya conocía los motivos, estaba demasiado silenciosa y era algo raro en ella. Ya se conocían demasiado, para disgusto del hombre.

—Ella mató a mi hija. —Emerick alzó los ojos y atravesó el pecho de la reina. Con tristeza bajó la daga y asintió.

—Lo lamento.

—¡NO! ¡Deje de mirarme con esos ojos! Les odio a todos por permitirlo, pero acabaré con ella, aunque sea lo último que haga. —aseguró mortalmente pálida. Comenzaba a sudar profusamente y sus manos temblaban. El conde dio dos pasos, tocándole la frente y se volvió hacia la reina.

—Ha tomado veneno. No le queda mucho. —Ante el gesto de la reina, Emerick volvió al ataque.

—Señora, no permita que su hijo muera también. Su deber es protegerlo. —Intentó hacerla entrar en razón, sin embargo, la admiraba. Él también habría hecho lo que fuera necesario para vengar la muerte de quienes amaba. El rostro de su mujer e hija le hicieron tocarse el pecho, sintiendo que todavía se le desgarraba al recordar. ¡Qué lejos quedaban los momentos hermosos! Aquellos días en los que creía que jamás podría pasar nada malo porque las tenía a ellas. Era la felicidad más absoluta, un pedacito de cielo que lo dejó devastado. Supo, al mirar a aquella mujer, que nada de lo que pudiera hacerle sería peor que lo que ya estaba sufriendo.

—Mi hijo la vengará. Vendrá a por la reina Victoria, —Escupió a sus pies y sonrió, con los ojos cada vez más cristalinos—. ¿cómo pudo? Apenas era una niña y la desposó con un, con un...—Se removió al costarle encontrar la palabra. Los ojos se le cerraban con rapidez—. La mató, la mató la noche de bodas. Usted había oído los rumores y a pesar de todo me obligó a darle a mi niña por mi deber para con usted. —Se alzó como una señora. Su vestido estaba raído, sus manos atadas y el que había sido un precioso recogido caía ahora desecho sobre sus hombros, pero había una elegancia innata en ella que nadie podría arrebatarse. Miró a la reina concentrándose, riéndose a las puertas de la muerte deseando que pronto la visitara—. ¿Sabe, majestad? —La reina negó como si estuviera en trance—. Usted nos obliga a servirla por encima de nuestra familia, pero a mis hijos los llevé en mis entrañas, sangré por ellos y luché por ellos. Usted no es nada para mí al lado de mis hijos. —Se tocó el pecho y se sintió débil—. Cuando el aire se calme llegarán y usted

no podrá hacer nada. Estará muerta —predijo haciendo que la reina se removiera inquieta. Por un segundo pensó que estaba ante una bruja y su destino condenado, pronto desechó esa idea dándola por ridícula.

—¿Un barco? —inquirió el conde cortándola.

Nadie dijo nada mientras aquella lady se desplomaba, cayendo de cara sobre el suelo, muerta mucho antes de tocarlo.

Emerick salió de aquella sala sintiendo que algo quemaba su pecho, se alejó necesitando que el frío aliento del exterior lo calmase.

Al llegar al pasillo norte, donde había quedado con la doncella, se alegró de verla allí. La agarró con fuerza por el brazo y la arrastró tras él. Cubriéndola con su capa la metió dentro del carruaje y cerró la puerta.

—¿A dónde vamos?

—Tú serás libre —respondió sin contestarle realmente. Emerick estaba lejos, aunque trataría de ayudar a alguien. Cintia así lo habría querido.

—Quiero quedarme con usted.

—¡No! —gritó poseído —Jamás tendré otra mujer cerca. La amaba a ella, solo a ella. —Le tiró una bolsa de oro sobre las piernas y, dando unos golpecitos sobre el techo, pidió al cochero que se detuvieran. Ya estaban lo suficientemente alejados para que ella pudiera irse, entonces se preguntó por qué la habían retenido como doncella, pero la vio bajar y sonrió cansado. ¿Qué más le daba? Ella no era nadie.

—Muchas gracias, señor. —La joven se inclinó y lo miró con rabia.

—Lárgate. No soporto a los ingleses y si sigo mirándote no podré contenerme —exclamó para asustarla, aunque en realidad por su mente pasaba una sola idea. Era una joven realmente hermosa y valiente.

Aquel día la reina decidió enviar a alguien a conseguir información, debía ser lo suficientemente inteligente y valiente. Al mismo tiempo prescindible, pues ya tenía a suficientes enemigos a su alrededor. A su mente acudió el nombre perfecto. Tendría que hacer unas cuantas gestiones para obtener más información, pero había salido indemne de situaciones peores y aquella ocasión no iba a ser diferente.

Capítulo 19

Y fue por amor propio, por respeto hacia sí misma, que tuvo que hacerlo.

Un mayordomo, con bastante mala pinta, se acercó al marqués y le tendió una toalla, antes de sugerirle que lo siguiera para que pudiera curarle la mano. Derian se giró hacia Susanne, pero al ver que no lo miraba se retiró molesto.

Cuando se vieron solos, rodeados de cortinas de seda y pinturas de duques y condes, Susanne se sintió perdida, aquel no era su sitio, aunque ya no sabía cuál era realmente. Antes por lo menos era una doncella, pero ahora ya nadie la contrataría y tampoco creía valer para ser una espía.

—¿Se encuentra bien? —susurró Aki abrazándola con fuerza.

—Sí, solo estoy perdida.

—Yo la protegeré.

—¿Y si no tomo las decisiones correctas? No quiero que te ocurra nada. Eres lo único que tengo hermoso. —Susanne jadeó al sentir un nudo en su garganta y tragó con fuerza. Agarró las diminutas manos de Aki y juntó sus frentes—. Tengo miedo.

Aki tiró de su mano con fuerza. Susanne se levantó decidida.

—¿A dónde nos dirigimos, señora? —inquirió Aki.

Caminaron escaleras arriba sin hacer ruido y, por primera vez, se sintió dueña de su destino. Su mano izquierda acarició la barandilla mientras tenía a Aki aferrado con la otra. Pasaron por dos habitaciones antes de encontrar lo que buscaba.

—¿Me esperarás aquí?

—Desde aquí no podré protegerla si tratan de hacerle daño. Permítame entrar —suplicó el pequeño. Ella le revolvió el pelo con cariño y sonrió al ver su cara de enfado.

—Si te necesito gritaré, pero debo hacerlo sola. ¿Lo comprendes? —Él asintió con solemnidad.

Se cruzó de brazos y se apoyó en la pared con las piernas separadas

mientras ella abría y entraba sin pedir permiso, algo impensable poco tiempo atrás.

—La estaba esperando. —La voz de Linette la sobresaltó al darse cuenta de que estaba al lado de la puerta con un cuchillo entre los dedos. Sus ojos azules brillaron y Susanne supo que si se sintiera amenazada no dudaría en usarlo. Aquella anciana seguía siendo peligrosa.

—¿Cómo estaba tan segura de que aparecería?

—Sé reconocer a las luchadoras. No vas a rendirte y eso hará que se enamore de ti. No es un mal chico.

—No sé a qué se refiere.

—Soy vieja, pero no tonta. He visto cómo os mirabais. —Susanne se apartó y caminó hasta la cama.

—¿Puedo sentarme?

—Por supuesto, ponte cómoda. —Tras tomar asiento la joven revisó la estancia. Se fijó en los lujosos muebles de estilo francés. En el hermoso tocador de la esquina y en el espejo de cuerpo entero que le devolvía su reflejo asombrado. Aquel lugar era digno de una reina—. Hablemos con confianza querida.

—Por supuesto.

—Tenía pensado obligar a Derian a seducirla, pero tú eres mucho mejor — comentó la anciana con una sonrisa ante la cara de incredulidad de Susanne.

—¿Obligarlo?

—Querida, tienes mucho que aprender. Todos tenemos secretos y él desea guardar los suyos a buen recaudo. Gracias a eso sigo en pie. Deberás aprender a usar la información porque no hay arma más efectiva. Hasta la reina hará lo que desees si sabes usar las palabras correctas.

—¿La reina? —Los ojos color miel de Susanne se abrieron asombrados, jadeando de la impresión. No podía creer que alguien tan importante se doblegase ante nada, ¿qué habría de temer ella?

—Sorprendente, pero cierto. Yo también tardé mucho en acostumbrarme, desde abajo todos se ven invencibles. No lo son y nosotras hemos de ser mucho más inteligentes, sobre todo si ansias a un noble.

—Yo no ansío a nadie —refutó la joven molesta por las insinuaciones de la lady. Ciertamente que aquel hombre la provocaba, pero jamás podría confiar en él y eso ya lo descartaba en el acto.

—Pero si lo hicieras querrías protegerlo. Además, no creo que te gustase la misión que tenía pensado para él. ¿No quieres saber cuál?

—No debería.

—Pero lo deseas. —Agarró su mano con ternura y le dio un ligero apretón—. El amor nos lleva a hacer tonterías y jugarnos la vida sin motivo, has de descubrir si él merece la pena. Tiene un pasado y eso puede condenaros mucho antes de haber empezado.

—¿Un pasado?

—Veo que no te es indiferente. —Susanne se levantó molesta y la enfrentó furiosa.

—¡Es un malnacido! —Se volvió mirándola a los ojos—. Los que son como usted nos tratan como basura, ¿no es eso lo que pretende ahora? Me va a usar y una vez ya no le sirva de nada me desechará como al resto. ¿También se deshará de mí para no dejar testigos?

—Muy inteligente, desde luego. —La joven sintió un escalofrío recorriéndola y se separó un par de pasos.

—Entonces supongo que debería pedir un secreto a cambio. —Linette la sorprendió con una carcajada estruendosa y poco femenina. Se limpió las lágrimas con la manga de la bata gris perla que llevaba y la miró.

—Aprendes rápido.

—Quiero seguir con vida.

—Y protegerlo a él —contrató la anciana.

—Él puede hacerlo solo y yo no le importo. Me lo ha dejado claro. Lo único que le molesta es que me desea y le estoy poniendo las cosas difíciles. Un señorito como él no lo soporta. Creo que nunca en su vida había oído a alguien rechazándolo y su orgullo está herido.

—Sin embargo, no quería que yo te pusiera en peligro.

—No se preocupa por mí, solo teme perder su nuevo juguete. Lo haré, pero no por lo que cree. Señora, a mí no podrá manipularme —aseguró Susanne mientras se levantaba y, agarrando la mano de la anciana, le robaba el cuchillo con soltura—. Nunca he enseñado todas mis cartas.

—Me sorprende.

—Él me ve como alguien desvalido y la criada. Usted piensa en mí como una mujer enamorada. Ambos están errados. Soy una superviviente —dijo con orgullo sintiendo que cada uno de los golpes que había recibido la habían hecho de piedra.

—Así me gusta, querida. Las mujeres debemos ser el doble de fuertes para poder ser felices.

—No busco la felicidad sino la libertad.

—¿Entonces por qué sigues aquí? —Susanne no supo que responder. Una voz en su cabeza repetía el nombre de Derian, tal vez porque incluso cuando él creía estar forzando su resistencia ella disfrutaba de los escasos roces y besos. Tal vez porque cuando la miraba se sentía mucho más viva que nunca antes. Lo mejor era alejarse.

—Dinero.

—Pero prefieres un secreto.

—Exacto.

—¿Y volverás? —La anciana sonrió sin llegar a creerla del todo. Antes de que la joven contestase prosiguió con descaro—. Crees que los que nacen privilegiados no sufren y él jamás te lo dirá, pero no se ganó su fama saliendo de fiesta. Ha matado a muchos, pero el primero siempre es el peor.

—¿El primero?

—Querida, no me corresponde a mí contarle lo ocurrido hace tantos años ya. Si lo hubiera conocido en aquel entonces no lo habría reconocido, era un muchacho muy tierno y atento. Es increíble lo que una traición y la muerte puede ocasionar. Quizás deberías luchar por él.

—Es un noble, yo jamás...

—Pero no has tenido problema en meterte en su cama —aseguró Linette con sorna. Las mejillas de Susanne se tiñeron con rapidez e hizo una mueca graciosa con la boca al verse descubierta.

—¿Cómo lo sabía?

—No lo sabía. Querida, si deseas sobrevivir deberás ser más inteligente que tu adversario. Bueno, información... ¿Un secreto mío o de tu amante? —Susanne se mordió el labio y la dama empezó a carcajearse de nuevo. Susanne bufó frustrada—. Empezaré con Derian, un nombre hermoso, ¿no cree? Siempre puede detenerme y le contaré algo mío, pero si no lo hace entenderé que he tomado la decisión adecuada. —La joven asintió en silencio sin lograr reunir las palabras para detenerla. Quería saberlo, necesitaba comprender al hombre que la estaba torturando. La sola posibilidad de poder llegar a él, de poder tener algo real a su lado... pero ella no podía seguir siendo la tonta que cedía ante sus deseos o se vería con un embarazo y sin recursos para mantener a su hijo. No iba a ser el juguete de un noble, por muy apuesto que él fuera—. Pregúntale por la fiesta de su decimoctavo cumpleaños.

—No es suficiente.

—¿De verdad? Era más de lo que tenía al entrar.

—Cierto, pero si he de jugarme la vida será por mucho más que eso.

—Entiendo. Está bien —claudicó como si fuera un gran esfuerzo cuando interiormente estaba disfrutando como hacía mucho tiempo. Aún recordaba aquella noche a la perfección, el rostro de Derian ensangrentado y sus ojos... aquel día el muchacho que había sido murió y se quedó vacío por dentro. Otros se habrían dado al alcohol, él se convirtió en el peor de los asesinos, aunque siempre por un buen motivo—. No puedo darte todos los motivos, eso tendrá que explicártelo él. Sé lo que se rumoreaba. —Linette sonrió sin percatarse, a causa de aquella mentira que salía por sus labios con toda naturalidad—. Derian siempre fue el primogénito, pero tuvo un hermano. Durante años fueron inseparables, pero el joven se fue haciendo amigos de reputación dudosa hasta que no podía hacer frente a las deudas con su asignación. Cada día que pasaba los rumores sobre el joven, hijo del marqués de Ailsa, crecían hasta que ya nadie podía acallar las malas lenguas, pero Derian jamás lo creyó. Para él su hermano era inocente y lo protegería hasta la muerte —explicó cerrando los ojos—. ¿Sabe lo que hizo su hermano cuando a los que le debía tanto dinero amenazaron con romperle las piernas?

—No...—dijo Susanne sin voz, temiendo por Derian. Aquellos tipos eran peligrosos, capaces de matar si la suma era lo suficiente sustanciosa y querían dar un ejemplo. Susanne se agarró con fuerza al poste de la cama temiendo lo peor.

—Solo había una persona que lo separaba de la fortuna de su padre. —Susanne se quedó sin aliento—. Y Derian tenía una joven dama interesada en su persona, que se sintió muy despechada cuando él la rechazó.

—¿Qué tiene que ver esa mujer en todo esto?

—Ella fue el cebo antes de que su hermano tratase de apuñalarlo por la espalda, mientras la joven trataba de seducirlo. —Susanne jadeó sintiendo en su pecho el dolor de la traición que él debió sentir. No lo soportaba, pero la idea de que alguien lo hubiera dañado de aquella forma... —Derian sintió el filo del puñal y se revolvió sin mirar. Se arrancó el cuchillo y, cegado por el odio, se lanzó contra su atacante. Gritaba como un loco mientras lo apuñalaba y tardó varios minutos en darse cuenta de que el hombre que tenía entre sus manos, ensangrentado y muerto, era su hermano pequeño. Apenas se llevaban dos años. —Susanne sintió que perdía el pie y volvió a sentarse blanca como la cera. No podía comprender que alguien fuera capaz de traicionar de esa manera por dinero, por deudas. ¿Acaso no prevalecía el amor y el cariño? ¿Qué tipo de hombre podía hacer algo así?

—¿Qué fue de ella?

—¿Esa ramera? No lo sé, supongo que estará calentando la cama de algún lord venido a menos. Ninguna persona de bien la recibió de nuevo en su hogar, pero era hermosa y muchos hombres olvidan con facilidad por poder pasar un buen rato.

—¿Podrías decirme su nombre?

—¿Aceptas realizar el encargo que te dé?

—Sí —contestó sin pensar. La determinación de sus ojos era palpable.

—Lady Myriam. No recuerdo su apellido, pero estoy segura de que si lo deseas podrás encontrarla. ¿No esperarás que haga todo el trabajo por ti? —inquirió irónica.

—¿Cuál es el encargo?

—Creo que vamos a llevarnos muy bien. —Con cuidado recolocó un par de mechones plateados tras su oreja derecha y sus pendientes, con dos enormes diamantes, brillaron cuando giró la cabeza hacia el tocador. Su bata plateada se entreabrió mostrando un precioso camisón de seda blanca con bordados negros—. Tras la fiesta irás a buscar a una mujer. Es peligrosa y no has de obligarla, tendrás de convencerla para que acuda a mí.

—¿Intentará asesinarme? —Linnete volvió a reírse. Susanne bufó molesta mientras miraba el corpiño de su vestido azul. Se sentía sucia y estaba convencida de que olía fatal. Deseaba un baño y poder cambiarse de ropa, la miró impaciente.

—Eres muy lista.

—Entiendo. ¿Tras la fiesta? —La dama asintió y ella se irguió orgullosa—. Necesito alguna joya, dinero, un par de vestidos, camisonos... Si he de convencerla no voy a presentarme en la oscuridad y debo ser una igual.

—Tendrás todo lo que desees.

Capítulo 20

*Visteme de reina, decora mi piel, pero nada borrará los retales de mi alma.
Son heridas que jamás dejarán de sangrar, por mucho que traten de coserse.*

Una doncella morena y bastante bajita subió a la habitación que ahora ocupaba. Sus ojos negros brillaban de impaciencia mientras Susanne se quejaba de todos los tirones de pelo a la que la estaba sometiendo. A pesar de su estatura, aquella mujer era fuerte y decidida, sin dejarse amilanar por las quejas de la joven siguió recolocando su cabello hasta que quedó complacida.

—Se ve preciosa —comentó al terminar mientras revisaba su trabajo. El recogido en la cima de su cabeza solo dejaba caer un rizo rebelde. El vestido verde se ceñía a su cintura y elevaba sus pechos de manera bastante descarada, pero lo que la sorprendía era el brillo de aquel hermoso collar de diamantes engarzados en oro. Aquella compleja creación envolvía su cuello para dejar caer un único diamante, algo más grande, de manera seductora en su canalillo. Movi6 la cabeza para admirar el trabajo y se quedó mirando los pendientes.

—Es una máscara.

—A muchas nos gustaría poder ponérsola durante un día.

Susanne asintió mientras miraba hacia atrás.

Aki, en un precioso pantalón negro, camisa blanca y chaqueta negra, le sonreía admirado. Se acercó con sus ojos brillantes y estiró la mano, arrepintiéndose en el último momento. Temía mancharla si la tocaba, como si todo él no fuera más que un trozo de estiércol que ella, con su corazón enorme, había recogido.

—Está preciosa —susurró el pequeño.

—Pues tú eres todo un caballero. ¿Te he dicho ya la suerte que tengo de haberte encontrado? —El negó con la cabeza, avergonzado—. Pues la tengo. Eres un joven muy valiente y apuesto. Estoy segura de que algún día te convertirás en un hombre digno de respeto y admiración.

Salieron de allí de la mano, ella le sostenía como a un arma, solo él le

daba la valentía necesaria para enfrentarse a aquellos nobles de cerca y con el rostro al descubierto. Ya no servía decir que era lady Cristinne y tampoco tenía un nombre, que a ellos les inspirase respeto, ante el que responder.

Se detuvo en la cima de la hermosa escalera y miró la sala de baile desde allí. Ya habían llegado un par de personas que hablaban animadamente con Linnete. Todos la miraban asombrados mientras, algunas damas desde la esquina cotilleaban escondidas tras sus abanicos.

—¿Te gusta lo que ves? —La voz de Derian sobre su cuello la estremeció de pies a cabeza. Gimió con suavidad antes de girarse y se quedó sin aliento al mirarlo.

Era como ver a un dios inalcanzable. Aquella chaqueta negra le sentaba como un guante y la camisa blanca destacaba sobre su piel dorada. Los ojos de Susanne descendieron hasta sus pantalones, que se apretaban demasiado a sus pantorrillas y a su culo.

—Hola.

—¿Hola? —La burla en el tono de Derian la sonrojó visiblemente—. ¿Vas a bajar así? —preguntó señalando el escote —No es decente. —Ella apretó los labios como única demostración de que le molestaban sus palabras.

—Es la moda, eso me han dicho.

—Está hermosa —soltó Aki cabreado tirando de la mano de Susanne para tratar de llevarla escaleras abajo.

—Ya que vas a acompañarme me gustaría que pensarán que eres una mujer decente. ¿Acaso pretendes que rumoreen? Tengo un buen nombre y no puedo permitir...

—¿Te avergüenzo? —Su ceja derecha se levantó retándolo—. Dilo, di que te avergüenzo —pidió con voz queda—. Soy incontrolable y no lo soportas. ¿De verdad no es apropiado o temes que otros caballeros deseen lo que crees que es tuyo?

—Tienes razón. Eres mía.

Y antes de darse cuenta había envuelto su cintura, la había apretado contra su firme pecho y había atrapado su boca en un ardiente beso. Aprovechó su sorpresa para colarse en su boca, su lengua recorrió con ansia su interior.

Ella empujó sus hombros, pero cuando sintió su dureza contra su ombligo perdió todas las fuerzas y se aferró a las solapas de su chaqueta. Se rindió ante aquel toque, deseando mucho más que aquel contacto.

La ropa sobraba, su piel ardía y ella solo podía pensar en lo bien que se había sentido cuando él la había amado. Sabía que para él no había sido algo

tan importante, pero cuando los dedos del marqués tocaban su cuerpo se le olvidaba respirar. Sentía que todo a su alrededor desaparecía para solo quedar él.

Se separaron y él volvía a tener aquella sonrisa arrogante. Sus ojos brillaban y ella lo odió. Su respiración estaba agitada, su corazón revolucionado y Susanne se giró sin pensar. Con firmeza descendió cada escalón mientras sentía la mirada de aquel hombre en su espalda. Era una caricia suave, como un abrazo fantasma envolviéndola y se sintió más valiente. Miró a aquellas personas y descubrió que solo Derian tenía el poder de destrozarla, solo su vergüenza o su rechazo podía derrotarla.

Levantó el mentón antes de ser anunciada como lady Susanne. Aquellos estirados no tenían ni idea de con quién se la estaban jugando.

Capítulo 21

*No hay peor enemigo que uno mismo. Nadie más cruel o más peligroso.
Jamás te dejará descansar...*

El señor Toller aprovechó el cansancio de Wallace para tomar el mando. Se desperezó y descubrió que el maletín no estaba. Maldijo en voz baja y miró el cielo. Las estrellas creaban una imagen hermosa, pero él en lo único que pensaba era que había perdido mucho tiempo.

Siguió caminando sin sentir el cansancio. Sus pasos lo llevaron, mucho antes de lo que creía, a la puerta de aquel castillo. Asombrado se quedó oteando a los hombres y mujeres que, elegantemente vestidos, descendían de los carruajes rumbo a la que se decía que sería la fiesta del año. Todos deseaban estar presentes.

—No lo hagas —suplicó una voz de mujer por su boca. Gimió cansado ante el dolor de cabeza que comenzó a formarse tras sus ojos. Se sentía debilitado y se sentó a pocos metros, oculto en la oscuridad, a la espera del momento adecuado. Esperaría a que todos se retirasen y entraría. Ya no le importaba que lo encontraran, pero si tenía que marcharse no lo haría solo.

Entre la multitud de rostros reconoció a una señora que salía en ese momento de su carruaje. Dio un par de besos a la anfitriona y asintió con una sonrisa, tensa en la mayoría de las ocasiones, a todos cuantos se cruzó en la escalinata.

El señor Toller tardó un poco en ubicarla, pero cuando lo hizo soltó un exabrupto y descubrió que había tenido suerte. Ella le ayudaría por todo lo que tenía que perder si descubrían que, desde el primer instante, conocía la identidad del doctor Gull y jamás le había dicho nada a nadie.

Fue hace ocho años, aquel día llovía. Lo recordaba a la perfección pues se encontraban inmersos en “su aprendizaje”. El doctor, sin previo aviso, le había lanzado, a los pies de su cama, una mujer inconsciente y se había quedado en la puerta esperando. Sabía que si daba un paso en falso se pondría furioso, pero sería Wallace quien pagase las consecuencias y a él

no era algo que le preocupase.

Al doctor acaba de llegarle un telegrama y estaba desatado. Sus ojos, marcados por numerosas venitas rojas, lo miraban todo desde la nube de su borrachera. Arrastraba de una manera bastante graciosa, si no fuera porque la vida de muchas personas dependía de su estado de ánimo, sus pies al caminar.

En aquel entonces el señor Toller era un niño, aunque no sabía la edad exacta. Nunca le preocupó conocer su procedencia, saber quién había sido su padre o si su madre lo había querido. Su mundo se reducía a aquella inmensa mansión y él lo había aceptado. De vez en cuando, si tenía suerte, el doctor le permitía acompañarlo a pasear, aunque siempre que lo hacía era por motivos ocultos y porque Toller le servía de distracción. Las mujeres, que pronto acababan gritando a manos del doctor, decían que el niño tenía una cara angelical.

Aquel día había escogido a una muchacha cuyos cabellos poseían la belleza del fuego. Sus ojos estaban cerrados, pero eso no desmerecía la belleza de aquel rostro ovalado, aquella piel blanca y sus labios gruesos. Incluso él podía percibir que no era como las demás, también sus ropajes ayudaban. Por algún motivo su doctor no había escogido a una puta del puerto y lo miró confuso.

—¿No tienes ganas de divertirte? —El doctor Gull le dio una patada al maletín y lo lanzó en su dirección. Toller, pues lo de señor aún no se lo había ganado, se levantó tembloroso y asintió sintiendo que aquello iba mal. ¿Por qué no lo hacía él? Jamás le había dejado hacer nada más que pasarle los utensilios y de repente... sin embargo, jamás le llevaría la contraria, no quería ser él el que acabase ocupando la mesa.

—Por supuesto, doctor. —Se arrastró por el suelo y la estiró cuan larga era. Apartó su cabellera y arrancó las horquillas para verla en todo su esplendor. Comenzó a rasgar su vestido y no se detuvo hasta que la blanca piel de la joven quedó al descubierto. Asintió orgulloso—. ¿Desea que prosiga o prefiere...?

El doctor gruñó y él cerró el pico. Parecía inquieto, ansioso y nervioso. Sudaba copiosamente y le temblaba el labio inferior, algo extraño en alguien capaz de llevar sobre sus manos las vidas de tantas personas.

—Hazlo muchacho. No tienes por qué contenerte. —Se arrancó el pañuelo que llevaba al cuello y se limpió el sudor de la frente. Se agarró al marco de la puerta y asintió para que Toller comenzase.

La muerte es una ciencia, aquellas palabras se habían quedado grabadas a fuego en su joven mente y cuando empezó a cortar el bajo vientre de aquella mujer, lo hizo con delicadeza. No era una herida profunda ni larga, aunque sangraba con fuerza tiñendo sus manos de carmesí.

Era su primer corte en soledad. La primera vez que tomaba el mando y los nervios desaparecieron de golpe, se miró los dedos que sostenían el escalpelo y sonrió orgulloso. Sentía que la piel le quemaba, le sobraba. Si hubiera podido habría saltado de su cuerpo para meterse en el de ella y volvió la vista hasta la que sería su gran obra. Sería recordado por aquello, estaba seguro.

Cuando encontraran el cuerpo todos hablarían de él, lo conocerían por todo Londres, aunque no supieran su nombre. El doctor Gull decían que el “The Times” le daría un sobrenombre, uno que infundiera terror y ya estaba deseando saber cuál sería el elegido.

Su mano estaba descendiendo de nuevo sobre el cuerpo de la mujer cuando las puertas de la entrada fueron embestidas por varios hombres. Los golpes resonaron por las paredes de la casa, con tanta furia, que por la joven mente pasó la idea de que fueran capaces de tirarla abajo, no solo la puerta sino también la casa.

El doctor se giró dirigiéndose hasta allá, pero antes de que llegase ya habían entrado.

Toller salió como una rata de su escondite, escondido, avergonzado y silencioso. Se movió con cuidado y quedó agazapado tras una silla. Lo escuchó todo, aunque nadie reparó en él.

Eran doce hombres y una sola mujer, pero ella brillaba con luz propia. Sus ojos azules refulgían con furia y sus rizos dorados caían sueltos a su espalda llegando hasta sus caderas, algo bastante inusual para una dama.

—¿Dónde está! —gritó enfurecida mientras se removía por la estancia. Al ver al doctor se acercó señalándolo—. He pasado por alto tus fechorías porque haces descubrimientos, porque salvas vidas, pero has ido demasiado lejos...—amenazó ella al borde de la locura. Siguió moviéndose por las estancias sin educación alguna.

Cuando entró en su cuartucho, el que estaba al lado de las cocinas, soltó un gritito ahogado y se aferró a la pared para mantenerse en pie.

—La ha encontrado —comentó el doctor Gull con indiferencia.

—¡Es mía! Te has vuelto loco, ¡te dijo que no te amaba! —gritó ella antes de colocarse a su lado y cortarle la cara furiosa. El doctor no hizo

amago de defenderse y solo se llevó la mano al rostro apretando la herida. Ciertamente jamás podría vencer a todos aquellos caballeros, que se quedaron mudos ante las acciones de aquella dama. Ella estaba al mando.

—La amo. —Miré a mi señor sin llegar a comprender lo que acababa de decir.

—¡Tiene catorce años! Has perdido la poca cordura que conservabas — soltó ella, con el rostro congestionado por el dolor, mientras volvía a la pequeña habitación y recogía el cuerpo de la pelirroja con cuidado. La envolvió con mimo, sin atreverse a rozar su herida, y uno de los hombres se acercó para arrebatársela de los brazos. Ella se lo permitió, antes de volver al salón con el rostro alzado y observar cómo sacaban a aquella belleza de nuestra casa—. Jamás te he odiado más en toda mi vida.

—¿Y por qué no acabas con mi existencia? Puedes hacerlo, yo no haré intento alguno de detenerte —dijo el doctor Gull sumisamente.

—Prefiero verlo sufrir, no dude que lo estaré observando —soltó la rubia con voz fría. Se limpió la sangre de las manos en la tela del vestido y se volvió majestuosa. El doctor, que nunca en su vida había mostrado miedo ante nadie, retrocedió un par de pasos—. Me va ayudar en todo lo que desee, ahora será mi perro y como vuelva a acercarse a ella lo despedazaré yo misma.

Y se retiraron en silencio dejándolo solo. El doctor Gull se dejó caer sobre el sofá con la cabeza entre las manos y jadeó. Fue la primera vez que lo vi triste, nervioso, fuera de sí. Él, que siempre decía que lo que hacíamos era en nombre de la ciencia, que ayudábamos a miles con la muerte de una sola, había estado a punto de asesinar a alguien por amor.

Aquella palabra sonaba a algo sucio, negro, podrido y Toller deseó nunca caer en tales sentimientos.

Volvió al presente cuando vio como los primeros invitados se retiraban, muchos de ellos ayudados por los criados para conseguir mantenerse en pie. Se movían tambaleantes y se aferraban a sus mujeres, en vanos intentos de montarlas, sin preocuparse de su estatus, decoro o de ellas mismas. Otros, los que menos, salían sobrios y sin hablar, subían en sus carruajes y se alejaban en silencio. Nadie hablaba, conversaba con tranquilidad.

—¿Qué debería hacer? —preguntó a las estrellas esperando una señal. Él creía en esas cosas, pues el libre albedrío, para él, era un pequeño cuento que se narra a los infantes para asustarlos de monstruos como él. El destino había ido abierto puertas ante Toller cada vez que se creía ya sin salida y lo había

mantenido en pie. Aquel no sería su fin.

Vio salir a la señora y se acercó a su carruaje. Mientras ella se despedía golpeó al cochero en la cabeza y se montó en el pescante con rapidez. Cuando ella se instaló en el asiento, tras él, y cerró la puerta cogió las riendas y azuzó a los caballos. Esperó media hora, en la que realmente disfrutó del trayecto, hasta que el aburrimiento lo venció y se detuvo, no sin cierto esfuerzo pues los caballos no respondían como debían a sus órdenes, a un lado del camino.

Abrió la portezuela para hablar con ella y sonrió al verla de cerca. Seguía siendo hermosa, aunque se notaba que los años no la habían tratado bien. Estaba mucho más oronda, bajo sus ojos había profundas ojeras y las arrugas habían germinado como la mala hierba en su piel, sin embargo, oculto bajo todo eso seguía habiendo una fuerza que a él le encantó.

—Buenas noches, señora. Creo que no nos han presentado.

Capítulo 22

Entre todos ellos había un rostro que sobresalía, que la llamaba. Era una canción decadente, sugerente y muy peligrosa. Si lo miraba podía sentir que un gran abismo se abría bajo sus pies, aunque jamás se sintió tan viva.

Mientras los violines tocaban, desde un pequeño palco situado en la pared norte, las parejas disfrutaban danzando en medio de la pista. Susanne apenas había permanecido sentada media hora, pero disfrutaba ante las atenciones de todos aquellos hombres que, incansablemente, la habían cortejado.

También tuvo que esquivar preguntas indiscretas, pero lady Linnete siempre había estado cerca para ayudarla. Derian iba por la cuarta copa y no había dejado de mirarla. Siempre que alguien se acercaba él fruncía el ceño y tras un par de monosílabos volvía a quedarse solo.

A pesar de que ella danzaba en brazos de otro, por la manera en la que la miraba, Susanne sentía que estaban solos en aquel lugar. Lo miraba con intensidad y, cuando él sonreía con arrogancia, ella alzaba más el mentón. Tembló cuando lo vio dejar con fuerza la copa sobre una preciosa mesita de caoba y jadeó cuando vio que su acompañante era alejado para que los brazos de Derian tomasen el relevo.

No dijo nada porque llevaba toda la noche esperándolo. Al principio eran miradas fugaces, pero al ver que las horas transcurrían sin que le dijera ni una sola palabra necesitó mucho más. Ahora, con él contra su cuerpo deseó que estuvieran solos. Echarse en sus brazos sin pensar y, aunque sabía que tendría que recoger su orgullo herido al terminar, disfrutar de los minutos que pudieran compartir. Una sola noche al lado de aquel marqués era mucho más intensa que décadas sin él.

—¿Me extrañabas?

—Tanto como a una garrapata.

—Tú siempre tan agradable. —La mano de él descendió hasta rozar su cadera y su boca se acercó peligrosamente a su oído.

—Lo mismo digo, marqués. —Él gruñó y la acercó todavía más.

—Estás hermosa con ese vestido. Si no supiera quién eres no te habría reconocido. Tengo suerte de saber lo que escondes, ¿no crees? —dijo con la voz enronquecida. Ella sintió una presión en su bajo abdomen y cómo se humedecía con rapidez. Tragó con fuerza, consciente de que también la estaba insultando.

—Cierto, no eres el primero que me dice que mejoro sin ropa.

—No pierdes ocasión para recordarme que te has abierto de piernas para todos. —Su mano derecha apretó la cintura de Susanne con tanta fuerza que ella tuvo que morderse la lengua para no gritar. No iba a darle el gusto.

—¿Acaso tú no has disfrutado de la compañía de otras mujeres?

—Por supuesto. —Ella entrecerró los ojos furiosa, aunque sabía que no tenía derecho alguno, ante su rápida respuesta.

—Pero puedes elegir. ¿No te has parado a pensar que al igual que tú crees que tienes el derecho de tomar lo que deseas ellos también opinaron lo mismo? —preguntó decepcionada. Él suavizó su agarre y ella tembló al mirar sus ojos.

—¿Te han hecho daño?

—Soy una criada, milord. No debería olvidar que no soy más que un trozo de carne bastante apetecible. ¿No cree? —inquirió con descaro, marcando a su vez la distancia que existía entre ambos. Él gimió y la apretó contra su cuerpo deteniendo el baile y apoyando la frente sobre la de ella.

—Jamás lo habría permitido. Yo nunca te haré daño. Eres mía.

—Un objeto.

—¿Acaso importa mientras estés a mi lado? Lo único que puedo prometerte es que daría la vida por ti. —Ella se quedó sin aliento, temblando, incapaz de responder. ¿La quería? ¿La apreciaba al menos?

—Necesito que me veas como a una igual.

—Si te viera como soy yo te odiaría, sentiría asco por ti. —Ella sintió tristeza al notar como el marqués temblaba entre sus brazos. Lo miró incapaz de reconocerle, sabiendo que siempre habría demasiados secretos entre ambos.

—Dicen que a veces simplemente no está escrito.

—No me importa lo que esté escrito. Eres mía y siempre será así. Si intentas evitarlo acabaré con tu vida. —Ella tembló y él cerró los ojos con fuerza antes de besarla. No fue tierno ni caliente, fue necesidad en estado puro. Eran mil demonios luchando por hacerse con el poder en una mente llena de

remordimientos. Era el intento de un hombre por aferrarse a lo único bueno que había encontrado, pugnando por mantener cierta luz en aquella oscuridad que llevaba tanto tiempo acompañándolo.

Cuando se separaron ella se sentía débil y él la sostuvo. Miró sus ojos y jadeó al ver sus intenciones.

—¿No te encuentras cansada? —Ella sonrió descarada.

—¿Para que me insultes cuando hayas terminado?

—No seas cobarde, podría amenazarte, pero sé que lo deseas tanto como yo y jamás te forzaría de esa manera.

—¿En serio? ¿Entonces a qué te referías cuando me amenazabas con que si no cumplía sus órdenes Aki lo pagaría?

—No en cuestiones de cama. Para llevarte a la cama no necesito amenazas.

—Ella jadeó al sentir como la pegaba a él hasta que apenas podía coger aire para llenar su pecho. Respiró con fuerza y solo aspiró el masculino aroma de él. Sus ojos bajaron al escote de Susanne y su temperatura corporal ascendió varios grados—. ¿Y bien?

Entonces ella pensó en su misión. El mañana nadie podía asegurarlo, pero era dueña de su presente. Ya pensaría cuando llegara el momento si había hecho lo correcto, pensó con una gran sonrisa mientras asentía emocionada.

Cuando la pieza terminó, la soltó y ella se tocó la frente. La sentía ardiendo, quizás estaba enferma, aunque siempre le ocurría cuando él estaba cerca.

—Te veré arriba, preciosa. —Ella se lamió los labios, sintiéndolos resecos, y asintió de nuevo. Se alejó de la pista con pasos tambaleantes y llegó hasta Aki, que permanecía sentado al lado de lady Linnete.

—Querida, ¿se encuentra usted bien? —lady Linette trató de ser educada, pero su sonrisa la delataba. No se había perdido detalle de lo acontecido en la pista.

—No, quizás es mejor que nos retiremos. —Aki se levantó y se colocó a su lado—. ¿Nos vamos arriba? —El pequeño asintió feliz, no soportaba aquel tipo de eventos, al menos ahora lo sabía ya que era el primero. Los miró con furia, viendo como seguían bebiendo y comiendo hasta reventar cuando él pasaba muchos días con un mendrugo duro de pan.

Se despidieron de un par de personas por el camino y ambos se sintieron libres, cuando las miradas de aquellas personas ya no estaban sobre ellos. No sabían lo tensos que ambos se encontraban hasta que subieron las escaleras y cerraron la puerta de la habitación.

—Aki, dormirás en la habitación contigua —dijo ella señalando una puerta blanca que, disimuladamente, conectaba ambas estancias—. Yo recibiré al marqués esta noche —explicó para que el pequeño no apareciera en un momento inadecuado y viera más de lo que debería. Sus mejillas ardían y él se quitó la diminuta chaqueta lanzándola contra el suelo.

—Señora, no tiene por qué hacerlo. Usted no es como las mujeres del puerto —soltó enfadado, sin percatarse del odio que había en sus palabras. Como si odiase a cada una de ellas.

—Cierto, no lo soy. —Aunque en ciertos momentos se había sentido mucho peor.

—Entonces, ¿por qué lo hace? Si la amenaza puedo matarle, si me lo pide acabaré con su vida y no tendrá que soportarle.

—¡No! —gritó ella agarrándole el pequeño brazo, como si fuera a echarse a correr en aquel mismo instante—. No —agregó más calmada—. Yo también lo deseo.

—Pero si la ha tratado mal.

—A veces el corazón no entiende esas cosas, por mucho que la mente luche por hacernos entrar en razón.

—¿El corazón? —Ella sonrió porque en ocasiones todavía podía percibir inocencia en él, aunque había visto demasiado seguía existiendo cierta luz que deseaba que jamás se extinguiera.

—El deseo, el amor —remató cerrando los labios avergonzada.

—¿Lo ama? —Ella giró los ojos sin saber qué podía decir. Si asentía mentiría y si no lo hacía también. Era un sentimiento demasiado complejo que ni ella misma lograba comprender. ¿Qué sentía por un hombre capaz de hacerla temblar y al mismo tiempo de llevarla al infierno?

—Lo deseo en mi cama esta noche para sentirme más reconfortada. Después haremos un viaje nosotros dos solos y necesito despedirme. —Aki asintió más tranquilo—. Quizás al volver ya no lo necesite, pero hay algo en él que gusta.

—Es un asesino —confesó el pequeño—. Pero nunca me ha hecho daño, ni a mí ni a los otros niños. Se encogió de hombros. —Haré lo que usted desee siempre. Me iré a dormir.

—¿Aki?

—¿Sí, señora?

—Jamás se lo digas a nadie. Me avergüenza.

—No tiene por qué preocuparse, señora. Para mí ya no existe nadie más

que usted y al fin tengo un propósito en la vida. —Hinchó el pecho con orgullo. Ella se agachó y besó su mejilla para abrazarlo con ternura. Él se dejó hacer, poniendo mala cara como todo un hombrecito, pero disfrutando de aquel efímero contacto que esperaba durante todo el día.

—Algún día lo tendremos todo. Te lo prometo.

—Algún día, señora.

Capítulo 23

Si algo te pide que huyas hazlo, no busques razones, solo corre hasta que te quemé el pecho. Ya pensarás después por qué sientes esa necesidad de alejarte.

La duquesa de Somerset se había planteado muy seriamente aparecer en la fiesta de lady Linnete, pero temía demasiado las preguntas y decidió que tenía planes más urgentes. Tras mandar una misiva disculpándose por tener que denegar su, tan amable invitación, recogió un paquete en el puerto y se encaminó a la casa de opio.

Escondida entre las sombras abrió el sobre que acompañaba a una caja envuelta en papel de periódico y sonrió feliz.

Milady,

Es la primera vez que alguien muestra el descaro de dirigirse a mí sin ser reclamado, pero tiene usted razón. No me quedaría tranquila si semejante noticia saliera a la luz y debemos detener a esos hombres antes de que lleguen a costas inglesas.

Jamás me imaginé que una mujer como usted estuviera dispuesta a realizar semejante encargo, pero si se ve capaz yo, gustosamente, le daré todo lo que me ha pedido. He de avisarle que si su misión fracasase jamás reconocería que he dado esta orden. Espero que comprenda mis motivos. Un hombre la seguirá y, tras comprobar que ha leído la carta, la destruirá ante usted para que no queden cabos sueltos. No se asuste.

Ante todo, no permita que esos barcos norteamericanos atraquen en nuestras costas, al menos no hasta que traiga a su capitán ante mí. Estaré esperándola.

La reina Victoria.

Lady Cristinne arrugó el papel y, cuando un hombre de oronda barriga apareció de la nada, se le tendió sumisa. Ante sus ojos lo acercó a la vela, que había sobre una de las mesas, y lo observó consumirse.

Ahora venía lo complicado, pues ella sola no podría conseguirlo. Tenía el

dinero, pero se necesitaba mucho más que eso para salir con vida.

Caminó hacia la salita del fondo, la estancia reservada para las personalidades más ilustres, mientras se sentaba sobre un montón de cojines y llamaba a la mesonera.

—¿Deseaba algo milady? —inquirió la joven con descaro mientras la repasaba de arriba abajo. Aquella era nueva y no le gustaba en absoluto, demasiado bonita para estar siempre rondando a Euen. Chasqueó la lengua al ver por dónde iban sus pensamientos y sonrió con descaro mientras se pasaba la mano por el pecho.

—Llama a tu jefe, preciosa. Aunque hoy no te necesitaremos —agregó guiñándole un ojo y dejándola boquiabierta.

Mientras esperaba decidió fumar un poco y recogió una bolsita de opio, del que escondían en una de las patas huecas de la mesa. Empezó a absorber aquella substancia que lo transformaba todo, volviéndolo mucho más llevadero.

Tumbada recordó la primera vez que había visto a la reina y la impresión que eso le provocó. Jamás creyó tener el privilegio, aunque en el momento temió seriamente por su vida o por acabar en lo alto de la torre de Londres.

Fue un mes antes. Aquel día llovía, aunque eso no era algo nuevo en una ciudad como aquella, sin embargo, era el cuarto día consecutivo y las calles eran intransitables. Concentrada, trataba de coser un poco para aplacar los nervios, aunque nunca había sido muy dada a la costura y no estaba sirviendo de nada.

De pronto tocaron al timbre y su mundo cambió aún más, si eso era posible.

—Se viene con nosotros —dijo un hombre de unos cuarenta años, completamente vestido de negro, tan pronto entró en su salón. Ni siquiera había sido anunciado, su mayordomo llegó corriendo tras él con cara de mala leche y se disculpó con la mirada antes de que ella le hiciera un gesto para que se retirara.

—Comprenderá que necesito conocer mi destino.

—Cierto, pero me manda la casa real. ¿Es suficiente para usted? —En aquel momento ella creía que se trataba del príncipe y futuro rey. Un hombre que había sido relegado de las cuestiones políticas y era, ante todos, la personificación de un ocioso aristócrata.

Nada más lejos de la realidad, pensó Cristinne mientras cogía el abrigo y se lo echaba sobre los hombros. Susanne se había acercado corriendo a

ella, pero le pidió que no la acompañase incapaz de poner a nadie más en peligro.

El príncipe heredero estaba cansado de ser un títere al que lucir y había decidido formar parte de la política desde la sombra. Había acabado liderando la organización de la que ahora ella también formaba parte. Todos deseaban consentir al que acabaría sentado en el poder, llegando incluso a llamarle rey a escondidas. No a todos les gustaban los tejemanejes de la reina Victoria, pero nadie se atrevía a hacer nada abiertamente.

Perdida en sus pensamientos no se dio cuenta de que habían llegado hasta que se vio arrastrada a la sala del trono.

Una mujer imponente, con una preciosa corona de rubís, zafiros y diamantes la observaba rodeada por un pequeño séquito de damas y al fondo una docena de soldados perfectamente uniformados. La duquesa Cristinne apretó los labios sin saber qué debía esperarse y deseó haber podido despedirse de su hija.

—Buenas tardes, Majestad. —Y se inclinó en una reverencia tan perfecta que daba la impresión de que la había estado ensayando toda su vida.

—Buenas tardes, duquesa. Me alegro de verla bien, me han llegado ciertos rumores preocupantes. —Cristinne se tensó y la reina sonrió con descaro—. Pueden dejarnos solas. —Y ante sus palabras todos salieron de allí corriendo, como si un segundo más pudiera hacer estallar a la monarca. Lady Cristinne ya se veía en la torre de Londres, esperando el día en el que la ahorcaran por la muerte de su “amado” esposo—. Supongo que no sabe por qué la he llamado.

—No, alteza.

—Bueno, creo que lady Linnete se está haciendo vieja y es hora de tener nuevos ojos en su pequeño grupo de espías. —Cristinne sintió el sudor frío extendiéndose por su piel como una señal inequívoca de peligro. Aquella mujer podía condenarla sin motivo, pero lo peor era que tenía uno más que fundado.

—No la entiendo, majestad.

—Espero que no se haga la tonta o no vamos a llevarnos bien. —La duquesa asintió nerviosa y jadeó cuando la reina se levantó para caminar hasta ella. Cristinne tentada estuvo a retroceder, sentía auténtico pavor pues conocía el genio que se gastaba la reina, sin embargo, se mantuvo en su lugar con la cabeza gacha—. Mirame. —La duquesa era una muñeca que acató todas las órdenes de aquella mujer sin dudar.

—Lo lamento. Jamás traicionaría a la corona.

—Tranquila, mujer. Pretendo que sigas trabajando con ellos, solo espero que me informes a mí también de sus movimientos. Mi hijo es muy impaciente y desea poder, pero debe aprender cómo funcionan las cosas. Esto le vendrá bien para cuando llegue el momento —explicó con una sonrisa de orgullo.

—¿Lo sabía?

—Desde niña. La organización existe desde antes de que yo naciera, pero pasa de padres a hijos, una mujer jamás podría dirigirlos. ¿Se lo puede creer? Tengo en mis manos el futuro de todo Londres y un grupo de estirados tratan de hacer política a mis espaldas.

—Lo lamento, majestad.

—Oh, por dios. Déjate de disculpas. —La cortó impaciente la reina Victoria mientras ojeaba su rostro—. Sabía lo de su marido, al menos había oído rumores, pero estaba protegido.

—No pasa nada, majestad. —Volvió a responder mecánica.

—Creo que si no sacas algo de carácter no me servirás para mucho. —Las palabras de aquella mujer la hicieron sonreír, quizás porque lo había dicho con desparpajo y agarrando un bucle de su pelo como si fueran amigas de toda la vida. Poco importaba, cuando volvió a mirarla lo hizo a los ojos.

—¿Y qué desea que haga?

—Lo mismo que hacía lady Linnete. Infórmame cada semana de las novedades y si alguien tiene intenciones de atentar contra mi vida debes decírmelo inmediatamente. Espero que mi hijo jamás sea capaz de algo parecido. Yo lo amo como solo una madre puede querer, sin embargo, sé que ansía el momento en que todos le reconozcan como rey.

—Por supuesto. Cuente conmigo. —La reina ya se había dado la vuelta para regresar a su trono cuando Cristinne se vio a sí misma haciendo una pregunta a la que nunca tuvo derecho. Tan pronto la hubo formulado ya se veía pendiendo de una gran soga en medio de la plaza, pero la reina sonrió cansada—. ¿Por qué se lo permite? Podría matarnos a todos.

—Amor. Además, va a ser rey y esto le vendrá bien.

Tras esto tiró de una cinta y las puertas volvieron a abrirse. Poco a poco cada una de las personas que habían abandonado la sala del trono regresaron con una sonrisa y reanudaron las conversaciones como si lady Cristinne jamás hubiera existido.

—*Buenas tardes, majestad. —Volvió a inclinarse ante ella y se dejó arrastrar fuera con la mente trabajando a mil por hora.*

Ya se estaba desesperando cuando vio como Euen entraba por la puerta. Tenía un ojo amoratado y la camisa rasgada. Seguramente había tenido alguna pelea de bar, esperaba que no fuera por una mujer o se lo haría pagar muy caro.

Vio como la camarera se acercaba a él y, colgándose de su cuello, le dio un morreo en toda la boca.

—¡Eso sí que no! —gritó antes de levantarse. ¿Sería el opio? Tenía que ser eso porque la duquesa jamás habría saltado de los cojines, se habría aproximado a él corriendo y, con una fuerza desmedida, le habría arrancado de encima a aquella zorra agarrándola por los cabellos y lanzándola contra la pared—. Buenas noches —dijo alegre, acto seguido, como si nada hubiera ocurrido ante un sorprendido Euen.

—¿No vas a explicármelo?

—Te necesito —susurró lady Cristinne poniendo morritos, esquivando de paso la incómoda pregunta, al tiempo que envolvía su cuello con los brazos.

—Creo que has fumado demasiado.

—Estaba aburrida.

—Y ahora querrás que calme tus calores, ¿verdad? —preguntó divertido y triste a la vez. La agarró por la cintura y, elevándola suavemente, depositó un beso sobre sus labios—. Buenas noches, gatita. Se nota que me extrañabas. — Ella no dijo nada y él le dio un sonoro azote.

—¡Ah!

—Te lo mereces. —Tiró de ella, olvidándose de la camarera, y regresaron a los cojines. Después se sentó, llevándola con él, para mantenerla firmemente agarrada sobre su regazo—. ¿Me vas a decir por qué me buscas? No me gusta que me mientan...—dejó la amenaza en el aire, corriendo entre el deseo que ambos se profesaban.

—¿Podemos encamarnos antes? —inquirió pasando las uñas con descaro por el pelo de aquel hombre que la volvía loca. Desde que la había seducido, varias noches antes, no había dejado de pensar en él. Cada pocas horas, se descubría a sí misma completamente húmeda, deseándolo mientras se lo imaginaba tomándola de mil posturas diferentes, la mayoría nada propias de una señora de su nivel—. ¿Y bien?

—Esta noche no, gatita. Antes deberás decirme qué te trae hasta mí.

Ella sabía que él no querría aceptar y debía convencerlo. Solo confiaba en

él para que la protegiera y por algún motivo también deseaba tenerlo a su lado, encerrado durante semanas en un pequeño barco... Su mente imaginó mil maneras divertidas en las que podrían amenizar aquella larga travesía.

—Necesito que viajes conmigo.

—¿Viajar?

—Tengo una misión y alguien tendrá que protegerme... —Se pasó las manos por el escote en una suave caricia—. Serán muchas misiones en el mar y yo tampoco sé comandar un barco —explicó sin dar más detalles.

—¿Por qué me da la impresión de que no me lo estás diciendo todo?

—Porque no lo hago —respondió ella orgullosa. Echó el cuello hacia atrás al sentir los dedos de Euen recorriendo su espalda y apretando con fuerza sus nalgas.

—Eres una descarada.

—Pero te gusta. —Euen gruñó en respuesta—. ¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Me acompañarás? —preguntó esperanzada. Por la mente masculina pasó la idea de que jamás había visto una mujer más hermosa. Estaba feliz, desinhibida. En aquellos momentos, aunque completamente drogada, parecía una persona completamente diferente. Perdía el ceño fruncido y aquel gesto dolido que la acompañaba, no era tonto, y había visto las cicatrices que cubrían su piel.

—No.

—¿Cómo que no?! —aulló furiosa de pronto.

—No, gatita. Tenemos que negociar. —Euen pasó el índice por su ombligo y fue ascendiendo hasta llegar al valle que formaban sus pechos. Ahí deseó rasgar su vestido para poder tomar el pezón sin restricciones, pero se contentó con acariciarlo sobre la tela—. Vamos a negociar —repitió sin dejar derecho a réplica.

—¿Qué quieres a cambio?

—A ti. —No había duda. La miró como si fuera el tesoro más valioso y a ella se le cortó el aliento. Jamás podría pertenecerle, ¿o sí? Se sentía mareada, no era el momento para pensar aquellas cosas, pero él no iba a dejar pasar la oportunidad.

—No puedo.

—Puedes y lo harás si tanto deseas que te acompañe. Es decisión tuya, gatita.

—¿Por qué me haces esto? —gimió confundida saboreando las caricias

que seguía diseminando sobre su piel —Solo pienso en sentirte dentro de mí.

—Entonces llamaremos al cura y seré todo tuyo. ¿No te parece un negocio redondo?

—Me cuesta pensar, te estás aprovechando de mí —jadeó al sentir la mano de él por debajo de sus faldas llegando hasta sus labios más íntimos. Con descaro, los acarició hasta que ella echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos perdida en el placer. El orgasmo fue intenso, sin embargo, él no se detuvo y ella estaba sensible.

—Di que sí.

—Yo no...

—Di que sí... hazlo por mí...—Era un ruego. ¿Le estaba rogando? Aquel gran asesino le estaba suplicando que fuera su esposa y eso la hizo perder la poca cordura que quedaba en su interior.

—Sí. —Y con aquella palabra selló su futuro. ¿Podría haber amor en su matrimonio?

Capítulo 24

Y son esos recuerdos, los más oscuros, los que más nos marcan. Crean pequeños surcos en nuestras mentes, lo suficientemente profundos para delimitar nuestras decisiones. ¿Se puede cambiar cuando nuestras ideas son canalizadas por vivencias pasadas?

Era un bosque tupido, donde los árboles se cerraban entre ellos, entrelazando las ramas a gran altura e impidiendo que la luz penetrase con fuerza.

Habían caminado durante horas, pero al fin se habían detenido. El señor Toller había tenido la delicadeza de proteger las muñecas de la dama, con tela de su propio vestido, antes de atarla a un árbol y ponerse a dormir.

Se lo veía agotado, pero no dijo ni una palabra ante las incesantes preguntas y ruegos. Milady no lo recordaba y creía que con dinero lo convencería, algo que hirió el orgullo del señor Toller y lo cerró, todavía más, en sí mismo.

Ya estaba desesperada cuando aquel hombre volvió a abrir los ojos. Parecía mucho más bajo que cuando llegaron, pensó la mujer mientras se levantaba y con delicadeza sacudía su ropa. Después se recolocó el pelo con cuidado, como solo una mujer habría hecho y miró en su dirección soltando un gritito sorprendido y demasiado agudo.

—¿Está usted loco? —inquirió la dama molesta. Estaba furiosa de que alguien la hubiera tratado de semejante manera y tenía pensado despellejar vivo a su cochero cuando regresara, porque lo haría. Nadie se metía con la viuda negra y salía con vida para contarlo.

—¿Quién es usted? ¿Está bien?

¿Se estaba burlando de ella? Aquella voz aguda era la de una mujer y sus ojos la miraban preocupado, pero la viuda negra solo veía ante ella a un loco demente que la había apresado a un árbol durante horas sin permitirle evacuar como era debido.

—¡Suéltame ahora mismo si quieres conservar la vida! —la potente voz de

la viuda atravesó a aquel hombre, mujer o lo que rayos fuera, que tembló perceptiblemente.

—Lo siento —se disculpó, echándose a llorar ante el asombro de la señora. Grandes lágrimas descendían por sus mejillas mientras comenzaba a hipar de manera grotesca. Fue la primera vez que temía por su vida, pero era imposible no hacerlo mientras el hombre que te mantenía cautiva se comportaba como un auténtico demente. Gimió pensando en cómo podía aprovecharlo en su beneficio.

—Suéltame, las mujeres debemos ayudarnos entre nosotras. —dijo mucho más calmada la viuda negra mirándola a los ojos. El hombre asintió limpiándose los mocos a la manga de su camisa. Un gesto que provocó auténtica repulsión en la viuda, pero no lo demostró.

—Si lo hago se enfadará —replicó la voz femenina.

—No lo hará, yo le explicaré que todo ha sido un malentendido. Hazme caso. Todo saldrá bien. —Lo vio acercarse con miedo y expectación. Cuando liberó su mano derecha jadeó de impaciencia, deseando echarse a correr y alejarse lo máximo posible de allí. Si al menos tuviera su pistola...—Un poco más —añadió alentándola.

Algo cambió. Aquel hombre se estiró, su sonrisa quedó congelada y sus manos se crisparon en torno a la muñeca de la viuda. Ella supo que algo iba mal e hizo lo que siempre había hecho. Luchó con uñas y dientes por vivir.

Agarró a aquel tipejo por el pelo y golpeó su cabeza con fuerza contra el árbol. Una, dos, tres y cuatro veces. Las suficientes para que su mano se tiñera de carmesí y él cayera al suelo. Después buscó entre sus bolsillos, hasta que encontró una daga, y cortó la cuerda nerviosa.

Ahí estaba la decisión, esa que tanto le había gustado. Se inclinó sobre aquel tipo y sonrió, disfrutando de la anticipación. Levantó el filo de la daga y jadeó al dejarla descender sobre el cuello de aquel individuo.

Fue lenta, no lo vio venir. El señor Toller estaba inconsciente, pero Wallace olió el peligro y abrió los ojos. Al verla sobre él, a punto de acabar con su vida, no lo pensó y clavó el escalpelo, que siempre llevaba en el bolsillo de su chaqueta, en el cuello de ella. Lo clavó tan profundo como pudo y se alejó arrastrándose.

—Lo siento, lo siento, lo siento...—repetía él, en un bucle infinito, mientras la veía caer sobre la hierba con cara de espanto tratando de detener la sangre, consciente de que era su fin. Las manos de aquella mujer temblaban, pero en su afán por conseguir sacarse aquel escalpelo casi lo había

conseguido.

—¡No! —gritó el señor Toller volviendo a tomar el mando y agarrándole las manos —Si lo hace se desangrará. Necesito que conteste unas preguntas.

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó entre jadeos.

—Por la mujer pelirroja que protege, no desea que llegue hasta ella.

—¿Cómo...?

—Shh... es mejor que guarde fuerzas. —Todo el plan a la mierda, ya no podría usarla para hacer salir a lady Cristinne o a lady Linnete. ¿Entonces? —¿Cómo puedo llegar hasta lady Linnete?

—¿Por qué?

—Dímelo o cuando mueras me encargará de que tu protegida te acompañe. —Aquella mujer perdió el color, aunque podía deberse a la pérdida masiva de sangre. Al señor Toller no le importaban los motivos.

—Hay una mujer, es importante. Sígala y atrápela. Está en...—Y los ojos de la viuda negra se cerraron antes de poder terminar la frase.

Un par de palabras fueron la diferencia. Porque mientras que la viuda estaba pensando en la amante más famosa de todo Londres... él pensó en una mujer que se encontraba mucho más cerca.

Capítulo 25

Dame valor para escurrirme entre mis miedos, pelear contra los tuyos y lograr curarnos juntos.

Las cortinas se mecían suavemente por el aire que entraba por la ventana, la luna ya estaba en todo lo alto y Susanne temió que ya no fuera a aparecer.

Cuando lo vio subir creyó que su intención era seducirla cuanto antes, pero quizás no la deseaba tanto como había creído. Incapaz de dormir se levantó con cuidado, el precioso camisón de seda verde le acarició la piel y ella se sintió sexy.

Se acercó a la ventana y se quedó mirando el jardín, varias parejas buscaban intimidad entre las sombras, deseosos de besos furtivos.

Llevaba varios minutos apoyada en el alfeizar cuando sintió unos brazos fuertes envolviendo su cintura. Se revolvió nerviosa, hasta que al girarse lo vio a él. El culpable de su nerviosismo y de robarle el sueño. El marqués sonrió arrogante mientras sus ojos se deslizaban por la piel que aquella fina pieza dejaba al descubierto.

—Estás preciosa. —Su voz grave la hizo estremecer.

—Pensé que ya no vendrías.

—No iba a hacerlo —reconoció él y ella se tensó. Sus manos ascendieron desde su cintura y recorrieron su piel, haciendo que el camisón se levantase poco a poco. Él no dejaba de mirarla con intensidad y ella se quedó sin aliento. Era tan sensual que ella jadeó de anticipación.

—¿Por qué?

—No me gusta que tengas tanto poder sobre mí. —Los labios de Susanne se abrieron asombrados y él asaltó su boca. Sus fuertes manos agarraron sus nalgas y la elevó. Las largas piernas de ella se envolvieron como dos fuertes tenazas en torno a la cintura de aquel hombre, al que no conseguía resistirse. Siempre haría con ella lo que deseara y la movería a su gusto, sin consideración alguna por sus sentimientos.

Sus bocas se devoraron con hambre, sin ganas de estropearlo todo con las palabras. La lengua de él la tentó hasta que ella se unió a la guerra. Se empujaron, se acariciaron y varias veces sus dientes chocaron, dejando una sonrisa tonta en la cara de ambos, fruto del deseo animal que los poseyó.

Él se bajó el pantalón y Susanne lo sintió tenso en su entrada. Se deslizó tan despacio en su interior que creyó que jamás se detendría, lo sintió en sus entrañas para empezar a moverse despacio. La torturó durante varias estocadas. Sentía sus músculos tensos sosteniéndola, podía percibir que se contenía y hacía un gran esfuerzo por no aumentar el ritmo.

—Más rápido —suplicó ella.

—Quiero sentirlo todo, preciosa. —Dio dos pasos y la apoyó contra la pared. Ella se sintió rodeada y lo apretó, todavía más, contra sí misma.

—No puedo soportarlo más.

—Déjate ir. Apriétame. Venga, preciosa. —Ella se sonrojó y él sonrió orgulloso. Agarró su rostro y mordió sus labios, reteniéndolos mientras gruñía contra ellos y seguía entrando una y otra vez.

Por mucho que trataron de retrasarlo lo máximo posible cada caricia, cada movimiento, cada beso era un latigazo de placer y finalmente ella se estiró y gritó con fuerza. Al verla, Derian la apretó queriendo fundirse con ella, olvidar todo lo que le impedía confiar y poder compartir momentos como aquellos cada día.

—Eres perfecta —gruñó antes de derramarse en su interior.

Se sintieron tan unidos, cegados por aquella necesidad primitiva, que, cuando se saciaron, se miraron nerviosos en un incómodo silencio. Él la dejó caer y ella giró la cabeza observando de nuevo el jardín, consciente en todo momento de la presencia masculina a su espalda.

—¿Estás preocupada? Yo cuidaré de ti. —El corazón de ella dio un vuelco, incluso ofreciéndole las migajas ella se sentía tentada a aceptar por poder compartir sus días.

—Suena bien...—contestó sin fuerza. Cansada de ser tratada como un animal, demasiado triste porque para ella aquel hombre era mucho más importante de lo que le gustaría reconocer.

—¡Mírame! —gritó girándola de golpe —Deja de poner cara de animal herido, te doy mucho más de lo que alguien de tu posición tendrá jamás. Además, se nota que disfrutas de mis atenciones.

—¿Tus atenciones? —inquirió sarcástica —¿O las mías? —Derian no comprendía su reticencia. Muchas mujeres vivían como princesas al lado de

hombres como él. No era más que una desagradecida.

Volvió a besarla, mucho más agresivamente, no obstante, ella cerró los ojos aceptando todo lo que pudiera darle. Cuando él ya se retiraba lo abrazó con fuerza, lo sostuvo contra su pecho escondiendo la cabeza en su cuello.

—¿Qué me ocultas? —preguntó Derian. Ella sonrió porque la conocía demasiado bien.

—Nada. —Él la apartó con brusquedad y ella volvió a desviar la mirada.

—Cómo hagas alguna tontería...

—¿Qué? Te comportas como si tuvieras derecho a ordenarme, no lo tienes. Haré lo que crea conveniente. Tendrás que decidir si quieres estar a mi lado o prefieres alejarte, no voy a convertirme en tu amante.

—Tampoco en mi esposa.

—¿Te lo he pedido? —Derian se alejó con el rostro contraído, se revolvió el pelo a punto de decir algo, pero se contuvo.

Afuera una ligera lluvia refrescaba la zona. Era tan fina que había que concentrar la vista para poder apreciarla y eso fue lo que hizo Susanne para evitar mirarlo. Eran insignificantes en comparación con todo lo que les rodeaba.

—Sé leer y cocinar. Me gustaría aprender a tocar el piano y tener hijos a los que contar cuentos frente a la chimenea, pero sobre todo encontrar el amor. Ese amor verdadero capaz de curar mi alma y hacerme sonreír cuando ya no me queden motivos. Esa persona que sepa ver en mí a un igual y respete mis decisiones, aunque no esté de acuerdo —soltó de carrerilla incapaz de mirarlo, temía ver la burla en él—. Es la primera vez que lo digo en voz alta, quizás porque los últimos años serví en la casa de un monstruo, un hombre al que todos respetaban y que se dedicaba a torturar y asesinar impunemente. —Susanne gimió ante los recuerdos que la asaltaron. Momentos que trataba de olvidar, porque con ellos llegaba esa culpa que jamás desaparecería. Las numerosas veces que, por miedo, se había convencido de que ella no habría podido salvar. Días y noches en los que sabía lo que ocurría tras aquellos muros y no decía nada. Si al menos hubiera salvado a una...—Fui cobarde, antepuse mi vida a la de otras. Creí en todo aquello que habían tratado de inculcarme y seguí obedeciendo las órdenes de mi señor aun cuando cada fibra de mi alma me decía que no era lo correcto. —Se tocó el pecho y reprimió las ganas de llorar.

—No tienes la culpa —susurró Derian deseando envolverla entre sus brazos y sin atreverse a tocarla. La veía frágil y temía que se cerrase en sí

misma, aunque deseaba saber lo que sentía por encima de todo.

—La tengo. La tengo porque os creí a todos vosotros. —Se giró y el vio dolor en el hombre que acababa de hacerle el amor. Vio en él también a toda la aristocracia y los privilegios, a todas aquellas mentiras que les contaban para mantener a todo el mundo en su lugar, para impedir que pensasen por sí mismos—. Eres como ellos, por mucho que quieras verte como un asesino despiadado al margen de la sociedad. Por mucho que trates de mover el mundo desde las sombras y lo veas todo como una gran partida de ajedrez. Nos movéis como peones y no le dais valor a nuestras existencias.

—¿Entonces por qué nos ayudas? —preguntó Derian herido hasta lo más profundo de su ser.

—No estoy segura —reconoció ella—. Creo en mi señora. Lady Cristinne fue la primera en hacer algo que yo deseé durante años y no pude. Si ella dice que sois los buenos yo lo creeré también, hasta que con mis propios ojos vea lo contrario.

—Morirás. ¡No voy a permitirte hacer lo que te venga en gana! No sabes en lo que te metes, no eres más que...

—¿Una doncella? —lo cortó ella. Jamás le permitiría olvidarlo y ella descubrió que no era algo que la avergonzase. Quizás en otro momento lo había hecho, pero había sobrevivido a un auténtico infierno y en aquel mismo lugar, ante la ventana disfrazada de lady, descubrió que estaba orgullosa de ser quien era —Es posible...—Se mordió el labio y eligió con cuidado las siguientes palabras—. He estado con más hombres antes que tú, como ya te dije ellos creyeron tener el poder de decidir que yo deseaba lo que ocurriría. —Derian apretó los puños hasta que se volvieron blancos—. Ellos me miraban y estaban completamente convencidos de que yo tenía que ver sus atenciones como el mayor de los halagos. —Iba a continuar cuando tembló y sintió un nudo en la garganta. La vergüenza, escondiendo su mayor secreto—. Nunca te conté como fue mi primera vez. —Derian tembló al ver su rostro, no quería saberlo. No podría soportarlo, al ver que ella sufría de aquella manera.

—No digas nada.

—De nuevo ordenando. ¿Por mí o por ti? ¿Temes lo que puedas descubrir de una simple doncella? —Ante su falta de respuesta apretó los labios y suspiró—. Ya veo. De todas maneras, te lo contaré. Yo no era más que una niña cuando entré a servir, once años, era duro y cada noche me acostaba con el cuerpo dolorido y las manos llena de ampollas, pero era feliz porque tenía el estómago lleno. Trabajaba en una de las mejores casas de la zona, nada más

y nada menos que la de unos señores que cataban pastelitos hasta reventar y comían carne cada día. Yo no recordaba haber pasado hambre, pero cada vez que podía escondía la comida que sobraba como un perro. La envolvía en trapos y la guardaba bajo la cama, me pasé meses así. —Derian se odió a si mismo por no haber podido evitar que hubiera pasado por eso. Descubrió que habría dado todo lo que tenía porque ella no se sintiera de aquella manera, impotente al no poder hacer nada—. Hasta que una noche escuché lo que no debía. Creí oír un llanto, yo tenía quince años y era demasiado curiosa. Recorrí la casa tratando de descubrir su procedencia y descendí las escaleras rumbo al sótano. —Derian hizo amago de largarse y ella corrió hacia él, abrazando aquel brazo masculino contra su pecho.

—No me obligues a escucharlo.

—¿Duele? No es ni la mitad. ¿No era que somos objetos? Te jactas de decir que soy de tu propiedad.

—¡¡No me refería a eso!!

—Aquella noche cambió todo mi mundo —prosiguió ella, sin creer al marqués y deseosa por soltarlo fuera. Creyó que jamás podría contarle y ahora no era capaz de detenerse. Sentía que a medida que las palabras salían, con ellas se iba la vergüenza—. Al principio en lo único que pensé era que me extrañaba encontrar una habitación bajo la casa y que estaba sucia. ¡Me hacía gracia imaginar la cara de la doncella a la que le tocara sacar brillo a aquel suelo! Y seguí descendiendo hasta que me encontré en una pequeña sala con una mesa en el centro y una mujer atada. Mi primer instinto fue correr hacia ella y soltarle las sogas, pero alguien me atrapó. En mi aventura no me di cuenta de que no estaba sola, el señor me tenía completamente inmovilizada.

—¡Cállate! —gritó zarandeándola como si estuviera loca. Ella no mostró resistencia, su cuerpo se meció como una muñeca sin vida y él se detuvo con las manos sudorosas—. Por favor, Susanne...—La besó en los labios con ternura, la abrazó contra él y la tristeza la atravesó, sin embargo, no era capaz de llorar. Se sentía seca, dormida. Cuando se separó de su boca vio que los ojos de la mujer que tenía ante él habían perdido la vida y deseó volver a atrás.

—Él era fuerte y yo no luché. Por algún motivo al saber que era el señor, que si lo hacía me echaría después de tomar de mí lo que quisiera me quedé mirándolo mientras me arrancaba el uniforme, rasgándolo hasta llegar a lo que le interesaba...

—No fue tu culpa...

—Le permití hacerlo porque, ¿quién le dice que no a un lord? Yo solo era una doncella. —Derian recordó las veces que había dicho aquellas mismas palabras y dio dos pasos hacia atrás. La culpa lo golpeó con eficacia y la miró sin atreverse a tocarla.

—Yo jamás...

—Pero te pertenezco. Debería dar gracias de que hayas pensado en mí para calentar tu cama pues jamás tendré cosas tan hermosas como si accedo todos tus deseos. ¿Has pensado alguna vez en los míos?

—¡Yo no sabía nada!

—¿Y eso te hace menos culpable? —Derian no comprendía lo que había ocurrido. ¿Cómo habían llegado hasta allí? ¿Cómo había perdido tanto el rumbo?

—Estás loca.

—Cierto, lo estoy. Tengo que estarlo para haber aceptado tus migajas con una sonrisa, tengo que estarlo para desear a un marqués que me desprecia cada vez que me toca al no ver en mí a una igual. ¿Alguna vez me lo has dado todo?

—¿Quieres dinero?

—Con esa pregunta ya me has dado la respuesta. —Susanne se giró y volvió la vista a la ventana. La llovizna se había convertido en una gran tormenta, descargaba grandes gotas sobre la tierra y muchas chocaban contra aquel mismo cristal. Fue con ese pensamiento en la cabeza con el que se limpió una lágrima que descendía por su mejilla.

—Susanne...

—Vete. Necesito descansar. Es hora de que haga mi trabajo.

—No... Por favor... No quiero que te hagan daño.

—¿Más que tú?

Sintió que su pecho se desgarraba al escuchar como la puerta se cerraba.

Capítulo 26

Y huyeron juntos, siendo uno, sintiéndose completos. Por unos minutos fueron felices...

S alieron una hora después envueltos en dos inmensas capas negras. Dos bultos atravesando el jardín en silencio, ocultos entre las sombras, sintiéndose perseguidos y con la adrenalina calentándolos por dentro.

Rodearon la casa y encontraron dos hermosos caballos atados a un árbol. Aki subió de un salto, pero Susanne tardó varios minutos más. Tenía el corazón desbocado al sentir aquel inmenso animal bajo sus pantorrillas, temía salir despedida si se encabritaba y aferró con tanta fuerza las bridas que apenas sentía las manos.

—Sígueme, señora. No se detenga. —Aki espoleó al caballo y ella hizo lo mismo. Imitó sus movimientos, concentrándose en todo momento en la espalda de aquel pequeño que no dejaba de sorprenderla. En él podía ver una fuerza que ella jamás poseyó.

Empezaron a trotar, pero cuando estuvieron lo suficientemente alejados directamente galoparon, que en contra de lo que ella pensaba era mucho más sencillo.

Al final acabó acostumbrándose, e incluso disfrutando, llegando a reír a carcajadas mientras el viento le golpeaba la cara. Tentada estuvo a abrir los brazos, como si se encontrase en pleno vuelo, lejos del alcance de los demás y libre de alcanzar un lugar prohibido.

No quería detenerse y las horas pasaron con rapidez. Cuando el sol comenzaba a asomar en el horizonte Aki se detuvo al margen de la carretera y ella sintió pena. Inconscientemente, acariciaba el cuello de aquel semental de pelaje castaño oscuro que relinchaba con fuerza y coceó varias veces impaciente cuando ella desmontó.

Le temblaban las piernas, fruto de la tensión a la que las había sometido, y sonrió estirándose.

—¿Ahora qué? —preguntó mirando al pequeño. Era ella la que tenía una

importante misión, sobre la que recaerían los elogios si conseguía finalizarla con éxito, pero ella lo veía a él como el auténtico líder. Quería aprender, por extraño que pudiera parecer.

—Señora, deberíamos detenernos unas horas en la taberna. Si nos buscan no nos encontrarán. —Ella asintió, aunque no le gustaba la idea—. Aprovecharemos la noche.

La noche. Había sido maravilloso cabalgar bajo las estrellas. Rodeada de aquellos sonidos de animales e insectos, creando una melodía maravillosa a su alrededor.

—Está bien. Aprovecharé para comer algo —contestó ella sintiendo el rugido en sus tripas.

Se acercaron por la puerta de atrás y, tras tenderle los caballos a un mozo, pidieron dos habitaciones. Le subirían la comida en un momento, pensó mientras se sentaba sobre aquella cama dura como una roca. La manta que la cubría estaba raída, pero todo estaba limpio y eso era suficiente.

Se tumbó mientras esperaba y el cansancio ganó la batalla. Cerró los ojos y sonrió antes de perderse en aquel bosque inmenso, con oscuridad bajo las piernas como único compañero y todo el mundo a su alcance. Fue feliz.

Capítulo 27

Era un depredador, pero aprendió siendo presa. Solo el que ha sufrido sabe cómo hacer daño.

El señor Toller volvía al hogar de lady Linnete cuando los vio pasar. Ya casi amanecía y los rayos de sol cegaban sus ojos, poco acostumbrados a la luz. Demasiados años recluido, muchas veces en el sótano, habían pasado factura a aquel hombre.

Fue el rostro de la mujer el que hizo que se detuviera interesado.

—¿La duquesa de Somerset? —No se oyó a sí mismo. La sorpresa se había transformado en alegría y ésta dio paso a la impaciencia.

A ella la acompañaba un muchacho pequeño, pero eso no le preocupaba. Estaban cerca de una taberna y, mientras él se mantenía oculto, desmontaron y comenzaron a caminar hacia ella. Ni siquiera él podía creerse que tuviera tanta suerte.

Caminó con prisa hacia aquella casa de madera. Miró la puerta dos veces antes de verse obligado a tocarla para entrar. No entró al salón, se dirigió directamente a las escaleras que había en la esquina y subían a la segunda planta.

—¿Qué hace aquí? —La voz asustada de una mujer madura, que llevaba un gran tazón de madera entre las manos lo hizo improvisar. Con la sonrisa que cruzaba su cara y la convertía en una horrenda máscara la golpeó con saña, no una vez, sino cinco. ¿Era necesario? En el primer puñetazo la pobre mujer del tabernero cayó inconsciente, sin embargo, el olor de la sangre, que salía por la nariz de aquella señora, lo volvió loco. Respiró varias veces, pasándose la mano por la cara y trató de aclararse las ideas.

—La duquesa es lo importante. —Volvió a decir Toller, fijándose un objetivo claro del que no debía desviarse.

Solo había ocho habitaciones en aquel pasillo y entreabrió dos antes de dar con lo que buscaba.

La mujer dormía acurrucada sobre la colcha. Estaba feliz y murmuraba en

sueños, al tiempo que se removía inquieta.

—Es hermosa y parece joven. —Soltó de pronto una voz femenina a través de la boca de Toller—. No merece morir. —Estiró los dedos y los pasó con suavidad por aquel pelo castaño tirando a rubio. El cabello creaba una aureola en torno a uno de los rostros más hermosos que había visto nunca—. No se lo merece, no señor. —Reafirmó su postura sintiendo que el monstruo que había en su interior volvía a hacerse con el control y sintiendo tristeza por el cruel destino que le esperaba a la mujer.

—Es ella, tiene que serlo. —El señor Toller meneó la cabeza furioso, antes de saltar sobre la cama y colocar una mano sobre la boca de Susanne. Ella entreabrió los ojos sorprendida.

Capítulo 28

Solo cuando lo pierdes comprendes que siempre lo has querido.

Cuando Derian volvió al dormitorio de Susanne, dispuesto a disculparse, lo encontró vacío, pero no fue hasta que entró en el de Aki que sintió que su corazón se detenía y el suelo se movía bajo sus pies. El miedo hizo que todo se volviera negro.

Como un vendaval salió de aquella habitación y buscó a Linnete, rugiendo como un león enjaulado antes de encontrarla.

La anciana era dura, pues muchos otros se habrían mostrado temerosos, sin embargo, ella sonrió al verlo entrar en su habitación con solo un pantalón y el pecho al descubierto. Linnete, con un precioso camisón verde, lo observó más de la cuenta antes de verlo avanzar y cogerla por el cuello. Los dedos de aquel hombre empezaron a apretar peligrosamente el viejo cuello de Linnete mientras los desquiciados ojos de Derian le mostraban la magnitud de los sentimientos que aquel hombre tenía por Susanne.

—¿Dónde está?! —gritó ante su cara, tentado a golpear a Linnete contra la pared hasta acabar con su vida —Te mataré una y mil veces, lo prometo.

Linnete respiró todo lo que pudo y sacó la daga de su pierna, en un movimiento ágil la colocó sobre el cuello del marqués, que redujo la presión.

—Querido, no sé de quién me habla. Deberá ser más específico. En mi hogar tengo a muchas invitadas.

—No se haga la tonta, sabe perfectamente a quién me refiero. ¿Dónde está Susanne? —Volvió a preguntar perdiendo la paciencia. Cada segundo era valioso.

—¿Esa muchacha? Es hermosa, ¿verdad?

—¡La ha mandado a morir! —la acusó —Si algo le ocurre no habrá lugar en el que pueda esconderse. La... La...—No había tortura lo suficientemente horrenda para todo lo que le haría.

—Ya entiendo. —Linnete chasqueó la lengua, gesto muy poco femenino, y sonrió ante un asombrado marqués—. ¿La amas?

—¿Acaso no comprende su situación? ¡Dígame dónde está antes de que le ocurra algo!

—¿Para qué? Ha sido decisión de ella y estoy segura de que es más capaz de lo que usted cree. Volverá, si quiere puede sentarse y la esperaremos juntos —sugirió ella apretando la daga contra la piel del marqués hasta que comenzó a sangrar, por el momento la herida era superficial. Él la soltó con asco y, cuando ella alejó la daga, golpeó su rostro con fuerza lanzándola hacia el suelo. El sonido de su cabeza contra el piso fue estremecedor.

—Vieja...—Escupió a su lado antes de inclinarse sobre ella—. disfrutaría despellejándote por el atrevimiento de alejar de mí lo que me pertenece, pero si le ocurre algo...—Linnete abrió los ojos asustada.

—Ella no te pertenece. —Derian suavizó su gesto considerablemente.

—Ella está herida, mucho más de lo que cualquiera cree y la ha mandado contra personas crueles, capaces de cualquier cosa. Dígamelo o no respondo. —De la parte de atrás de su pantalón sacó un revólver y apuntó a su cabeza—. Uno, dos...

—Solo tenía que recoger a una persona, no ha de estar lejos. No le ocurrirá nada. —Derian volvió a guardarlo. Ya se iba cuando ella, sintiendo un dolor atroz traspasando su cabeza, se incorporó y lo llamó.

—Sé que me odia, pero haga lo correcto. Ella necesita un compañero, alguien capaz de confiar ciegamente y dárselo todo. Si no es así será usted el que la mate.

Después de amenazarla, de estar listo para apretar el gatillo y arrebatarse la vida Derian se giró sobre sí mismo con una sonrisa y la miró. Ella parpadeó confundida.

—Lo intuí desde el primer momento en el que la vi. Nada volvería a ser lo mismo. Creo que esa pequeña belleza me ha salvado la vida.

Lady Linnete asintió enternecida, con lágrimas en los ojos, y lo vio salir. Se tumbó sobre la cama, tras tirar del cordón para llamar a su mayordomo, y sonrió al pensar en que quizás él sí que conseguiría ser feliz.

En el tiempo que se daba la voz de alarma, pues un “desconocido” había atacado a la señora, Derian ya se encontraba camino a Londres. A pesar de que el sol no tardaría mucho en aparecer, preguntó, temeroso y esperanzado, cada vez que se cruzaba con alguien.

—Si nosotros hubiéramos tenido una oportunidad...—susurró Linnete mirando el techo —pero eran otros tiempos. —Suspiró cansada—. Y yo también tenía dueño. —Solo que el hombre que decía poseer derechos sobre

Linnete no la amaba y no luchó por hacerla feliz. Ella estaba convencida de que el marqués era diferente, tenía que serlo o ella misma lo mataría para evitar que aquella joven sufriera la misma suerte que ella.

Capítulo 29

Era un miedo tan atroz que, por un instante, sintió paz.

Golpeó con fuerza aquella mano, pero no sirvió de nada. Cristinne abrió los ojos asustada, mirando fijamente aquel rostro, deformado por la ira, mientras dos lágrimas caían por sus mejillas. La impotencia que creyó, ingenuamente que jamás volvería a sentir, la empapó.

Aquel hombre golpeó su cabeza y todo se volvió negro. Perder la consciencia era lo último que deseaba, no tuvo elección.

Con rapidez la amordazó y cargó con ella. No parecía muy fuerte y, aun así, la levantó a pulso sin esfuerzo alguno. Llevándola al hombro, completamente envuelta en una manta, la sacó de aquella posada por la puerta de atrás.

La subió como un fardo más a un caballo y emprendió el camino. Iba contento a pesar de la incomodidad del transporte, jamás le gustaron los animales. Toller prefería acabar con sus vidas, pero al mirar hacia abajo y, al ver el bulto que contenía a su presa, olvidaba las incomodidades. No veía el momento de llegar a su destino, imaginándose todo lo que haría una vez allí.

En su cabeza había una acalorada conversación. Todas sus personalidades gritaban con fuerza, tratando de tomar el control. No solo se trataba de Wallace o la mujer, que jamás tuvo nombre, sino de Carlo y de Simeon. Todos ellos tenían algo que decir al respeto, mientras los árboles pasaban a su lado y veía su destino cada vez más próximo.

El interior de su cabeza era una sala redonda, llena de sillas y con una mesa en el centro. Era un lugar oscuro, al igual que lo había sido su existencia, y cada una de las personalidades tenía un rostro propio. Toller estaba en pie y los miraba con asco, por mucho que gritaban jamás se habían atrevido a desafiarlo abiertamente.

—No puedes ponernos a todos en peligro por una venganza absurda. ¡Nos hizo un favor! El doctor era...—dijo Carlo enervado mientras golpeaba la mesa. Aquel hombre había aparecido en su interior la primera vez que el doctor decidió que había incumplido las normas y que su castigo

debía ser darle veinte latigazos. Para un niño de doce años la situación le superó y solo Carlo, un hombre rudo e imperturbable podía soportarlo. Aquel día no soltó ni un solo sonido, hecho que provocó que el doctor le regalase un par de latigazos extra.

—Apenas es una niña —susurró la mujer llevándose las manos al pecho con tristeza. En el interior de aquella habitación negra ella tenía el pelo blanco y una cara que desprendía bondad. Sus manos estaban arrugadas y temblaban a cada movimiento, aunque ninguno de ellos le hizo caso. En aquel lugar ella era la que menos importaba.

—Nos meterás en problemas. No deberías hacerlo y mucho menos a la luz del día. Si vas a ser estúpido al menos sé inteligente —soltó Simeón con sorna—. Quizás debería quitarte de en medio de una vez por todas —amenazó, deseoso por cumplir cada palabra. Simeón parecía pacífico y atractivo, tenía la capacidad de convencer al mismísimo diablo de lo que quisiera, pero era peligroso. Tras esa apariencia hermosa, pues su pelo rubio y sus ojos verdes, unido a su porte gallardo lo convertía en el hombre perfecto, había mucha oscuridad. Nadie recordaba cuando había aparecido, siempre había estado allí y, aunque era fuerte en comparación al resto, incluso más que el señor Toller, nunca había hecho el amago de tomar el control.

—La llevaré a nuestro hogar y me ocuparé de que no quede rastro de ella —explicó Toller, mirando a Simeón a los ojos—. Seré más cuidadoso.

—¿Cuidadoso? Tendrías que ser algo más inteligente. Vas con una mujer amordazada por el camino principal a plena luz del día —replicó Simeón con suavidad.

Por primera vez en años Simeón se levantó de aquella silla y se aproximó. Sonrió cansado y agarró por la pechera de la chaqueta a Toller levantándolo a pulso.

—Lo solucionaré. Seré más cuidadoso —gimió el señor Toller.

—Todos nosotros nacimos porque se nos necesitaban, pero ¿por qué Wallace te necesita a ti? —preguntó Simeón acercando la cara hasta quedar a escasos centímetros —¿Sabes lo que hice yo? —El señor Toller negó con rapidez—. Es normal que ninguno lo recordéis, no existíais. Tampoco conocíamos al doctor. Ahora que lo pienso Wallace apenas había aprendido a caminar.

—Habla de una vez —pidió Carlo impaciente.

—Madre no era una buena mujer, pero era hermosa. La mejor prostituta

del puerto. Sus ojos eran verdes y recuerdo que siempre tenía trabajo — explicó Simeón endureciendo el rostro. A pesar de que trataba de pintarla como una auténtica diosa, su postura, sus ojos, todo en él se fue endureciendo con cada palabra—. Pero jamás quiso a su hijo. Wallace llegó como una boca más que alimentar y estaba cansada de él. Durante casi dos años... pero aquella noche algo se torció. Un hombre la golpeó con brutalidad y cuando llegó a casa apenas podía reconocerla. —El silencio reinaba en aquel lugar. Nadie comentó nada, esperaron pacientemente a que continuase con la historia—. Wallace tenía hambre, apenas había probado bocado en todo el día y corrió contento hacia sus brazos cuando la oyó llegar. Lleno de mierda, sucio y contento, porque ella seguía siendo su madre. Corrió hacia ella y cuando creyó que podría abrazarla, aquella hermosa mujer comenzó a golpearlo. Con saña, con tanta fuerza que él se vio morir. La miraba pensando que seguía siendo bonita y que esperaba que se pusiera bien, Wallace siempre fue el más débil de todos. —Miró en su dirección con asco y se detuvo. Soltó al señor Toller, que se recompuso como pudo, y se giró caminando hacia el original. Wallace se encogió sobre sí mismo.

—Lo siento —gimió al verse en peligro.

—Era pequeño, pero quería vivir. Él no se veía capaz de defenderse, no creía ser capaz de dañar a la única persona que conocía y amaba, pero ¿morir? —Se detuvo a su lado y acarició su pelo con auténtico amor—. Aquel día nací yo. Desperté dolorido, en medio de un charco de sangre, mientras ella dormía plácidamente en su cama. Yo seguía tirado ante la puerta de casa, con heridas que provocaban que cada respiración fuera un auténtico suplicio. Aquel día tomé la vida de nuestra madre furioso, me arrastré hasta ella con un viejo cuchillo entre los dedos y la apuñalé sin piedad. —Wallace lloraba.

—Lo siento —repitió Wallace incapaz de recordar. Al fin y al cabo, él no había sido. Él había querido a su madre hasta el final y jamás hizo nada por impedir aquellos golpes, él la amaba a pesar de sus defectos. Era su madre.

—Si he sido capaz de matar a aquella mujer no dudaré nada en deshacerme de vosotros si nos falláis —concluyó tomando el rostro de Wallace y besándolo en la frente—. ¿Has entendido? —preguntó mirando directamente a Toller.

—Sí.

Y en aquel instante el caballo de Toller, en el que iba envuelta e

inconsciente Susanne, se salió del camino y aceleró el paso. Solo quedaban un par de horas para llegar, pero sentía al mismísimo demonio tras su espalda.

Capítulo 30

A veces la culpa no es de quién engaña sino de quién desea ser engañado.

Cuando la condesa de Rothés conoció al príncipe heredero no sintió nada, pero fingió ser la mujer más afortunada del mundo. Sonrió coqueta y se desvivió por él hasta que lo tuvo, noche tras noche, en su cama. Le hizo creer que respiraba por él y nunca pidió nada, cada vez que le traía un regalo lo dejaba a un lado, repitiendo siempre que lo único que necesitaba era a su “rey”, hasta que el hombre más poderoso del país comía de su mano.

¿Qué era lo que quería conseguir si ya tenía dinero? Venganza. Eso la llevó a tener siempre un arma a mano y ser de gatillo fácil.

Cuando la puerta de su casa se abrió a plena tarde, sin que esperase a nadie, los invitados se toparon con un cañón de pistola.

El reconocimiento la traspasó al ver al marqués de Ailsa y sonrió, sentándose en una butaca, sin soltar el arma en ningún momento.

—Marqués, ¿a qué debo su visita? —inquirió, levantando la ceja derecha, al ver tras él a un niño pequeño. O mucho se equivocaba o era uno de sus niños, los niños de la calle. —¿Y bien? —El rostro de Derian estaba desfigurado.

—Necesito información —contestó llevando la mano a la cintura, palpando la pistola, para volver a dejarla caer.

—¿Negocios? ¿Sabes cuál es mi precio?

—Te deberé un favor. Cuando lo necesites podrás pedirme lo que necesites sin que haga preguntas —dijo Derian conteniéndose. Aki inspeccionaba la zona, con un diminuto cuchillo entre los dedos.

—Díganoslo rápido. La señora está en peligro. —La voz de Aki era una súplica. Se adelantó un par de pasos para que la condesa de Rothés pudiera verlo—. Ella es buena. —La condesa asintió solemnemente y sonrió con ternura al pequeño, antes de que su gesto se congelase al volver a otear a Derian.

—¿Qué deseáis saber?

—Alguien ha raptado a mi mujer. Está en Londres, acaba de llegar. Tus hombres deben saber algo, el cabrón que la tiene ha estado matando últimamente. ¡Tienes que saber de quién se trata! —aulló impotente porque apenas podía dar información. ¿Y si no la encontraba? ¿Qué haría entonces?

—Sé a quién buscas. —Derian abrió la boca asombrado—. No por la mujer sino porque se atrevió a tocar a gente que está bajo mi protección. Lo tienen vigilado, estaba esperando para actuar.

—¿Quién es?

—El pupilo del difunto doctor William Gull. ¿Lo recuerda? Fue famoso por asesinar a las amantes de nuestro jefe. Has tenido mucha suerte, ¿lo sabías? —Derian salió corriendo con Aki tras él—. ¡Me debes una! —gritó ella para que la escuchasen al salir atropelladamente de allí.

Lo que ellos no sabían era que ya le estaban haciendo un gran favor al deshacerse de aquella escoria. El heredero del doctor Gull había asesinado a su abogado, a uno de los que custodiaban su mayor secreto, pero si ella personalmente daba la orden temía que acabase al descubierto.

Tomó la copa de ron entre los dedos y lo saboreó. No era el mejor, pero le recordaba a dónde había tenido que llegar por sobrevivir. Aquel sabor era el sabor de las calles, de la muerte, del miedo. Aquel sabor la mantenía inquebrantable.

—¿Se han ido? —inquirió su nana, saliendo de detrás de una columna con una escopeta entre las manos —¿Estás segura de lo que has hecho?

—Es lo mejor. Jamás me relacionarán con su muerte —concluyó sintiéndose mucho más tranquila. Miró el cuadro de la pared del fondo, tras el que guardaba la única copia que existía.

—¿Y si lo hacen? ¿Y si no acaban con su vida?

—Nana, él no sabía nada. El abogado solo fue una víctima más en la lista de ese hombre. —Al menos eso esperaba, pero le preocupaba la nota y lo oportuno de la elección de las víctimas.

—Eso espero, mi niña. Algún día serás libre de los fantasmas.

—Gracias al marqués no tendré que preocuparme por el momento —dijo la condesa con miedo, escondido bajo la superficie.

Capítulo 31

Y cortó, cortó tratando de encontrar el lugar dónde pudiera sentirse bien. Cortó la carne de su víctima tratando de opacar sus propios fantasmas. Una gratificación efímera, fruto de dolores mucho más poderosos que su propia voluntad.

El lugar estaba silencioso. La habitación era oscura, no tenía ventanas. La única iluminación de aquel sitio provenía de una serie de velas dispuestas por la zona y en el centro una mesa de metal sobre la que descansaba Susanne.

Parecía una princesa dormida, tranquila. Estaba completamente desnuda y sus manos descansaban sobre su abdomen entrelazadas. No estaba retenida, pero el señor Toller la observaba desde una esquina.

Ella empezó a abrir los ojos y él sonrió. Susanne trató de llevarse la mano a la cabeza, en la que tenía una pequeña brecha, pero su cuerpo no respondía. Gruñó tratando de ver algo y el señor Toller se levantó, estirándose la ropa y recolocándose la corbata.

—Buenas tardes, has dormido más de lo que pensaba. Bienvenida a tu último lugar de descanso. —Estiró los brazos teatralmente y comenzó a desnudarse. Se retiró la camisa, desabrochando los botones de los puños con lentitud, mientras ella trataba de incorporarse sin conseguirlo. Saboreó cada segundo, sintiendo el miedo de aquella joven creciendo en el interior de su pecho. El señor Toller se colocó un delantal blanco y se dio por satisfecho.

—¿Quién es usted? ¡Déjeme marchar! —pidió desesperada. Con los ojos, que acababan de acostumbrarse a la oscuridad, revisó cada pared en busca de una salida. No podía terminar de aquella manera—. ¿Por qué no puedo moverme? —preguntó asustada. ¿Se quedaría así para siempre?

—Un viejo truco, se te pasará en unas horas, aunque tú no vivirás tanto.

—Yo no he hecho nada. Haré lo que sea necesario, pero no me mate — imploró llorando mientras él se aproximaba con un maletín en la mano y empezaba a sacar instrumental médico. Lo depositó en una pequeña mesita a su lado y lo acarició con mimo. Ella gritó pidiendo auxilio, pero nadie

contestó mientras lo veía elegir.

Con el escalpelo entre los dedos se aproximó a ella. Primero trazó una línea imaginaria sin llegar a rozarla, ella gritó nerviosa revolviéndose, pero su cuerpo seguía sin responder y solo consiguió mover la cabeza.

—Vamos a jugar. —Y la cortó. Fue en el hombro, penetrando la piel y abriéndola. Susanne jamás sintió tanto dolor como cuando él deslizó el escalpelo por su piel. Cerró los ojos ansiando desmayarse cuando el señor Toller se detuvo.

Oyó una pelea y giró la cabeza. Lo que vio la hizo sonreír. Aki y Derian estaban ante aquel hombre, dispuestos a acabar con su vida, cada uno con un cuchillo en la mano.

—Sácala de aquí —ordenó Derian a voz de grito sin despegar los ojos de aquel tipo—, Yo lo mataré.

—¡No la toquéis! ¡Es mía! —gritó Tollen mirándola enloquecido —Debo sacarle información. ¡Vengaré la muerte de mi mentor!

—¿Y cómo lo harás sin manos? —La voz de Derian era un susurro frío y sus ojos azules eran los de la mismísima muerte. Susanne lo miró con lágrimas en los ojos, cuando el señor Toller se lanzó a por él gimió con auténtico terror. La sola idea de que le ocurriera algo era insoportable.

—Señora, levántese. Venga conmigo. —Aki tiró de su mano, pero ella no pudo ayudarle.

—No puedo. Mi cuerpo no responde. —Aki miró la herida y se quitó la camisa, tratando de detener la hemorragia con miedo, mirando de reojo la pelea.

—Tiene que intentarlo, señora. Tenemos que irnos. No, no se duerma —pidió acariciando el rostro de Susanne.

—No dejes que le mate —suplicó Susanne mirando a Derian, deseando haber tenido más tiempo. Si lo hubiera hecho habría disfrutado de sus caricias, se habría olvidado del orgullo y se habría aferrado a él. Quería su consuelo, sus besos y sentirse de nuevo completa—. Le amo, no dejes que le haga daño. —Sintió que los ojos le pesaban y Aki temió que se hubiera ido. Respiró un poco mejor al ver que su pecho todavía seguía moviéndose, pero ¿durante cuánto tiempo?

Aki se giró furioso. Observó a aquellos dos hombres, consciente de que cada uno a su manera le habían hecho daño a aquel ángel, sin embargo, ella deseaba que Derian viviera.

Corrió, se lanzó contra él con todo lo que tenía. Olvidó pensar y actuó por

instinto. Aki cortó sus piernas, no buscaba matar. Después fue a por los brazos y se retiró. Derian aprovechó ese momento para apuñalarlo en el corazón y el hombre cayó de rodillas, con los ojos abiertos sin creerse que aquello hubiera ocurrido.

Su cuerpo cayó en el suelo de frente, la sangre creció a gran velocidad bajo él, pero nadie se quedó mirando. Volvieron al lado de Susanne y Derian la recogió con delicadeza. La envolvieron en un par de mantas, que encontraron en una de las habitaciones, y salieron de aquel lugar. La sangre seguía saliendo y la respiración de Susanne era cada vez más superficial.

—No morirá —dijo Derian asustado, apretando su cuerpo inconsciente contra él, tratando de retenerla a su lado—. Es fuerte, no me dejará.

—Ella quiso protegerle —susurró Aki mientras detenían un carruaje y daban la dirección del hogar de Demian.

—¿A mí?

—Cuando traté de llevármela lo miró y me pidió que lo salvase, que no permitiera que le hiciera daño —explicó el pequeño cogiendo la mano de su señora y apretándosela con fuerza—. No se la merece y la hará sufrir.

—Cierto, no la merezco, pero si sobrevive lucharé cada día por hacerla feliz. Si muere tampoco quedará nada en este mundo para mí.

Aki deseó que dijera la verdad.

Capítulo 32

Y bailaba con la dama más peligrosa del mundo. Sus ojos estaban vacíos, sus besos te robaban el alma, pero Susanne sostenía sus manos sin miedo mientras se dejaba guiar en una danza eterna. La muerte no hablaba, pero sentía su gran dilema. Solo la muerte podía dejarla marchar, pero la retuvo un poco más, lo justo para poder terminar la canción y enviarla a un hogar feliz. “Solo un poco más pequeña...”, pensó haciéndola girar de nuevo.

A quella construcción de piedra de dos pisos era inmensa. Cuarenta habitaciones y una gran sala de baile. Hermosas pinturas y muebles de maderas exóticas. El silencio bailaba por aquel lugar, todos se movían pisando con cuidado y hablaban entre susurros. Tenían miedo.

En la segunda planta, escondida entre las sábanas y temblando por la fiebre que la consumía, estaba Susanne. Su camisión era de fina seda blanca, varias doncellas paradas en la puerta a la espera de que abriera los ojos, todo lo que el dinero podía pagar estaba a su disposición.

Aki recogió la mano de Susanne y la apretó contra su rostro. Aspiró su aroma y tembló imperceptiblemente. Por unos minutos se sintió en casa, lo más cerca que había estado nunca. Miró el rostro de Susanne, hermosa, dormida, paralizada en el tiempo.

—Es culpa tuya —susurró tan pronto Derian asomó la cabeza. Sus ojos azules brillaron antes de volver a ser fríos, su sonrisa arrogante provocó que Aki saltase hacia él con un cuchillo entre los dedos—. Si le pasa algo...— Derian abrió los brazos deseando morir. Se sentía agotado y vacío, solo aquel movimiento en el pecho de Susanne lo mantenía en pie, pero su aspecto dejaba mucho que desear.

—Agua...—La voz ronca de Susanne los hizo saltar. Chocaron entre ellos tratando de llegar hasta la jarrita de cristal y, tras un ligero forcejeo, Derian le sirvió un vaso y se lo acercó a los labios. Se quedó mirando embelesado mientras aquel líquido entraba en su boca y deseó poder besarla. Calmar su sed con su lengua y sentirla bien entre sus brazos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó todavía aterrorizado mientras tocaba su cara, repasaba su rostro deteniéndose en las ojeras y aquel color blanquecino en la piel. Sus labios estaban cortados y él los mojó con cuidado tratando de calmar el dolor que debía de sentir.

—Bien. —Jadeó y se llevó la mano al hombro, estaba vendado, pero el dolor punzante la hizo cerrar los ojos—. ¿Aki? —La cara del niño apareció al momento a su lado y ella le hizo un gesto para que se acercara. Besó su mejilla con suavidad y dejó escapar el aire con una sonrisa—. Temí no volver a verte. —Derian deseó que se lo hubiera dicho a él, ver aquella ternura en sus ojos dorados dirigida solo a él.

—Llamad al médico —pidió mirando a su espalda, la doncella se inclinó antes de abandonar la habitación—. ¿Tienes hambre? —inquirió sin dejar, en ningún momento, de mirar a Susanne. Haría cualquier cosa, cumpliría todos sus deseos, anhelaba poder hacer algo, cualquier cosa.

—Necesito descansar —repuso ella apoyando la mejilla derecha en la almohada y cerrando los ojos. Se sentía triste, a su mente acudieron las imágenes de lo que había ocurrido y recuerdos, que hasta entonces habían permanecido reprimidos, pero que ahora no podía dejar marchar—. Sigo viva. —añadió melancólica mientras abrazaba las sábanas y las subía a su pecho.

—Te recuperarás —predijo Derian cogiendo una de sus manos, pero ella la retiró con suavidad guardándola bajo la colcha. No llegó a mirarlo, sus ojos se cerraban de nuevo—. No me rechaces, por favor.

—¿Ya no vas a obligarme? Tú eres el gran marqués. ¿De qué te ha servido? ¿Eres feliz? —Derian negó con la cabeza, aunque ella no lo miraba.

—Podemos cambiar, todos pueden.

—No, no podemos. Estoy cansada —repitió apretando los labios, conteniendo las lágrimas mientras el rostro demente del señor Teller se mezclaba con el de su anterior señor, el duque de Somerset y con el de aquella mujer.

—Lucharé —prometió Derian.

—Estoy segura, siempre has de ganar.

Aki no dijo nada. Él mejor que nadie comprendía que había momentos en los que el silencio era la mejor conversación. Un abrazo, una caricia o simplemente ayudarla en aquellas cosas por las que sintiera vergüenza solicitar la mano de otra persona. Se mantuvo vigilante y asintió cuando los ojos dorados de ella se posaron en él.

Tras la llegada del doctor, que le dio un poco de láudano, ella volvió a

dormir. No quería pensar, la consciencia era algo que deseaba evitar y se dejó llevar.

Tres días después Derian y Aki seguían en el mismo lugar. La cara del marqués era la que peor aspecto tenía y su barba de dos días le daba un aire oscuro. Ya nadie se atrevía a hablarle, solo Aki parecía inmune a sus amenazas.

—Ella no despertará —comentó Aki con tristeza—. Morirá porque su alma ya no ansía seguir luchando.

—Se está recuperando —refutó el marqués.

—¿De verdad?

La herida había superado la infección, la piel tenía mejor aspecto, pero cada vez que recuperaba la consciencia pedía su cucharadita de medicina, esa que le permitía dormir eternamente.

—¿Y qué puedo hacer yo? —Aki se encogió de hombros y lo miró con una sonrisa diabólica.

—¿Morir?

—¿Y ella viviría?

—Lo dudo, pero yo me sentiría mejor. —El marqués comenzó a reírse enloquecido y, en ese instante, Susanne gimió escondiendo la cabeza bajo la almohada.

No lo soportaba más, pensó antes de arrancarle la ropa de cama. Cuando Aki saltó sobre él, el marqués le golpeó en el mentón y el niño cayó al suelo inconsciente. Ella se incorporó furiosa y Derian sonrió altivo.

—Una cobarde. ¿Le aprecias lo más mínimo o siempre lo has manipulado? —Susanne bajó los ojos antes de sonreír y levantarse. Le temblaban las piernas, Derian quiso acudir a ella y ayudarla a caminar, sostener sus brazos y besar sus labios. La deseó como jamás creyó posible, doliéndole a él mucho más aquella expresión de decepción que volvió a dedicarle.

—Es al único en este mundo que extrañaría. —Susanne se dejó caer a su lado y, con todas sus fuerzas lo arrastró hasta la cama. Aki seguía inconsciente, pero el golpe no tenía muy mala pinta. Jadeó al tratar de colocarlo sobre el colchón y Derian se aproximó, tomándolo y depositándolo con cuidado—. ¿Gracias? —preguntó irónica.

—Trató de atacarme —contestó él con indiferencia, como si aquello lo justificase todo.

Ella se sentó al lado de Aki, mientras le limpiaba la cara con una toalla mojada y le retiraba un par de mechones del rostro. Así debía sentirse una

madre.

—Lo quiero como a un hijo y lo has golpeado. Has dañado lo único importante que me queda, en lugar de protegerlo por mí. —Sentenció besando la frente del niño.

—Lo lamento. No quise hacerle daño, pero no soporto verte así.

—Mi madre me amó mucho, ¿sabías que tuve una? Supongo que los de tu clase creen que aparecemos en camadas, como los perros, para servirlos. Tuve una madre —repitió temblando y acurrucándose de nuevo en la cama. Cogió el diminuto cuerpo de Aki y lo apretó contra ella, tratando de entrar en calor y reconfortar su alma—. La tuve.

—¿Qué ocurrió? —Derian diría cualquier cosa por seguir escuchando su voz, la única forma que se le ocurría de que permaneciera a su lado. Ella lo miró por primera vez a los ojos.

—Los tuyos, ella también le pertenecía a alguien.

—No es justo.

—¿No lo es? ¿Dónde está la justicia para las mías? Mujeres sin voz, sin nadie que las defiendan que pueden ser usadas hasta que o mueren o se hacen viejas y ya no sirven para ocuparse de las tareas de una gran casona. ¿Dónde está la justicia cuando una de las mías decide decir que no?

—No es una lucha entre nobles y plebeyos. Son las normas que nos rigen, que mantienen el equilibrio —explicó el marqués sintiéndose un auténtico cabrón. Al decírselo a ella, cuando la sentía como el mayor tesoro de su vida, sentía que había vivido engañado desde que nació.

—Cierto, alguien tiene que mantenerlos calientes, daros la comida y vestirlos. ¿Alguna vez has mirado a una de esas niñas que camina descalza en pleno invierno por la calle? Las ratas se congregan a su alrededor deseosas de morder su carne, en ocasiones lo intentan, pero ella no lo siente pues el frío apenas le permite mover las piernas. —Derian negó con la cabeza mordiéndose el labio inferior—. Eso pensaba.

—¡He cambiado! ¡Tú me has cambiado! —gritó descontrolado.

—¡No te creo! —aulló ella —¡No puedo hacerlo!

—Tú también puedes sentirlo. Lo sientes, dime que no estoy loco...— suplicó inclinándose al lado de aquella hermosa mujer y besándola en los labios. Ella deseaba huir, empujarlo y dejarlo atrás, pero se sintió tan bien... Aquel contacto la encendía, la reconfortaba y la calentaba de una manera que la avergonzaba. ¿Cómo podía odiarlo tan intensamente y desear que jamás se alejara? ¿Cómo podía mirarlo sabiendo que formaba parte de aquel grupo de

hombres que había jodido su vida y seguir anteponiendo el bienestar del marqués al suyo propio? Era estúpida, no podía haber otro motivo.

Era un beso suave, sin embargo, Derian no pudo contenerlo. Ella no había cerrado los ojos, lo miraba con el corazón encogido mientras disfrutaba del contacto de su lengua, lo miró aguantando las lágrimas porque comprendió que aquel sentimiento que la atravesaba cuando estaba cerca era demasiado intenso y que jamás podría olvidarlo. Lo miró y lo miró, sin separarse, sin cooperar. Solo le dejó que la besara disfrutando, cansada para tomar una decisión y sabiéndose cobarde para perder a un hombre que a pesar de todo traía emoción y vida a su ajado cuerpo.

—Lo siento. —Ella no mentía, no tenía sentido. Su cuerpo reaccionaba, lo hacía solo con verlo. Jadeó al sentir las manos del marqués en su cintura y se levantó, alejándose de Aki avergonzada—. Acompáñame. —Pidió entrando en la habitación del marqués, que conectaba con la que ella había ocupado por una puerta inmensa de roble.

Cuando Derian entró ella cerró con llave. Se quitó el camisón por la cabeza, tocándose el hombro con suavidad.

—¿Qué haces?

—Sentir. —Dos lágrimas recorrían su mejilla. El marqués caminó hasta ella, recogió una de aquellas gotitas entre sus dedos y se la llevó a la boca. Ella se quedó en silencio y él diseminó besos por sus mejillas.

—¿Y qué puedo hacer?

Susanne cogió el pecho de su camisa con la mano derecha y tiró de él. Se puso de puntillas para estar más cómoda y tomó su boca. No pensó en nada, lo mordió con fuerza y cuando Derian se quejó llevó las manos a su pantalón.

No hubo juegos, fue a por todo.

—Tumbame en la cama. —Él la cogió en brazos con delicadeza. Mientras la llevaba besó su pecho sobre la camisa, aspiró con fuerza su aroma y mordió su hombro.

—Estás diferente —dijo Derian. Le gustaba aquella vena más agresiva, su brusquedad, pero también despertaba todas sus alarmas.

—Todos cambiamos. Fóllame, no me apetece hablar.

La tumbó y se colocó sobre ella. Entró con fuerza y sonrió al ver que Susanne abría los ojos asombrada. Empezó a embestir y ella sintió la presión, no solo en su vientre sino también en su pecho. Era un nudo que, a cada movimiento, a cada roce, se enroscaba más y más robándole el aire.

Ella se aferró con una mano como pudo, quería sostenerse a él y Derian la

abrazó con cuidado, a pesar de que entraba en su interior con rabia, deseando olvidar el pavor que había pasado al temer que ella jamás volviera. Sintió que en cierta manera aquella noche había muerto, pues la mujer que tenía entre los brazos, la misma que estaba a punto de catapultarlo al placer más carnal, no parecía la misma. Aquella inocencia, luz y belleza ya no estaba. Comprendió que a pesar de todo la amaba, la quería de una manera que lo asustó, porque comprendió que lo había jodido todo demasiado y temía no poder volver a atrás.

Él tocó ese botoncito mágico y ella gritó su nombre. Se miraron y él se dejó ir, esperando dejarla en estado, algo ruin quizás, pero que mantendría sus destinos unidos por siempre. Quizás por un niño, por una personita de ambos, ella le diera una oportunidad. Siempre creyó saber qué decir, cómo tratar a una persona para que esta hiciera lo que deseaba, pero él no quería obligarla. Deseaba que viniera a él y se lo diera todo, que lo mirase con deseo y formar un todo.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado tocando el hombro herido.

—Mejor. Necesitaba pensar. —Él sonrió girando la cabeza.

—¿Pensar? ¿En pleno sexo?

—He tomado una decisión.

La sonrisa fue escurriéndose del rostro masculino, esperando las siguientes palabras.

—¿Y bien?

—¿De verdad deseas saberlo?

—¿Acaso va a cambiar algo?

—No, nos marchamos. Aki y yo —agregó para que no hubiera malentendidos.

—No, no lo permitiré. Estás herida y...—Susanne colocó un dedo sobre los labios de Derian.

—Un objeto. —No necesitó decir más.

—No, pero te quiero y no deseo que te hagan daño. Eres demasiado importante para mí. Necesito que comprendas...

—Lo necesitas, ¿y yo? ¿No tengo derecho a necesitar?

—Sí, te daré lo que desees. Serás una reina, solo te pido que te quedes conmigo.

—Y pides...—susurró ella.

—¡Estás deformando mis palabras! ¡Pensé que era lo que querías! Nos casaremos, tendrás niños y yo te protegeré. No volverán a hacerte daño. —

Quiso mostrarle un futuro hermoso, un futuro en el que ambos podrían sonreír, ella no lo hizo. Asintió de nuevo y miró a lo lejos. Se mantenía laxa bajo él, sin amago alguno de cubrirse, Derian echó una sábana sobre ambos.

—¿Algo más que deba saber? ¿Qué se esperará de mí? ¿Cuándo habré de levantarme y qué deberé pensar? ¿Me está permitido salir del hogar?

—¡Para! —Derian golpeó la almohada con fuerza, furioso, dándole énfasis a su orden. Susanne permaneció inalterable, con la misma expresión ida, de loca. Había visto antes aquel rostro y temió no volver a verla—. Vas a irte...

—Bésame. —contestó mientras asentía y lo observaba con los labios contraídos para evitar decir algo más.

Capítulo 33

Dio su palabra, pero sentía demasiado miedo para cumplirla. Fue por eso por la que decidió congelar el destino, mantener la posibilidad ahí sin llegar a tocarla.

Una semana después, lady Cristinne acababa de embarcar rumbo a la misión más importante de su vida, pero solo podía pensar en el hombre que estaba a su lado repartiendo órdenes como si todo le perteneciese.

Entre sus dedos arrugaba una carta, el sello estaba roto y su contenido la había dejado intranquila. Caminó por la cubierta, asomándose cada pocos minutos por la borda, preguntándose si hacía lo correcto.

En aquel inmenso trozo de madera, cuya vela los arrastraba lejos, todos aquellos problemas y peligros parecían irreales, como si al alejarse nadie pudiera alcanzarlos. Allí eran personas diferentes, ella misma se sentía como una extraña cuando miraba a Euen y sonreía soñadora. En otras tierras nadie los conocería, tampoco esperarían nada de ellos.

No obstante, las personas no cambian, no durante mucho tiempo, y la reina enviaría a gente en su busca.

La promesa de convertirse en su mujer seguía rondándolos. Ninguno quería decir nada, aunque lady Cristinne notaba el ansia en Euen cada vez que la besaba. Trataba de leer, en sus ojos, la veracidad de sus palabras, sin embargo, no era capaz de confiar y prefirió evitarlo. Incluso pensar en aquel disparate la ponía nerviosa y prefirió disfrutar del momento. Era solo un sueño, uno hermoso para el que debía creer en la bondad de aquel hombre.

—¿Sigues pensando en lo mismo? —Lo sintió a su espalda. Aquel pecho duro, musculado, tentador. Euen la envolvió por la cintura y se permitió apoyarse en él.

—Temo por ella.

—Has hecho lo correcto.

—¿Tú crees? —Se giró, todavía protegida por sus brazos y se aferró a su camisa—. ¿Abandonándola hago lo correcto?

—Mandaste una carta confiriéndole todo lo tuyo mientras no estuvieras, dándole tu protección —razonó él.

—No aparecerá por mi casa.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Eres lo único que conoce.

—No, creo que lo ha recordado. —Cristinne se miró las manos y asintió con tristeza—. Debí protegerla mejor, pero no podía hacerlo ni conmigo misma. Él era un monstruo, se lo debía, sin embargo, no... No tienes ni idea de todo lo que ha tenido que sufrir esa niña. Estará destrozada y me necesita...

—¿De qué hablas? —Euen la zarandó con suavidad para que lo mirara cuando ella esquivó sus ojos. Ante la insistencia masculina escondió el rostro en aquel pecho que tanto había besado, que tantas veces había imaginado en la noche.

—No puedo decírtelo...

—Venga, gatita. Sabes que no hay nada que puedas ocultarme si me lo propongo. ¿Me vas a obligar a tomarme un descanso? Los hombres van a empezar a mirarme mal. —Aunque sus manos ya habían bajado hasta las nalgas de la duquesa y la apretaron, indecentemente, contra la protuberancia masculina—. ¿Y bien?

—Me odiarás.

—Gatita...

—Yo... Mi hermana, yo... hace mucho tiempo que no la veo. Tenía una amiga, nadie conocía su nombre, aunque se sospechaba que se había escapado para evitar que la casasen con un viejo. Habían estudiado juntas en un colegio de señoritas y Chloé la recogió en su casa. —El aire le removió el pelo, que golpeó su rostro y la ocultó ligeramente. Volvió a darse la vuelta, para tratar de ganar valentía—. No lo sé todo, solo que ella apareció muerta en su casa y tenía una niña. Era muy pequeña, demasiado pequeña.

—¿Susanne?

—Sí, yo no sabía qué hacer. Mi vida no era sencilla y se la confié a una mujer. —Se abrazó a su misma y él empezó a frotar sus brazos para tratar de hacerla entrar en calor. Besó su nuca y la sintió sollozar.

—La ayudaste.

—Al final, a mi manera traté de hacerlo. Jamás descubrí quién era su madre, lo intenté, pero lo intenté demasiado tarde.

—Comprendo.

—No, no lo haces. No se trata de su madre. Yo le confié su cuidado a una señora, yo nunca pensé que ella fuera capaz de...—Tomó aire y lo soltó de

golpe—. Usó a Susanne para robar y la obligaba a mendigar. Durante cinco años ella vivió un auténtico infierno. Cuando me enteré fui a por ella, creí que hacía lo correcto y la metí de nuevo en otro infierno.

—Lo intentaste —repitió apretándola contra él—. Debes dejar de culparte por todo.

—Tantas muertes, tantas injusticias... jamás podré hacerlo. A la mayoría de los rostros ni siquiera puedo ponerle nombre. Siempre mujeres, somos débiles...

—¿Débiles, gatita? Has sobrevivido, estás rumbo a negociar con uno de los piratas más temidos en Inglaterra. ¿Eso es debilidad?

—Ella sufrió por mis decisiones. Mucho. Creí que al menos no recordaba los primeros años, estaba convencida hasta ayer.

—¿Por qué has cambiado de opinión?

Lady Cristinne le tendió la carta. Estaba tan arrugada que tuvo que estirla varias veces entre los dedos antes de empezar a leerla. Miró el rostro nervioso de Cristinne y después volvió los ojos a aquellas letras tocadas y descuidadas.

Mi señora,

Han atentado contra mi vida, creían que era usted. Con esto creo que mi deuda con su persona ha sido saldada, sobre todo después de recordar el pasado. Al final estar cercana de la muerte ha servido de algo. Usted también me ha utilizado a su antojo, pero no la culpo.

Fue la única persona que me trató como a un igual, no me importa los motivos. Descubriré la verdad. Espero que no me culpe por lo que pueda ocurrir.

Con cariño y sin rencor,

Susanne.

¿Se acercaba una tormenta? El aire era cada vez más fuerte, quizás aquel inmenso mar la había estado esperando, dispuesto a castigar todos sus pecados. Tal vez la hundiría en aquella oscuridad y la haría desaparecer, quizás... tantos tal vez, pero solo algo que podía decir con seguridad. Había sido débil y muchos sufrieron por sus errores.

—Vamos, gatita. Déjame mostrarte que también puedes ser feliz.

—Sabes que eso no es posible. No lo merezco. —Pero él la estaba besando, tiraba de ella al interior del camarote del capitán y no pudo resistirse ante lo que necesitaba con cada diminuta partícula de su cuerpo.

Capítulo 34

Cuando dos almas se comprenden sus caminos tienden a unirse irremediabilmente.

Cuando Susanne se fue lo hizo sin mirar atrás. Aki iba siempre a su lado, minimizando la sensación de soledad, aunque no del todo.

Se sentía una persona horrible, cada día lo extrañaba y pensaba en él, pero necesitaba saber quién era ella. No era importante, Susanne seguiría siendo la misma descubriera lo que descubriese, sin embargo, solo así podría llegar a tocar el recuerdo de su madre. Quería volver a oír su risa, sentir sus brazos envolviéndola y esa sensación de paz. El olor de su cuerpo era capaz de tranquilizarla, adormecía sus pesadillas y la reconfortaba cuando las cosas iban mal.

—¿Está segura? Ella es peligrosa.

—Todos lo somos. —Levantó la mano y Aki se detuvo. Se miraron y él asintió antes de caminar en silencio hasta la puerta.

Entraron contando cada paso, buscando ansiosos tras cada esquina el peligro y Susanne se sintió viva. Aquella adrenalina, el sabor de la muerte despertando lo que parecía haber pedido. Aquella sonrisa que anunciaba problemas.

—¿Vais a presentaros? —La voz de la condesa de Rothes los hizo ocultarse tras una de aquellas inmensas columnas. Una risa estruendosa los envolvió y varias velas se fueron encendiendo al fondo, mostrando la figura de una hermosa y joven mujer—. Os invito a tomar algo.

—¿Qué podría tener por media flor? Cuando la pisotean nadie la quiere.

—A no ser que el zapato se encuentre sobre una mujer —contestó la condesa sorprendida—. Susanne, hasta aquel momento, había tenido miedo a que aquellas imágenes fueran fruto de su imaginación. Tal vez la fiebre la había llevado a crear extrañas fantasías para suplir los recuerdos desvanecidos, respondiendo las preguntas que siempre se había hecho. No obstante, su cuerpo se sintió seguro y ella salió de su escondite.

—No creí volver a verte.

—Nuestros caminos siempre tendieron a cruzarse y te necesito. ¿No es eso lo importante? —La condesa se encogió de hombros y le señaló un sofá para que tomara asiento. No dijo nada del niño que permanecía en las sombras, sonriendo al saber que ella también contaba con sus propios soldados. Jamás llegaría a bajar la guardia del todo, aunque de entre todas las personas Susanne era una de las pocas en las que podía decir confiar.

—Me necesitas. —sentenció la condesa.

—Sí, no me gusta mentir. De otra manera jamás habría acudido a ti, ambas sabemos el motivo. —La condesa asintió y dio un largo trago a su copa hasta vaciarla. Se levantó con agilidad y volvió a rellenarla, mientras se la tendía a la única persona a la que, además, consideraba amiga.

—Te extrañé.

—Yo no. —La rudeza con la que Susanne respondió hizo que dejara caer el brazo en el que sostenía la copa, que Susanne jamás llegó a coger, y se sentara de nuevo.

—Entiendo. Eso responde a muchas preguntas.

—He de reconocer que es agradable que, por primera vez, no seas la más avispada de las dos. No responde a ninguna porque no se puede hacer un buen análisis...

—Sin toda la información —completó la condesa. Sonrieron cómplices—. ¿Y bien? Tú dirás. —No era una petición, ambas lo sabían. Entre ellas había lazos eternos, pero también demasiado tiempo separadas y mucha desconfianza.

—Necesito tu ayuda para matar a alguien. Necesito cobrarme el favor. —La condesa dio dos sonoras palmadas y una niña apareció en la esquina. Sus ojos parecían los de un felino, verdes, profundos, peligrosos. Caminó hasta su señora e hincó la rodilla bajando la cabeza, jamás la miró a los ojos.

—¿Suficiente?

—No, no lo has entendido. Te quiero a ti. Después de salvarte de aquel borracho me lo debes. Diste tu palabra.

—Y siempre la cumplo —dijo orgullosa. Susanne comprobó que, a pesar de las joyas, el vestido y aquella casa, su amiga seguía allí escondida. Quizás demasiado atemorizada para sonreír, para dejar de buscar entre las sombras el peligro y la persona que se lo arrebataría todo—. ¿Cómo no has venido antes? Pensé que acudirías a mí con lo del duque de Somerset. Incluso me molestó que no lo hicieras.

—No te recordaba.

—¿Cómo? —Se levantó, tirando con fuerza la copa contra la chimenea, cuya llama se alzó durante unos segundos, y se aproximó a Susanne. Agarró sus manos con cariño y tiró de ella. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que no había abrazado a alguien?

—Te he extrañado.

—Y yo a ti. Pensé que...—La condesa ocultó el rostro entre el pelo castaño de Susanne, recordando todas las noches que habían pasado hablando, las noches en las que se prometieron alcanzar la cima del mundo y vengarse de los que las habían destruido. Eran muy parecidas, pero demasiado diferentes al mismo tiempo—. Te vi en varias ocasiones y ni me miraste...

—Lo siento. Perdí los recuerdos hasta hace unos días. Necesitaba aclararme, ni siquiera estaba convencida de que fueran reales, de que tú lo fueras.

—¿Y qué te parece el descubrimiento?

—Tan bonita como siempre —contestó separándose ligeramente y dándole un tierno beso en los labios. No era algo sexual, ni un contacto que escondiera deseo, era una caricia delicada. Se habían encontrado de nuevo.

—Sabes que no puedo jugármelo todo. Tengo mis propios enemigos.

—No te descubrirán, pero yo no podría... la información que tiene no querrá...

—¿Tortura? Sigues tan blanda como siempre. —Recogió uno de los rizos castaños de Susanne y lo devolvió a su lugar. Miró sus ojos dorados y asintió sin dudar.

Sin decirse nada más, pidió su capa y los acompañó. No iban solos, pero Susanne solo la veía a ella y a Aki.

Capítulo 35

Le arrebataron una fantasía y ella la tornó pesadilla para un alma inocente.

Lady Chloé jamás había contraído matrimonio. Vivía cómodamente con lo que su madre le había dejado, pero siempre le había faltado algo.

Lo que en la juventud fue belleza e inteligencia, el paso de los años y de sus cinco temporadas sin propuestas de matrimonio, la convirtió en alguien vengativo y muy envidioso.

Cuarenta años no parecían mucho, su vida era tranquila y se pasaba la tarde montando a caballo. Recorría los terrenos que le pertenecían supervisándolo todo, sintiéndose dueña de la vida de aquellos labriegos, torturándoles para sentirse mejor.

Unos pasaban hambre y otros comían. Veía las familias de aquellas personas como una ofensa personal, ella jamás tendría hijos y sabía que no podía negárselo a ellos, fue por eso por lo que aprovechó para diezmarlos poco a poco. Cada vez que alguien acudía a ella, Chloé sonreía y todo eran buenas palabras, misteriosamente las cosas nunca salían bien.

Aquel día hacía sol, no calor. El rey astro calentaba a sus gentes con calma, pasando a través del rocío que todavía impregnaba las hojas, pero que muchos odiaban al saber que pronto estarían empapados.

Como cada día los observaba trabajar, dejarse la piel en sus tierras, engordando sus arcas y sin recibir casi nada a cambio. Siempre había alguna excusa, todos pensaban que ella apenas tenía para vestirse y que compartía todo lo que podía. ¡Necios!

Sin prisa saboreó saber que los pequeños que jugaban en los caminos llegarían a casa y tendrían una frugal comida. Se acostarían por la noche y tendrían una manta raída, pero al ver como el jardinero saludaba a su esposa con un corto beso en los labios, espoleó el caballo y se retiró toda digna a su hogar.

—¿Sucede algo, señora? —inquirió el mayordomo recogiendo su abrigo y siguiéndola al salón. Ella se sentó toda tiesa mientras esperaba los pastelitos

de ese día. Pequeños placeres que habían ido redondeando todo su cuerpo, quizás no todo, pues sus pechos seguían igual de pequeños que siempre.

—Son unos vagos, no se merecen mi generosidad —contestó altiva mirándolo directamente. Retándolo a contradecirla. Como siempre aquel hombre se encogió sobre sí mismo, su hija estaba protegida y era lo único que le preocupaba, en lo que centraba cada minuto de su existencia.

—Lo lamento, señora.

—Debería castigarlos. —Era más un pensamiento en voz alta. Una doncella dejó una surtida bandeja ante sus ojos y ella comenzó a picotear abstraída—. Quizás podría pedir que me trajeran al jardinero.

El mayordomo sabía que cuando la señora pedía que le trajeran a alguien no se le volvía a ver. Nadie había descubierto los cuerpos, aún, él tampoco sabía dónde estaban, sin embargo, estaba convencido de lo que ocurría.

—¿Quiere que llame a...?

—No, por el momento seguiré esperando. Necesito que termine el año antes de prescindir de nadie más —lo cortó ella. Él suspiró aliviado.

Lo que sucede cuando tratas mal a tu servicio es que dejas de importarles realmente.

Cuando dos hermosas mujeres, y un par de niños, aparecieron tras su señora y colocaron una pistola en su cabeza, el mayordomo no movió el gesto. Siguió agarrando la chaqueta y con la espalda recta. Él sabía cuál era su lugar.

—¿Qué...? —gritó nerviosa lady Chloé —¡No se quede ahí parado! ¡Haga algo! —exigió a su mayordomo.

—Si la ayuda morirá usted también —soltó Susanne amenazante.

—Entiendo, señorita. —El mayordomo hizo una perfecta reverencia y se alejó a revisar el menú del día. La señora parecía tener visita—. ¿Me recuerda? —preguntó sobre su oído.

—Lo lamento, creo que me han confundido con otra. Tengo dinero, si es lo que necesitan...

Sin dejar de apuntarla, dieron la vuelta y se plantaron ante ella. La inmensa boca de lady Chloé se abrió asombrada.

—¿Ocurre algo? —preguntó inocentemente Susanne.

—Es imposible, estás muerta...—susurró asustada lady Chloé tratando de alejarse, pero cuando se levantó la condesa chasqueó la lengua y una niña la empujó de nuevo sobre el sofá.

—Ya veo que me reconoce. Yo... creo que se ha comido a la mujer que recuerdo, pero me servirá. ¿Sabe por qué estoy aquí? —Vaya si lo sabía, pero

no podía ser. Ella misma la había enterrado, lo había hecho, pensó nerviosa pasándose las manos por el pelo y arrancando varios mechones, como había hecho años antes cuando la situación la superaba.

—Yo no hice nada... Me lo ordenaron... Yo no...

—¿Se lo ordenaron? Interesante...—comentó la condesa de Rothes indiferente, pero sin retirar los ojos, en ningún momento, de aquella gran “dama” —Supongo que no tendrá inconveniente en invitarnos a comer mientras nos cuenta la historia. Estoy convencida de que será de lo más interesante. Ha de disculparnos —añadió señalando a Cristinne y a sí misma—, pero no nos cambiaremos para la ocasión, preferimos disfrutar de su compañía. —La mujer asintió aterrorizada. Los pequeños permanecían en pie tras aquellas mujeres, que sonreían sin que la alegría llegase a sus ojos.

A Susanne le temblaba la mano y el corsé, que la condesa le había obligado a ponerse, le oprimía el pecho. Tenía que ser ese el motivo por el que le costaba coger aire y se sentía a punto de desfallecer. Quería sangre, una sed desesperada por la sangre de aquella mujer que tantas desgracias le había ocasionado.

—Cariño, ¿podrías llamar a la doncella para que empiece a servirnos? —preguntó dulcemente mirando a Aki a los ojos. Aquellos dos topacios brillaron y entre ambos hubo una conversación silenciosa, hasta que el pequeño inclinó ligeramente la cabeza y la dejó. Temía que en su ausencia ocurriera algo irremediable, el sentimiento que Aki demostraba con su persona la sorprendía cada día más, cuando alcanzara la edad suficiente sería un gran padre. Al mirarlo salir pensó, egoístamente, que temía que llegase ese momento. Le gustaba tenerlo cerca.

—¿Qué le parece si nos lo va contando todo? Creo que mi amiga se está cansando de sostener el arma y eso podría provocar que su dedo se tensase demasiado y que ocurriera un accidente. —Lady Sutton se llevó un pastel a la boca, metiéndolo enterito, y no tuvo la educación de terminar de tragarlo para hablar. El gesto de repulsión de la anfitriona no les pasó por alto, pero no dijeron nada—. ¿Y bien? Creo que después de las sospechas que recaen sobre su cabeza no tiene ningún derecho a juzgarme.

—No lo hago...

—Claro que no. ¿Podría empezar? —las cortó Susanne.

—Yo no he hecho nada. Soy una mujer respetable y jamás...

—Déjese de tonterías. —Susanne odiaba los engaños y sabía reconocerlos como la que más. Lady Chloé la fulminó con la mirada, pero apretó los labios

—. Voy a dejarle las cosas claras, porque parece que no ha comprendido su situación. Si no nos dice la verdad la averiguaremos y su final será mucho más doloroso. Su muerte por otra parte ya se la puedo asegurar yo. No me iré de aquí sin arrancar esa cabeza de puerco que tiene de su lugar. Igual se la doy de comer a los perros.

—Santísimo señor. —Se llevó aquella rellenita mano a los pequeños pechos e hizo un amago de desmayarse.

—No se asuste tanto y comience a hablar. Mi paciencia empieza a escasear. —La amenazó Susanne.

Las puertas del salón de abrieron y dos mujeres, con unas inmensas sonrisas en el rostro, entraron con dos bandejas cargadas de comida. Aki iba detrás, vigilando en todo momento lo que llevaban entre las manos.

—Pueden dejarlo sobre la mesa. Será una comida informal. —Ambas asintieron y en pocos minutos se habían retirado. Casi parecían dar saltitos rumbo a la puerta y la cerraron con suavidad tras ellas—. Creo que no la aprecian mucho. Debería tratar mejor a su servicio, no se sabe cuándo se les puede necesitar. —La condesa reprimió la risa ante las palabras de su amiga.

—No sé qué buscan de mí, creo que se han equivocado de persona...

—Entonces no la necesitamos. No queremos dejar testigos, espero que pueda perdonarnos. —La dulzura de la voz de Susanne no casaba con su rostro petrificado. Su brazo se alzó dispuesto a terminar la tarea cuando lady Chloé gritó aterrorizada.

—¡No! Puedo contarles lo que desean, pero perdónenme la vida. Deben comprender que ser una mujer es muy complicado y mi padre ponía demasiadas trabas para que pudiera heredar el poco dinero que mi madre me había legado. Necesitaba ayuda y fue la única manera que encontré —se excusó lady Chloé con los ojos llorosos. Nadie sintió pena por ella, pero seguiría intentándolo hasta el final.

—Comprendo. —Susanne apoyó el arma en su regazo, con el cañón mirando a su anfitriona y un gesto mucho más tranquilo. Cogió un pastelito con delicadeza y le dio pequeños mordiscos. Creer que podría manipularlas llevó a aquella bruja a hablar más de la cuenta, ahora tocaba escuchar porque entre todas sus mentiras se escondía la verdad que ella debía adivinar.

—Yo era joven y mi padre no tenía herederos varones. Jamás se rindió, aunque eso no lo hizo desistir en ganar con sus hijas algo de dinero ya que nos tenía a mano. Fuimos una hermosa mercancía entre sus dedos y la primera en desaparecer del hogar fue mi hermana. Ella creyó que padre le había hecho un

favor al desposarla con un guapo duque, ya estaba convencida de amarlo cuando la lanzó a los brazos de aquel monstruo. —La sonrisa de felicidad del rostro de lady Chloé, mientras describía el cruel destino que había tenido que soportar lady Cristinne, hizo que Susanne se mordiera la lengua. Ella mejor que nadie había visto los golpes en su blanca piel y escuchado a la que, durante tantos años había sido su señora, llorando desconsolada. El dolor que había tenido que soportar por su hija solo Susanne lo conocía.

—Debió ser duro. —La cortó la condesa al ver el rostro blanco de su amiga. En otras circunstancias la habría tomado de la mano, pero no quería que lady Chloé sospechara y se contuvo—. No queremos hacerle revivir trágicos recuerdos. Si nos cuenta lo que nos interesa podremos dejarla descansar. —Susanne la miró apretando los labios, pero no la contradujo.

La mente de aquella mujer ya venía dañada de nacimiento, herencia, dirían todos los que habían conocido a su padre.

—Claro, no lo tuvimos fácil. Padre decidió que lo mejor para sus herederas era ser criadas para lo que serían, amas de sus hogares, señoras perfectas para hombres con grandes títulos y, sobre todo, mucho dinero. Nos mandó a una escuela de señoritas. Allí conocí a tu madre.

—¿Era una noble?

—Lo era. Era la hija de un conde que había marchado a las américas para hacer fortuna y que había tenido éxito, pero era demasiado rebelde. No comprendía el lugar que debía ocupar y creyó que podría salirse con la suya por encima de los deseos de su padre, tu abuelo.

—¿Sigue vivo? —La angustia en la voz de Susanne provocaba un gusto indescriptible en el vientre de Chloé. Empezó a disfrutar de aquella situación, era como volver a torturar a Cintia y no había regalo mejor para ella.

—Sí, vive en Londres desde hace cuatro años. El viejo se resiste a dejar el mundo por no dejarle el título a su sobrino, lo odia a muerte —confesó como si se encontrara en una fiesta cotilleando con sus mejores amigas. Estaba loca, no había duda.

Las normas impedían que una mujer heredara el título de su padre y las tierras que lo acompañaban, era un dato conocido por todos. De todas maneras, al mirar a aquella demente, se alegró de que el legado del que decía ser su abuelo jamás fuera a llegar a sus manos. La sensación de que aquel hombre había tenido algo que ver con todo lo que había acontecido no la dejaba respirar con normalidad.

—Quizás algún día le conozca.

—Eso seguro, querida. Cuando se corra la voz él mismo acudirá a ti.

—¿No sabe que estoy viva? —preguntó incrédula. ¿Cómo era posible? Susanne entrecerró los ojos y lady Chloé se removió inquieta —Le advertí lo que pasaría si me mentía. —La condesa se incorporó y estiró la gran falda de su precioso vestido verde. Las piedras negras se entrelazaban bajo su pecho creando un hermoso dibujo que descendía por su cintura. Se acercó a la mujer y estiró la mano. La niña, que los había acompañado todo el camino y no había abierto la boca, depositó sobre ella un cuchillo hermoso, y volvió a retirarse.

—¿Una oreja? —inquirió la condesa de Rothés mirándola con indiferencia.

—No, por favor.... —Susanne asintió sin hacer caso a sus ruegos. La mano de la condesa agarró el cabello de lady Chloé, tirando con fuerza y haciéndola chillar. Con destreza cortó el lóbulo de la mujer que aulló desesperada, sin llegar a rebanarle la oreja.

—Ha sido un aviso. ¿Va a contarnos la verdad? —En aquel instante la condesa regresaba a su asiento y tomaba una taza entre las manos.

Lady Chloé apretó la herida, creyendo que era muchísimo peor de lo que en realidad le habían hecho. Prometía venganza, pero era demasiado cobarde y adoraba su vida como para hacerla peligrar.

—¿Fue mi abuelo quién dio la orden?

—Todos creen que sí. —Eso le dio la respuesta. La esperanza creció en el fondo de su pecho, enredándose alrededor de su fría piel y haciendo que deseara. Una familia, protección, amor... Esa palabra traía dolorosos pensamientos que decidió evitar en aquel momento. Ya tendría más tiempo en el futuro para martirizarse por lo que jamás podría ser suyo.

—Cuéntenoslo todo desde el principio o no respondo —exigió Susanne.

—¡Ella tenía lo que era mío! ¡Decía que era mi amiga y me traicionó! Se merece lo que ocurrió. —Nada tenía sentido. Trató de serenarse y se apoyó en el respaldo del sofá para evitar caerse—. Su padre le daba todo lo que deseaba, ¡siempre! Y ella creyó que también podría robarme lo que era mío. Cuando se lo presenté no creí que fuera a quitármelo, yo le amaba...—Miró con los ojos desorbitados un precioso anillo de diamantes y rubís que llevaba en el dedo. Susanne tembló, se le hacía familiar...—Ella se casó con él en menos de un mes y te tuvieron a ti —soltó con asco—. Eran tan felices que la odiaba con cada fibra de mi ser. Tú crecías hermosa, ella era rica y yo no tenía nada. —La vida que describía era tan perfecta, todo habría podido ser maravilloso, pero la había condenado, con su envidia y su maldad, a sufrir. Quiso apretar el gatillo en aquel instante, pues cada palabra se clavaba en su

pecho. Solo dios sabía por qué no lo hizo.

—¿Quién era mi padre?

—Jamás te diré su nombre. No permitiré que seas feliz a su lado. — Aquella inmensa mujer se incorporó y la señaló sin pensar en el arma que la apuntaba a ella. Quería que supiera que jamás le daría lo que estaba buscando —. Cuando tú tenías seis años vino a visitarme. Ella pensaba que éramos buenas amigas. —Comenzó a reírse desquiciada, grandes lágrimas caían por su rostro y se apretó el abdomen incapaz de contenerse—. Eras la familia perfecta, pero tu padre tenía negocios y no podía asistir. ¿Sabes? Al principio tuve dudas, pero disfruté como nunca antes. Al día siguiente pedí que todo el servicio se retirara y la até a este mismo sofá. —Acarició el tapizado y rememoró con auténtico placer aquel momento.

—No...—Susanne se llevó la mano al pecho. Imágenes confusas acudieron a su cabeza provocándole un dolor insoportable.

—Sí. La dejé morir de hambre y sed ante tus ojos, que llorabas atada a pocos metros. Su cara al mirarte, al suplicar por ti como si su vida no tuviera valor, pidiéndome que te devolviera a tu hogar...—Giró la cabeza y se mordió aquel grueso labio.

—Susanne, si no quieres escuchar yo misma...

—No, tengo que hacerlo. —No sabía cómo había conseguido hablar. El nudo en su garganta dolía. Punzante, era como un cuchillo atascado en su interior y cada bocanada de aire la hacía sufrir. Apretó los labios, conteniendo las lágrimas y tratando de concentrarse en la muerte con la que la premiaría. Todos allí sabían cuál sería el final, era lo correcto.

—Eres igual que ella. Me miras como si fueras superior a mí, hasta el último momento tenía esa cara, esa cara de... ¡De asco! Estaba muriendo, llena de mierda y orines, y seguía juzgándome con los ojos. —Se retiró el pelo del rostro con elegancia y volvió a sentarse—. ¿Era eso lo que queríais saber? ¿Es demasiado para ti, pequeña? —la ironía en su voz hizo que el dedo en el gatillo se tensase, por suerte no llegó a recorrer todo el camino.

—No vas a decirme su nombre.

—Jamás lo haría. Sé que vais a matarme, pero si tengo que morir lo haré sabiendo que sigues siendo la misma basura que deseché años antes.

—¿Cómo acabé con lady Cristinne?

—¿Esa estúpida? Cuando llegó repentinamente a casa y vio lo que había hecho me dijo que estaba loca. Aunque me quería, ¿lo podéis creer? Me decía que lo solucionaríamos y que encontraría ayuda. Quería creer en mí y eso lo

hizo todo más sencillo. No me costó mucho convencerla de que todo había sido idea del esposo de su madre y de tu abuelo para deshacerse de ella. Le conté que también me habían pedido, a cambio de una ingente cantidad de dinero que acabase contigo, pero ella me dijo que no lo permitiría. Prometió ocuparse de ti y te llevó con ella —explicó feliz.

—Acabé en las calles, ¿cómo es posible? —susurró para sí misma, pero la arpa la escuchó y volvió a reírse.

—No iba a consentir que fueras feliz. Yo misma encontré a la mujer a la que había encargado tu cuidado y la soborné para que te hiciera penar. Ella te usó para mendigar y robar. Debiste pasarlo mal. —Todavía no tenía todos los recuerdos, eran como pequeñas imágenes que se iban colocando en su lugar, rellenando los huecos de un puzle que formaba su vida. Todo empezaba a tener sentido, pero cuánto más descubría más sentía que ella no era ella misma. Una sensación pegajosa que no le gustaba, porque no quería formar parte de esa nobleza que tanto daño le había hecho y que tanto odiaba.

—Comprendo.

—No, no lo haces. Un día te encontré junto al puerto, llevabas un vestido negro lleno de agujeros y olías peor que los animales. A pesar de todo eso, seguías siendo hermosa y cuando azucé a un par de pescadores para que te violaran te defendiste como una leona, hiriéndolos de gravedad. Aquel día yo misma pedí que te apresaran y te golpeé hasta que me dolían las manos. Fue maravilloso ver tu rostro ensangrentado, incluso estaba ilusionada cuando tiré tu cuerpo ante mi hermana, convencida de que estabas muerta y ella se sentiría culpable por lo ocurrido, ¡ni siquiera eso podías hacerlo bien! —Aquello explicaba muchas cosas. Quizás un golpe en la cabeza, nadie podría decírselo jamás. No lo recordaba y toda su vida había comenzado a partir de aquel instante. Las heridas no habían sido a causa de una caída por las escaleras, y las pesadillas que tantas noches la despertaron eran reales, no fruto de su imaginación. El dolor en su cabeza se volvió insoportable.

—¿Sabe? —preguntó Susanne —Me hizo olvidarlo todo menos a mi madre. A ella no consiguió arrebatármela. Tenía recuerdos de ella abrazándome, mimándome y muriendo.

—Debían ser hermosas imágenes. —Se carcajeó sin pudor.

Susanne dejó el arma sobre la mesa y, levantándose la falda, sacó un puñal. Aquel puñal que tanto había amado, ahora sabía que era de su madre. Se acercó a lady Chloé y le sujetó la cabeza. Esperaba que alguien pudiera perdonarla, pero en aquel instante no sentía pena, compasión o duda. Levantó

la hoja y la clavó con profundidad en su pecho, una y otra vez, ella trataba de resistirse, peleaba, pero no servía de nada. Siguió apuñalándola hasta mucho después de que dejase de debatirse.

Tras eso le arrancó el anillo de su rollizo dedo, aquel anillo con el que su madre se había casado. Aquella joya era el símbolo del amor y la familia.

—Ha muerto. —Pero ella no podía oír nada. Cuando Aki se tiró a sus brazos, dejó caer la daga y lo envolvió. Miraba al frente, perdida en algún punto lejano. Las palabras de aquella mujer habían terminado de unir el puzle, todo lo que ahora deseaba no haber sabido nunca—. Ha muerto. —repitió la condesa de Rothes. Aki tiraba de ella, trataba de moverla, pero Susanne no se movía. De pronto gritó con tanta fuerza que todos se quedaron helados. Los recuerdos, aquellos que habían vuelto y no había tenido tiempo de procesar...

Se vio a sí misma muchos años atrás, vio la mano de su madre tendida en su dirección, deseando tocarla y sus ojos. La súplica, el miedo, el fin. Fue como ver apagarse la llama de la persona que más quería. Aquellos ojos tan parecidos a los suyos.

—Como el sol de la mañana —susurró Susanne recordando. Aquellas palabras se las había oído a un hombre, joven, bueno. Todo era demasiado confuso. Estiró los dedos tratando de llegar hasta ella. Al mirar el sofá, al mirar aquellas paredes podía sentir el paso lento de los días mientras la agonía de su madre se eternizaba. Llegó a desear que terminara y esa idea hizo que gritase de nuevo.

Un hombre entró corriendo. La condesa se puso en guardia, pero Aki negó con la cabeza y le permitió que cogiera a su señora. Sentía que solo él podría traerla de vuelta, Aki, mejor que nadie, sabía lo que el pasado podía doler.

Capítulo 36

La amaba y no podía dejarla sola. Sufría al verla cometer errores, pero solo podía acompañarla y sostener su mano. Vuelve... susurró temeroso. Vuelve...

Estaba escondido entre las sombras, agazapado. Temía, pero no por él. No sabía por qué, pero sentía que no debía molestarla y quiso descubrir más. Él era el mejor escondiendo sus pasos, nadie reparó en su persona y sonrió orgulloso al golpear las cabezas de las dos doncellas y dejarlas caer sobre el suelo de la cocina, ocultas de la vista de los curiosos.

—¡Cuánto trabajo me causas! —susurró con una sonrisa de tonto en los labios. Al principio había estado furioso por su marcha, pero ahora sentía curiosidad y una gran admiración. Había visto asombrado cómo había conseguido que, una de las mujeres más peligrosas de Londres, la acompañara y suspiró. Susanne era la mujer más increíble que había conocido nunca.

Era una sensación extraña, cálida. No podía alejarse, temía demasiado que le ocurriera algo y, al mismo tiempo, al mirarla se quedaba sin aliento deseando besarla, poseerla. Quería tirarla sobre la mesa y hacerla suya, marcando su interior a fuego con su semilla.

—¿Qué me has hecho? —preguntó para sí mismo cuando vio a Susanne sentada en un sofá mientras apuntaba a lady Chloé. En sus ojos había dolor y mucha ira, pero su rostro estaba sereno. No podía estar más orgulloso.

Al principio no comprendía nada. Las veía exigir información sin comprender de quién estaban hablando, pero cuando empezó a entenderlo temió perderla. ¿Y si ahora que era alguien decidía dejarlo? No podría vivir sin ella y necesitaba hacer que comprendiera que solo juntos podían ser felices.

Miró a lady Chloé con odio. Susanne seguía sentada con la espalda recta y sin expresión, aquella venganza le pertenecía y él no tenía el derecho de intervenir, pero le habría gustado poder estar a su lado sosteniéndola, infundiéndole ánimos.

Derian se mordió el labio con fuerza por no gritarle a aquella demente. Su

mano izquierda estaba ardiendo, y mantenía el puñal apretado con tanta fuerza que se había puesto blanca. Nada importaba, estaba tenso como la cuerda de una guitarra, listo para despedazar a todo aquel que quisiera hacerle daño a la que sería la madre de sus hijos.

Un movimiento hizo que mirara a la condesa divertido. Cuando aquella hermosa y fría mujer miró hacia donde se encontraba él, de reojo, y le guiñó un ojo bufó molesto. Esperaba que no lo descubriera, temía cómo fuera a reaccionar Susanne y no podía enfrentarse a ella en aquel momento. Podía ver cómo, ante la confesión de aquella loca, el corazón de Susanne se rompía en mil pedazos. Era como ver que le sacaban el aire por la boca en cada exhalación. Cuando sucedió no pudo evitarlo, acudió a ella... ¿La había perdido para siempre?

La apretó contra su pecho y jadeó al sentir un filo contra la espalda.

—Si le haces daño te mataré. Te encontraré por donde sea que te arrastres y te despedazaré —lo amenazó la condesa de Rothés apretando un poquito más el puñal contra su costado.

—¡Déjale! —la voz de Aki los sorprendió a todos. Los ojos del niño estaban fijos en el cuerpo de su señora, nada le importaba más que ella y no iba a perder el tiempo en peleas estúpidas—. Si ella sufre él muere. —Lo dijo tan convencido que Derian lo creyó y lo miró asombrado. En aquel niño había una fuerza y decisión admirables, se alegró de que ella pudiera contar con él.

Se subieron todos al carruaje de Derian, que se encontraba oculto a la vuelta de la esquina, y comenzaron la vuelta a casa. Derian suplicaba contra el pelo de la mujer que amaba, pero ella no abría los ojos. Ansioso, no lograba separar la mirada de sus párpados, deseando ver el sol de nuevo. Aquel color único capaz de calentarle el alma.

—Ella es fuerte —comentó la condesa de Rothés tocándose el bajo vientre—. La más fuerte que conozco.

—Y lo dice una despiadada asesina. —Las acusaciones del marqués le hicieron daño, sin embargo, la condesa conocía de sobra su reputación para asombrarse. Sonrió orgullosa levantando el mentón, nadie podría cambiar el pasado y no iba a dejarse menospreciar por lo que se había visto obligada a hacer.

—Es posible, pero lloraría más por mi muerte que por la tuya. —Aquello lo sorprendió y la condesa acarició el pelo castaño de Susanne, dejando que los dedos se hundieran en su sedosa melena—. Voy a contarte algo, necio desagradecido. —Apoyó la frente el cristal de la ventana, viendo cómo se

acercaban a una ciudad que ella veía podrida, llena de ratas y traición. Se tocó los labios y sus dedos rozaron una diminuta cicatriz, había tenido suerte, aunque en aquel momento no lo había visto de esa manera.

—¿Y bien?

—Calla, antes de que me arrepienta. —Arrugó el ceño, aquel fue el único gesto que demostraba que lo que iba a contarle no era un recuerdo agradable —. Tras un suceso desafortunado, que no voy a relatarte, hui de mi hogar y busqué refugio en el de la mujer más peligrosa de aquel entonces. Yo era una niña golpeada con dureza por la vida y creía que podría soportarlo todo, ya nada podría conmigo. —No fue difícil comprender que las cosas siempre podían empeorar.

—No comprendo...

—¡Cállate! —gritó la condesa. Siguió acariciándose la cicatriz con los ojos perdidos entre los árboles, que pasaban a su lado y se iban quedando atrás. Quizás algún día pudiera retirarse al campo, sería un bonito sueño — Pero no era el refugio que esperaba. Aquella mujer era desconfiada e hicimos un trato. Trabajaría durante un año como uno de sus fantasmas en todo lo que ella me pidiera, viviría en las calles y sería invisible para el resto del mundo. —Derian comprendió lo que quería decir cuando miró a Aki, que permanecía imperturbable—. Al principio todo fue bien, siempre he sido muy desconfiada, pero el frío y el hambre me fueron haciendo bajar la guardia. Yo rara vez conseguía la información que aquella mujer necesitaba y, cuando lo hacía, siempre había algún incidente. Tuve que aprender con sangre. —No iba a explicarles mucho más, no tenían por qué saberlo todo—. Una noche, dolorida y hambrienta, mientras volvía al cuartucho donde me ocultaba, un borracho me agarró con fuerza en el puerto. Sus intenciones eran claras, y por su rostro supe que no iba a salir viva de aquello. Fue una certeza tan grande que me quedé paralizada.

—Lo lamento —susurró Derian.

—Aquella noche miré a la muerte a la cara y supe que no quería marcharme, pero cuando quise defenderme ya no conseguía apartarlo. Con rapidez rasgó mi vestido y podía sentir sus manos sobre mi piel. Fue entonces cuando la vi, pequeña, con el pelo sucio, con los zapatos rotos y, aun así, parecía una guerrera salida del mismísimo infierno. Se lanzó contra él a pesar de que la triplicaba y lo apuñaló con fuerza hasta que logré soltarme. Cuando me vio tiró de mi mano, mientras aquel hombre se recomponía y comenzaba a perseguirnos. Huimos de allí a toda prisa. —La voz de la condesa mostró un

leve temblor, pero lo ocultó en un ataque de tos.

—Es luchadora.

—Y fiel, bondadosa, justa y vengativa. —La última palabra era perfecta. El mejor de los elogios que la condesa de Rothes podía dedicarle a alguien—. No fue aquella noche ni aquel día, pero me ayudó a vengarme. —Con una sonrisa de niña inocente los miró unos segundos antes de añadir—. Ese hombre ahora mismo ha de estar con el creador.

El marqués de Ailsa acarició el pelo de Susanne deseando que abriera los ojos. Quería llevarla a la primera iglesia y unir sus vidas. La idea de perderla lo estaba volviendo loco.

—Despierta, no me dejes ahora que he descubierto que soy imbécil...

Capítulo 37

Una segunda oportunidad... algo tan deseado y tan poco aprovechado...

Pasaron los días como un lento goteo. Ella no mejoraba, tumbada en aquella cama miraba al frente perdida. El rostro de su madre, tan parecido al suyo, pero de hermosos cabellos dorados. Aquella voz dulce que le cantaba y le contaba historias cuando el sueño no quería aparecer. Tonterías que para ella representaban los momentos más felices de su vida.

Pero mezclados con los recuerdos felices estaban los más horribles. Aquella mujer que tanto necesitaba atada, marchitándose y mirándola. A ella le daban de beber, de comer, y ahora comprendía que eso era otro golpe más, en el atroz castigo que lady Chloé le impuso a su madre.

—Necesitas alimentarte —dijo Derian. Ella lo miró reconociéndolo, abriendo la boca y permitiéndole que le diera de comer como a una niña pequeña. No protestó cuando la levantó y, con ayuda de una mujer, le cambiaron la ropa. No dijo nada, no sintió nada con sus tiernas caricias en el pelo ni cuando besó su frente. No había nada dentro de su cuerpo.

—Tenemos que hacer algo —susurró la condesa, que no se había separado de su cama. Grandes ojeras marcaban su hermoso rostro y el marqués de Ailsa asintió, pasándose la mano por el pelo.

—He mandado a investigar. Espero noticias pronto.

—Avísame con lo que sea. Debo volver —comentó sin decir mucho más—. Nadie debe saber que estuve aquí. —No era una orden, pero Derian asintió comprendiendo sus miedos. Ella jugaba a ser una mujer peligrosa, la que controlaba una intrincada red de información y debía ser impenetrable.

—Gracias.

—Espero que se recupere. Manténme informada. —Y salió de aquel lugar mirando a su amiga, esperando que las cosas se solucionasen para ella y poder verla feliz. Si alguien debía disfrutar era Susanne, aquella muchacha jamás había hecho nada malo y había sido golpeada con dureza. Ahora comprendía que, de un día para otro, hubiera desaparecido y que, cuando se cruzaron, la

mirase sin reconocerla. Era mucho más que una amiga.

Pero los días siguieron corriendo y se hizo un mes. El otoño dio paso a un frío invierno, donde la nieve cayó con fuerza. Se vieron mucho más aislados, él dejó sus deberes de lado y se dedicó a cuidarla. Le contaba historias, se confesaba para que no hubiera secretos. Le contó lo que nadie debía saber, puso su vida en las manos de la mujer que amaba, pero ella no le escuchaba.

—Debes volver a mi lado. No puedes seguir así. Es como si estuvieras muerta. —Fue la última palabra la que le hizo elevar los ojos—. Mírame, siente algo.

—Frío.

—Puedo darte calor. —La besó y al sentir que ella devolvía el contacto se tumbó sobre su cuerpo. Sin dejar de mirarla alejó la ropa y entró en su interior. Se movió con delicadeza, ella apenas emitía unos gemidos quedos, pero había algo más de color en sus mejillas y lo sintió como una victoria—. Te amo. Tardé en darme cuenta, pero te amo más que a mi vida. Lo siento, lo siento tanto...—confesó deslizándose hasta lo más profundo de aquella mujer de ojos dorados.

—Duele.

—¿Te hago daño?

—No, duele. —Susanne se tocó el pecho angustiada. En sus ojos miles de lágrimas se desbordaron y comenzó a llorar. Desolada las dejaba caer humedeciendo su cabello y la almohada. Él la besó y trató de salir de ella, quizás no era el momento adecuado, pero no se lo permitió. Lo aferró contra su cuerpo, reteniéndolo, incapaz de dejarlo marchar—. No me dejes.

—Jamás lo haría. Eres todo mi mundo.

—¿Me amas?

—Siempre. Debí decírtelo hace mucho tiempo. —Ella asintió y él siguió moviéndose. Ella en ningún momento dejó de llorar, sintiendo que su ser se fragmentaba ante la ternura que él demostraba. Incluso cuando finalmente se dejó ir en su interior lo abrazó sin permitirle que se alejara. Lo envolvió angustiada, sintiendo que no podía perderlo también a él y se quedó dormida.

Capítulo 38

Y le dio la vida dos veces, negándose a darse por vencido luchó, luchó contra el destino mismo.

Fue la condesa la que decidió que lo único que podía traer de vuelta a su amiga era el pasado. Quizás había sido horrible, pero también había mucho bueno que recuperar.

Se vistió con un raído vestido, ese que usaría cualquier prostituta de puerto y se cubrió el pelo. Entre sus faldas dos cuchillos y una pistola. Bajo su escote un par de monedas y salió de su hogar entre las sombras.

Llegó hasta uno de los antros de peor reputación y subió los escalones de dos en dos. Se sentó sobre la mesa del dueño y sonrió con descaro.

—No creí volver a verte jamás —dijo Brian Reed. Sus ojos la recorrieron entera deseándola.

—Y yo pensé que no tratarías de jugármela.

—No sé a qué te refieres. Sigues siendo peligrosa, toda una leona. —Sus ojos no se alejaban del escote de la condesa de Rothes.

—Cierto, pero no soy tonta. ¿Dónde está mi chico?

—Se metió en problemas y lo he protegido. Sabía que vendrías a buscarlo. Preguntó lo que no debía a quién no debía —aseguró tirando de ella hasta hacerla caer sobre su regazo.

—¿Y qué pago deseas?

—A ti. Llevas mucho tiempo rehuyéndome. Incluso cuando no tenías nada te comportabas como si fueras mejor que yo. —La condesa lo miró evaluándolo, no era feo, pero jamás dejaría que la tocara. No se trataba de que no hubiera tenido sexo con hombres que la repugnaban, sin embargo, con ellos no había sentido nada y con Brian las cosas eran muy diferentes.

—¿Dos monedas de oro?

—¿Tan barata? Creí que tendría que pagar por lo menos el triple. —Ella lo abofeteó y él sonrió tocándose la mejilla.

—Sé que tienes el nombre y harás algo por mí para compensar el esfuerzo

de haber tenido que venir hasta aquí.

—No mientas. Estabas ansiosa. —Ella hizo caso omiso de sus palabras y le tendió un sobre.

—Entrégaselo a ese hombre, él sabrá qué hacer. Si no lo haces...—Se tocó el labio y sonrió—. ¿Recuerdas cuando te apuñalé el muslo por atreverte a manosearme los pechos? —Brian se acarició la pierna mirándola con tanta intensidad que ella jadeó, sintiendo como sus mejillas se acaloraban—. Veo que sí —dijo casi sin voz.

—Jamás lo olvidaría. Luego me ayudaste a quitarme los pantalones...

—¡Para que el médico pudiera atenderte!

—Claro que sí, preciosa.

Ella se levantó y se alejó. Ya tenía la mano en la puerta cuando él la detuvo con unas simples palabras.

—Del otro asunto no he podido hacer nada. Tendrás que solventarlo tú misma o tu vida estará siempre en peligro. —Ella se encogió de hombros y abandonó aquel lugar.

Capítulo 39

Y le tocaba ser feliz, ¡qué difícil creer que era posible!

Había pasado otro mes más. Susanne parecía más activa y cada noche hacían el amor.

Derian tenía todo tipo de detalles hermosos y, aunque sonreía, Susanne seguía perdida, ni siquiera Aki conseguía llegar a ella.

Aquel día era como otro cualquiera. Susanne estaba envuelta en mantas cuando un carruaje se detuvo ante la puerta de su nuevo hogar. Derian llevaba semanas pidiéndole que se casasen, pero ella no quería hacerle cargar con una mujer muerta pues así se sentía. Le daba todo lo que él podía desear, era lo máximo que sentía que podía hacer.

En aquella casa ya nadie gritaba, todos iban con cuidado, sin embargo, de pronto escuchó auténticos aullidos. Derian se negaba a algo y ella caminó en trance hacia él. ¿Alguien le hacía daño? Aquel pensamiento le hizo correr hasta llegar a las escaleras y se quedó mirando la escena.

—¡Es mi hija! —Aquel grito la hizo contener el aliento. Aquel pelo castaño, aquellos labios finos...

—No se encuentra bien. No está para recibir visitas, temo que no pueda soportarlo. —Derian intentaba razonar con aquellos hombres, pero cuando el más mayor elevó los ojos y la vio ella comenzó a descender los escalones.

—Tata...—susurró yendo hacia él. El hombre, de pelo rubio con mechaz plateadas, se llevó la mano al pecho y el más joven se acercó preocupado. Nadie le quitaba los ojos de encima y ella siguió caminando, entrando en aquel abrazo que la hizo volver a ser una niña.

—Mi pequeña... Creí... estaba seguro de que habías muerto. —Al mirar el rostro compungido de su abuelo ella negó con tristeza—. Me dijeron que habíais naufragado, que el barco que os traía desde América...

—Yo les explicaré lo ocurrido. —La voz autoritaria de Derian no dejó lugar a dudas, no quería que siguiera por ese camino y todos lo comprendieron al ver el rostro ceniciento de Susanne.

—Hija. —A él no lo recordaba a penas. Lo miró acercarse y se dejó abrazar. Se sentía bien, jamás había estado tan protegida, no obstante, faltaba ella—. Mi niña...—Beso su pelo y ella sintió que el mundo desaparecía bajo sus pies. Todo se volvió negro.

Capítulo 40

Y festejan porque siguen en pie. ¿Qué otra cosa hacer para olvidar cómo llegaron hasta allí?

En el salón los hombres seguían bebiendo mientras esperaban las noticias del doctor. Estaban agradecidos y aterrorizados, a partes iguales.

El conde de Beberley miraba a su yerno desde la esquina y ambos evaluaban a Derian. Conocían los rumores, sentían que no era el indicado, pero ¿cómo decir algo parecido cuando Susanne apenas los recordaba? Eran unos intrusos en la vida de la persona que más amaban y les dolía pensar a quién elegiría ella.

El doctor entró en la sala con el maletín en la mano y una sonrisa triste.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Derian tan pronto le vio.

—Los nervios. Ha de descansar, pero se recuperará. No le den grandes sorpresas —recomendó dirigiéndose hacia la puerta—. Pregunta por su familia. —Los hombres se miraron entre ellos, sin saber a cuál se refería, y todos subieron las escaleras casi corriendo. Se pararon ante la puerta del dormitorio y sintieron miedo.

—No deberíamos...—susurró Emerick, pero Derian ya estaba entrando y lo siguieron. Susanne lo miró, recostada sobre unos cojines y sonrió.

—¿Podéis sentaros? —Ellos asintieron—. Estoy confusa, pero sé algo seguro, no quiero perderos. —Derian trató de aproximarse y ella le tendió la mano—. No quiero sentirme vacía ni sola de nuevo. —Emerick, su padre, golpeó la pared de pronto.

—¡Jamás debiste sentirte así! ¡Eres mi hija! Podrías vivir como una princesa...

—Las cosas suceden por algún motivo. —Se mordió la lengua. Jamás comprendería la muerte de su madre, pero si se seguía aferrando a ella dejaría de disfrutar de todo lo demás—. Quiero ser feliz —reconoció con lágrimas en los ojos. Derian la abrazó y ella le robó un beso. Su padre torció el gesto.

—Deberías venir a casa. Es tuya, todo será tuyo. —Su padre tenía un

marcado acento americano y unos ojos azules que robaban el aliento. Ella lo miró agradecida—. Tendrás dinero para vivir varias vidas y, aunque el título de tu abuelo no podrá ser tuyo, eso no vale nada. Nadie te rechazará, te lo prometo. —Al mirarlo comprendió que él movería cielo y tierra porque así fuera.

—No es lo que deseo —repuso cansada—. Quiero casarme e irme al campo. Quizás ayudar a una amiga, nunca se sabe. —Derian sonrió ante su idea y la apretó contra él—. Padre, —Emerick tembló y sonrió por primera vez—. debo presentarte a alguien. Derian, ¿podías pedirle a Aki que venga? Por favor...

Pocos minutos después el pequeño caminaba hacia ella desconfiado, siempre mirando a su espalda.

—Señora...—Se inclinó ligeramente y ella tiró de él hasta que se sentó a su lado.

—¿Es mi nieto?

—Como si lo fuera. Yo sufrí porque no tenía a nadie y él es importante para mí. Será parte de mi decisión. —Cogió el rostro de Aki entre las manos y besó su frente—. ¿Seguirás a mi lado?

—Siempre.

Capítulo 41 (Dos meses después)

Y le dio lo que nunca creyó merecerse. FELICIDAD.

Dicen que el tiempo ayuda, posiblemente sea verdad. Susanne se veía hermosa en aquel vestido blanco. Caminó radiante hacia Derian y él la esperaba deseando tenerla entre sus brazos.

Al igual que el primer día en el que se conocieron no podían dejar de mirarse, se deseaban con tanta intensidad que ella jadeó al sentir sus ojos recorriendo su cuerpo. Su padre la llevaba del brazo orgulloso.

En las últimas semanas nunca estuvo sola. Siempre se encontraban cerca, contándole cómo había sido su vida y dejando que los conociera. Fue duro, abrirse siempre lo es. El miedo a ser destrozada de nuevo le impidió querer con intensidad desde el principio, pero al final había llegado a confiar y apreciarlos.

Miró a aquel hombre de pelo castaño y se apoyó en él. Antes de que le entregase su mano a Derian le besó la mejilla y se enterneció al ver que se le humedecían los ojos.

—Lamento lo ocurrido, quizás nunca sea lo que anhelabas, pero espero que puedas aceptarme —susurró ella. Su padre le acarició el rostro. Con ternura acunó su mejilla y sonrió orgulloso.

—Eres fuerte, has peleado y sobrevivido. Sincera y valiente. Eres como tu madre. Ella estaría orgullosa de ti y yo te amo más que a mi vida. —La abrazó con fuerza y acarició su vientre—. Seremos felices. Tendrás la familia que siempre te mereciste.

Tenían mucho que decirse. Su abuelo también estaba allí con los ojos húmedos. Aki, la condesa de Rothes y Derian. Había mandado noticia a la duquesa de Somerset, pero no había logrado dar con ella. Suspiró feliz, aquel era el día más especial de su vida.

—Te entrego a mi mayor tesoro. —No era lo conveniente ir en estado a los brazos de su esposo, pero nada en su vida lo era. Él la miró como si fuera lo más hermoso del mundo y ella cogió su mano con ternura.

—Lo cuidaré hasta mi muerte —aseguró besando su frente. El párroco tosió llamando la atención de los novios.

La ceremonia fue corta, pero lo importante, lo que recordarían, serían los votos.

Se miraron a los ojos y se contaron, ante las personas que apreciaban, todo lo que sentían.

—Eres difícil, testaruda y fiel. —Ella puso los ojos en blanco—. Desde que te vi tras aquella máscara te deseé. Creí que podría superarlo si me metía en tu cama...

—Muy tierno, cariño —lo cortó ella mirando a su padre avergonzada.

—Pero te amaba y cuanto más te conocía menos soportaba la idea de que te alejases. No puedo vivir sin ti y no quiero hacerlo. No me importan los demás porque solo es sin ti sin quién mi vida no tiene sentido. —Ella lo besó y el cura volvió a gruñir. Sonrió inocente. Ahora le tocaba a la novia.

—No tenía nada, solo mi persona. Ahora lo tengo todo, pero sigo siendo la misma. Me aceptaste cuando ni yo misma me quería, me hiciste sentir viva y me aferré a ti para seguir en pie. Ahora no puedo imaginarme una vida en la que no sostengas mi mano y me acompañes. Nadie mejor que tú para comprenderme y amarme. Solo contigo podría ser yo misma.

El cura no los había hecho marido y mujer y ya se estaban devorando la boca. Al tocarse sucedía lo de siempre, no conseguían separarse. Al cabo de unos minutos los invitados comenzaron a salir, dejándoles intimidad.

Susanne se agarró el pecho y, al girarse, se encontró solo con los ojos de Aki.

—Ya no me necesita. —El pequeño la miraba triste, sabía que poco a poco la señora se iría alejando de él. Se alegraba por ella, pero no quería volver a sentirse solo.

—No. —Derian la miró confundido—. Pero te quiero. —El joven sonrió sin llegar a creérselo a pesar de que no era la primera vez que se lo decía. Las palabras bonitas son mucho más difíciles de aceptar que los insultos y él seguía negándose, temía que las cosas cambiaran y el dolor de la pérdida fuera insuperable.

—¿Qué será de mí?

—Irás con nosotros. No eres nuestro hijo, —Aki asintió girándose—. aunque te quiero como tal. Me gustaría que fueras un tío para los que vengan y aprender de ti. No puedo ponerle un nombre, pero eres familia.

—Gracias, señora.

—Susanne —lo corrigió antes de correr hacia él, hacerle cosquillas y reír al verlo revolverse como el niño que era. Le ayudaría a recuperar su infancia, cambiaría las cosas.

—Cariño, ¿vamos? Me gustaría tener a mi esposa en mi cama lo antes posible.

—¡Derian! —le riñó avergonzada, aunque la sonrisa siguió a la silenciosa proposición indecente de su ya esposo. Aki salió y ella detuvo al marqués—. ¿Te habrías casado conmigo si no fuera rica?

—Cariño, —La detuvo y la abrazó con fuerza—. puedes rechazar todo lo que tu padre quiere darte y seguiré aquí. Me has hecho valorar lo que es verdaderamente importante.

Capítulo 42

Y deseaba lo que otra tenía, era feliz, pero lo deseaba... Miró al hombre que amaba y tembló al sentirlo imposible.

Lady Cristinne miraba el mástil con una sonrisa. La carta que le había llegado traía grandes noticias. Habría deseado poder acudir al enlace, pero no era posible.

—¿Qué piensas, gatita?

—¿Cómo se lo diremos a la reina? Confía en él. —Se mordió el labio nerviosa y se giró hacia el hombre que la ponía de los nervios y la hacía suspirar.

—Es tu deber o podemos no volver nunca —sugirió tentador—. ¿No te encantaría la vida de pirata? Me encantaría asaltar los navíos a tu lado. Poder poseerte en cada nueva ciudad y recorrer el mundo. Casarnos...

—Suena bien.

—Pero no aceptarás.

—La reina Victoria está en peligro. Es cuestión de tiempo.

—Y vas a volver.

—Es lo correcto —susurró con tristeza. Era su penitencia, pensó mirando a Euen y deseando permanecer a su lado. A ella jamás le permitirían tenerlo como a un igual, solo como amante. Romper las reglas no escritas de una sociedad como la suya no era lo que una persona cabal hiciera.

—Deja de culparte por el pasado. Hemos matado al traidor y llegaremos a tiempo.

—Si nos cree...

—Si nos cree —concordó él—. No voy a dejarte sola.

—Una pena.

Ella ya sabía que los días se acercaban a su fin. Se alegraba de Susanne y sentía su corazón rompiéndose al comprender que aquel pequeño paraíso del que disfrutaron los últimos meses se evaporaba con rapidez.

Capítulo 43

Una vida y un ajuste de cuentas. ¿Podía ser más feliz?

—¡E mpuja! —El doctor seguía pidiéndole lo imposible. A Susanne ya no le quedaban fuerzas, pero al imaginarse el rostro de su hijo volvió a incorporarse y empujar con cada fibra de su ser—. Ya está. Puede descansar —dijo con profesionalidad.

Derian corrió escaleras arriba y entró como un huracán. Beso los labios de su esposa, asombrado por su fortaleza.

—Es una niña —dijo una de las doncellas envolviendo a su hija—. Es hermosa. Se parece a usted. —Se la tendió a su madre, que le concedió el honor a Derian. La cara de felicidad del hombre que amaba era completa.

—Es perfecta...—dijo el marqués admirando cada detalle—. Y la has hecho tú.

—La hicimos ambos. Eres demasiado bueno en la cama. —Derian se rio con fuerza. Su padre y abuelo estaban en la puerta mirándolos en silencio—. ¡Entrad de una vez y besar a Elisabeth!

No tardaron en hacerle caso. Se arremolinaban como tres niños mirando a su hija, pero Aki entró silencioso y se quedó al margen. Cuando sus ojos se encontraron, ella estiró la mano y él acudió.

—¿Estás triste?

—¿Y si no le gusto? Algún día sabrá lo que he hecho. —Los miedos de Aki la enternecieron.

—Míranos —susurró Susanne—. No somos perfectos, nunca lo seremos. ¿Ves sus ojos? —Aki asintió—. Eso es amor y también lo sentimos por ti. El amor es incondicional. Vete a conocerla, no tengas miedo. —Y lo empujó con suavidad, sintiendo un calor por dentro que la hizo respirar feliz.

Derian la miró embelesado, mientras el ahora abuelo, cogía a su nieta en brazos.

—¿Eres feliz?

—Esposo, quiero tener una familia inmensa.

Dos meses después

Era una fiesta, la primera a la que asistía tras el parto cuando la vio. Llevaba tiempo buscándola, necesitando encarar a aquella bruja ya que, cuánto más conocía a su marido más comprendía el gran daño que le había hecho.

Lady Susanne no podía ser más feliz. Del brazo de su marido recorría la sala, siendo el centro de atención de las damas, que deseaban poder estar en su lugar, aunque fuera una sola noche. Disfrutar de las atenciones de un hombre como Derian era todo un lujo y la forma en la que la miraba...

Nadie reconocía al marqués cuando lo veía rodear su cintura con delicadeza y guiarla hacia la pista de baile.

—Nos miran —gimió Susanne avergonzada.

—No me tientes...

—¿De qué...? —Se calló al sentir la mano de su esposo ascender indecente hacia sus pechos. Ella lo miró horrorizada.

—Vale, vale... Tendremos que marcharnos pronto, no sé cuánto tiempo podré contenerme. Todavía no entiendo por qué me has arrastrado hasta esta pantomima.

—Lo verás, te lo aseguro —Derian había visto antes esa mirada decidida y tembló por dentro. Pobre del que estuviera en el punto de mira de su mujer, pero no sería él quién se interpusiera. Aprovechó para besar sus labios.

No tardó mucho tiempo en verla. Iba con un viejo arrugado, bajito y tremendamente rico. Buscaba por todos los medios que la desposase y, según las malas lenguas, casi lo había logrado para preocupación de la única hija de aquel hombre. Susanne besó la mejilla de su esposo y, poniendo una excusa, se dirigió directa hacia lady Myriam.

—Buenas noches, ¿nos conocemos? —preguntó aquella belleza con una sonrisa falsa colgada de los labios y mirando significativamente a Derian.

—No, pero era imperativo que le comentase un par de cosas —Con rapidez y antes de que nadie pudiera detenerla lady Susanne, ahora marquesa, levantó su vestido y sacó de su ligero su amado puñal. ¡Qué hermoso era! Lo colocó en el cuello de la mujer y sonrió inocente.

—¿Está loca? —Varios ojos se posaron en ellas y sintió a Derian en su espalda.

—Mucho, loca por él. Eres una puta que lo destrozó y por tu culpa casi lo

pierdo. —Apretó un poco más el puñal cortándola ligeramente—. Me gustaría matarte aquí mismo, pero no voy a ser como tú. Solo quería avisarte... los accidentes ocurren, sobre todo si vuelves a Londres. —Y antes de que lady Myriam pudiera responder le pegó tal puñetazo que cayó inconsciente ante todos los asombrados invitados de tan agradable y divertida velada.

—Te amor, preciosa.

—Lo sé. ¿Qué harías sin mí? —contestó la marquesa alzando el rostro y mirándolo de reojo —¿Nos vamos ya? Tengo los calzones empapados —susurró guiñándole un ojo. El marqués prácticamente la arrastró de aquel lugar. No pudieron llegar a casa antes de que inspeccionase la zona afecta.

Muchas gracias

Muchas gracias por leer mi libro y por dedicarme vuestro tiempo. Muchas gracias por ayudarme a cumplir mi sueño. Muchas gracias simplemente por seguir ahí.

Pediros que puntuéis para ayudarme a mejorar y además posicionarme en la lista de ventas. Vuestras opiniones pueden influir en otros lectores indecisos. Incluso una opinión negativa puede marcar la diferencia y marcar el futuro de un escritor.

Si queréis poneros en contacto conmigo mi twitter es [@A_R_Cid](#)

Facebook: EscritoraARCID

Os espero...